



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

**“Conducta Prosocial: El caso de la empatía
ante el individualismo en la sociedad actual”**

T E S I N A
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A (N)

José Ricardo García Miguel

Director: Dr. **Angel Corchado Vargas**

Dictaminadores: Lic. **Aldo Azael Rojas Salazar**

Mtra. **Aglae Vaquera Méndez**



Los Reyes Iztacala, Edo. De México, 2020



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A *mi madre*, gracias por estar conmigo en todo momento, me has apoyado incondicionalmente desde el inicio de mi educación; jamás dejaste de creer en mí incluso en aquellos momentos en donde yo no creía lograrlo, muchísimas gracias porque sé que has dedicado gran parte de tu tiempo y tu energía para impulsarme a seguir adelante; todas y cada una de las cosas que has hecho por mí, me han permitido llegar hasta este momento. Este logro también es tu logro.

A *mi padre*, me habría encantado convivir más tiempo contigo, en el poco tiempo que estuvimos juntos aprendí muchísimo de ti, siempre llevo conmigo aquellas cosas buenas que me enseñaste y aquellos aspectos positivos que te caracterizan. Sé que por muy lejos que estés jamás me dejarás sólo.

A *Gerardo*, siento una gran admiración por todo lo que has logrado, gracias por tu apoyo, tu confianza y tu optimismo, gracias por tu honestidad y tu compañía; por los buenos momentos que tuvimos cuando éramos niños y por los buenos y malos momentos que tenemos ahora que somos adultos. Gracias por aportarle tantas cosas buenas a mi vida.

A mis amigos de la preparatoria, gracias por tener tiempo para escuchar cada una de las cosas que tenía que decir, gracias por el apoyo y la compañía, por los buenos y los malos momentos, por el afecto, la sinceridad y la comprensión, por acompañarme durante cuatro años y mostrarme el lado bueno de las cosas, me han apoyado en muchísimos aspectos, tengo suerte de haberlos conocido.

A mis amigos de la universidad, gracias por el apoyo en los días difíciles y por la solidaridad en los momentos complicados y conflictivos; su apoyo y compañía han aportado mucho a mi vida durante la carrera. Gracias por la comprensión y la autenticidad, he aprendido mucho de la vida con cada uno de ustedes; han sido cuatro años llenos de experiencias.

Al doctor *Angel Corchado*, gracias Angel, por creer en mi y en mis habilidades, gracias por tu tiempo, tu dedicación y tu comprensión; le has aportado muchas

cosas buenas a mi vida profesional y a mi vida personal. Gracias por tu optimismo y tu carisma, no tienes idea de lo mucho que me has ayudado en momentos complicados, eres una gran persona y un excelente docente. Estoy muy agradecido con la vida por darme la oportunidad de encontrarme contigo.

A la UNAM, porque demuestra que la educación es la mejor inversión que una persona puede hacer; la universidad me ha mostrado lo complicado que puede ser la vida de un estudiante, lo difícil que pueden ser algunas pruebas, pero también, lo gratificante que pueden ser los logros. Gracias a la universidad por darme la oportunidad de tener una formación completa y gratuita, gracias por permitirle a los estudiantes cumplir sus objetivos. Gracias por las exigencias y las recompensas.

Y gracias a todas aquellas personas que directa o indirectamente han aportado a mi formación académica y a mi vida como estudiante. Siempre pienso en el conjunto de todas esas circunstancias que me han hecho llegar hasta aquí.

ÍNDICE

Introducción.....	4
1. Algunos componentes de las ciencias sociales.....	7
1.1 El campo de la Psicología y la Sociología: algunas cuestiones importantes.....	10
1.2 La dimensión de las relaciones humanas.....	16
2. Breve revisión histórica de la moral.....	21
2.1 Contribuciones desde la filosofía, base de los postulados psicológicos.....	26
2.2 El siglo de conflictos y guerras mundiales y el periodo de paz prolongada.....	29
2.3 Conductas prosociales, definición y clasificación.....	34
3. La empatía como promotora de la conducta prosocial.....	42
3.1 La concepción de la empatía a lo largo de la historia.....	42
3.2 Clasificación y elementos que la componen.....	48
3.3 El desarrollo de la empatía.....	51
3.4 La relación de la empatía con la conducta prosocial y la moral.....	52
3.5 Limitantes de la empatía.....	56
4. El concepto de individualismo: Una perspectiva desde la psicología social.....	63
4.1 Perspectivas del individualismo	68
4.2 Factores causantes	71
5. La relación entre la empatía y el individualismo.....	75
5.1 La sobreposición a los límites de la empatía.....	82
5.2 La inseparable relación empático-moral	88
Conclusiones.....	94
Bibliografía.....	104

INTRODUCCIÓN

Cuando se aborda el tema de las sociedades desde una perspectiva psicológica es necesario e incluso obligatorio hablar de *formación social*, ésta es el resultado de una práctica histórica específica, que surge y se reproduce como costumbre y consecuentemente se transforma, a partir de los diversos cambios que hay al realizarla; cada una de esas prácticas se da en circunstancias y bajo condiciones específicas, logrando una estructura de interacción identificable; esa interacción es producto de las relaciones que se establecen *entre* los individuos y no sólo *en* los individuos, ya que la *sincronicidad* entre actividades que los miembros de un grupo emiten, permite la formación de lo que se denomina *sociedad*.

Cuando un conjunto de individuos forma parte de un grupo definido, se establecen un sinfín de actividades, ejemplo de éstas son las de convivencia entre miembros de familias diferentes, dichas actividades están influenciadas por circunstancias de complementación colectiva, las cuales surgen de elementos dinámicos que prevalecen y se modifican entre las distintas sociedades, como las normas sociales, las cuales varían de población en población, dando paso a una serie de beneficios, pero también de obstáculos que complejizan la vida de cada individuo y por ende, de las sociedades.

Uno de estos elementos dinámicos, sustancial para el desarrollo de los vínculos humanos es la *empatía*, definida como la *percepción del marco de referencia del otro con exactitud, incluyendo los componentes emocionales y los significados que lo conforman* (Rogers, 1972), permite lograr una cohesión en y entre las sociedades, así como orientar las acciones de los individuos hacia un mismo fin; a éste conjunto de acciones, se les denomina *prosociales* y dicho fin es nombrado *fin último*, el cual se encuentra compartido en la moral de la mayoría de las personas. Existen situaciones en donde la empatía y las conductas prosociales entran en conflicto, principalmente cuando los intereses de una persona o de un grupo específico de personas son opuestas o divergentes, un ejemplo de las consecuencias en la divergencia de interés se puede apreciar en el fenómeno denominado *individualismo*, término que engloba una serie de conductas que

tienden a buscar el beneficio de quién las ejecuta dejando a un lado el interés colectivo y pasando por alto algunas normas sociales.

En tiempos recientes, la contraposición entre aquellos sujetos con marcadas características individualistas y aquellos interesados en ayudar a otros, ha dado como resultado, un aletargamiento en el desarrollo de los vínculos sociales previamente establecidos y en aquellos potencialmente existentes, provocando una serie de conflictos entre miembros de varias sociedades alrededor del mundo, separando a las personas por sus intereses y propósitos y, azorando la orientación que caracteriza a los integrantes que buscan alcanzar el fin común. Este conflicto es visible desde distintas regiones y se puede apreciar de distintas formas, por tanto, al ser un fenómeno que involucra a las sociedades, es posible analizarlo desde un punto de vista psicológico, más específicamente, desde una perspectiva propia de la psicología social, retomando aspectos como la interacción humana, los conflictos de interés, las formas de expresión y el alcance que podría tener dicho conflicto.

El presente trabajo se ha creado con el objetivo principal de analizar la relación que existe entre el individualismo y la conducta empática; retomando elementos esenciales que entran en juego para comprender las dimensiones que surgen de las relaciones entre individuos; dichos elementos son la moral y el comportamiento prosocial. Para poder desarrollar dicho análisis, se ha dividido el trabajo en cinco capítulos, los cuales consisten en lo siguiente:

En el capítulo número uno, se hará un breve resumen de lo que implica hacer psicología social; de los elementos que la compone y con los que trabaja para lograr sus objetivos.

La moral, como factor permanente e indispensable para la ejecución de conductas nombradas *prosociales* será revisada en el segundo capítulo, comenzando por un breve resumen de su historia y posteriormente, de las contribuciones que ésta ha hecho a la psicología. Para cerrar este capítulo, serán definidas y descritas las conductas etiquetadas como prosociales y se explicará el porqué de su importancia en la vida de cada persona.

El capítulo tres estará compuesto por una breve revisión de éste concepto a lo largo de la historia; de una descripción de los elementos que la componen, de la

relación que guarda con las conductas prosociales y la moral; por último, serán abordadas aquellas limitaciones que pueden mermar el comportamiento empático entre individuos.

El concepto de individualismo como elemento compuesto por una serie de actitudes y conductas en las sociedades modernas será revisado al inicio del capítulo cuatro.

Por último, en el capítulo cinco se revisará la relación que hay entre la empatía y el individualismo, entre la moral, la empatía y el individualismo; y entre los tres elementos antes mencionados y las conductas prosociales, realizando así, un análisis relacional de cuatro elementos que son parte fundamental de toda relación humana.

1. ALGUNOS COMPONENTES DE LAS CIENCIAS SOCIALES.

Para comenzar con el contenido del presente trabajo es importante esclarecer algunos puntos fundamentales que servirán como base para abordar de forma pertinente, el tema del comportamiento del individuo en el medio social. Uno de los puntos iniciales tiene como propósito definir al conjunto de disciplinas que convergen en campos de estudio, denominadas *ciencias sociales*, las cuales son una unidad cimentada en la diversidad, lo cual significa que ocupan un lugar concreto en una realidad. Dicha realidad existe al margen de lo humano; sin embargo, resulta relevante el hecho de que una parte de la totalidad de la realidad posee aspectos particulares que son derivados de las interacciones de dos grandes componentes: la actividad humana individual y la actividad humana colectiva. De estas dos partes surgen un sinnúmero de interrelaciones que se mantienen constantemente en fluctuación y producto de estas interrelaciones surge un ente inmaterial, que es eso que se denomina *lo social*. Es ahí donde las disciplinas abocadas a *lo social* tienen una unidad de estudio. El conocimiento generado por las ciencias sociales forma un conocimiento particular con respecto al conocimiento general de la realidad en la medida en que lo social constituye a su vez un sector concreto y diferenciado de la realidad total (Prats, 1982).

Respecto a la facultad que poseen las disciplinas sociales para ser concebidas como ciencia existe un gran problema por delimitar la aplicación del conocimiento científico a las diversas labores de cada una de ellas, pues no todo el conocimiento generado por las disciplinas sociales tiene un carácter científico, debido a que existen una gran diversidad de perspectivas al momento de generar conocimiento; por ejemplo, el conocimiento impresionista basado en apreciaciones únicamente fundadas en la experiencia personal, pero también hay un conocimiento denominado *metasocial*, el cual intenta explicar la realidad a través de fuerzas extraterrenales, como es el caso de todos los pensamientos de corte teológico

(Prats, 1982). La cuestión fundamental sobre el carácter científico de estas disciplinas radica en la discusión sobre si la realidad social puede ser analizada científicamente, y a pesar de los grandes intentos de diversos personajes a lo largo de la historia, no existe una única respuesta, aunque una de las cosas que sí se puede afirmar es que existe una visión que considera a la ciencia como una actividad que produce un conocimiento permanentemente perfectible, es decir, que con el paso del tiempo y de las aportaciones hechas por los investigadores al encontrar nuevas evidencias empíricas de la realidad puede ser mejorado. Lo anterior es muy común y evidente en otro conjunto de ciencias denominadas *naturales* conformadas por la Biología, Química, Física, Geología, Astronomía, entre otras, que con el paso del tiempo han perfeccionado sus formas de abordar el mundo; por supuesto, no ha sido una labor sencilla, pues ha tomado miles de años y ha requerido de la contribución de miles de personas. Esta es una tarea que las ciencias sociales también ha llevado a cabo, pero que desafortunadamente no han conseguido con éxito.

Otra cuestión importante que se debe de plantear es ¿por qué? ¿qué (además de lo antes mencionado), limita a las disciplinas para poder converger y generar conocimiento desde sus campos empleando lo científico? La respuesta está en el trabajo que se realiza desde la metodología, pues este trabajo permite la generación de conocimiento científico, que es equivalente a un conocimiento exacto, formalizado, completo y eficiente para la actuación y la previsión. Las ciencias sociales no han conseguido tal grado de perfección metodológica para producir resultados totalmente objetivos, a pesar de los esfuerzos realizados. El interés por originar conocimiento de carácter científico, es porque éste permite conseguir reproducciones conceptuales de las estructuras de los hechos y es a partir de ahí, que pueden surgir teorías, que, entre otras cosas, permiten sistematizar el conocimiento, estableciendo relaciones lógicas entre entidades que anteriormente se encontraban inconexas.

El objeto de estudio que tienen las ciencias sociales es muy distinto del que tienen las ciencias naturales. Aun cuando hay un método científico que permite

estudiar un fenómeno en concreto, en cada disciplina éste toma una forma particular, dando como resultado que ambas esferas de conocimiento (lo social y lo natural) sean susceptibles de formular problemas, elaborar hipótesis, hacer clasificaciones, análisis y dar explicaciones muy particulares a partir de una adaptación de ese método. Además de lo anterior, existen algunos obstáculos epistemológicos en lo social que dificultan la consecución de un conocimiento científico de carácter objetivo, pues de acuerdo con Prats y Fernández (2016) en lo social se agrupan realidades muy diversas de orden práctico, ideal, sentimental, ético, físico, económico y social, que a menudo están íntimamente relacionadas entre sí, lo que tiene como consecuencia, la variabilidad de los fenómenos sociales de forma mucho más intensa que la que puede producirse en los fenómenos físicos, que en general son procesos mucho más inertes.

Finalmente, otro elemento que entra en juego para dificultar más la generación de conocimiento objetivo, es la inclusión del hombre como elemento activo del estudio de lo social; dicho de otro modo, no puede haber conocimiento objetivo de calidad porque el sujeto cognoscente (el hombre) forma parte del propio objeto cognoscible, cosa que muy rara vez ocurre en las disciplinas naturales, un ejemplo de lo dicho anteriormente ocurre en una parte muy específica de la física: la física cuántica, en el famoso caso del “gato en la caja”, experimento realizado en 1935 por el físico y filósofo Erwin Schrödinger¹ (Astromia, 2017).

¹ El experimento consiste en lo siguiente: un gato dentro de una caja completamente opaca. En su interior se instala un mecanismo que une un detector de electrones a un martillo. Y, justo debajo del martillo, un frasco de cristal con una dosis de veneno letal para el gato. Se lanza un electrón, si el detector lo capta se activará el mecanismo, haciendo que el martillo caiga y rompa el frasco, logrando que el gato muera, de lo contrario, si el electrón toma otro camino, el frasco no se rompe y el gato seguirá vivo. Al finalizar el experimento veremos al gato vivo o muerto. Y hay un 50% de probabilidades de que suceda una cosa o la otra. Pero sucede que el electrón es al mismo tiempo onda y partícula. De modo que el electrón será detectado y el gato morirá. Y, al mismo tiempo, no será detectado y el gato seguirá vivo. A escala atómica, ambas probabilidades se cumplen de forma simultánea. En el mundo cuántico, el gato acaba vivo y muerto a la vez, y ambos estados son igual de reales. Pero, al abrir la caja, solo se ve al gato, ya sea vivo o muerto, esto es porque al abrir la caja y observar el resultado del experimento, éste se contamina. Una curiosa característica de la cuántica es que el mero hecho de observar contamina el experimento y define una realidad frente a las demás. Einstein expresaba así su desconcierto: "¿quiere esto decir que la luna no está ahí cuando nadie la mira?". Este proceso de tránsito de la realidad cuántica a nuestra realidad clásica se llama *decoherencia*, y es la responsable de que veamos el mundo tal y como lo conocemos. Es decir, una única realidad (Astromia, 2017).

Es cierto que el investigador de la naturaleza también se encuentra formando parte de ella, pero sus lazos con la misma no son tan intensos como en lo social. En el caso de lo social, el investigador tiene un alto grado de dificultad para distanciarse del objeto estudiado dado que él forma parte de aquello que estudia, además de que posee nociones, valores y creencias que ha ido adquiriendo en el contexto social que debe estudiar.

1.1. El campo de la Psicología y la Sociología: algunas cuestiones importantes

Dentro del área de las ciencias sociales, existen algunas propuestas que con el paso del tiempo han ganado un lugar y actualmente ocupan una posición como disciplina que las faculta de poder estudiar determinados fenómenos. Todas las disciplinas pertenecientes al área de las ciencias sociales proporcionan una comprensión de cómo funciona el mundo utilizando explicaciones de tipo comportamental y de tipo histórico-social; así, el interés de estas ciencias radica en la relación que se establece entre el ser humano y las estructuras que él mismo crea.

Aun cuando las disciplinas pueden compartir un área (en este caso, el área es lo social), cada una difiere en sus objetos de estudio, pues mientras la Antropología Social estudia la cultura y las instituciones sociales en diversos grupos humanos y sus temas de investigación más comunes tienen que ver con las adaptaciones ecológicas, las normas y los valores, las creencias religiosas, la mitología, la magia, el arte, el género, etcétera (INAH,2016), la Sociología estudia las relaciones sociales humanas y sus instituciones, lo cual da pie a una variedad enorme de temas que van desde los cambios económicos, políticos, culturales, ideológicos, hasta las relaciones familiares y los procesos de cambio y transformación. Por su parte la Psicología Social tiene como objeto de estudio la interacción del individuo con el medio social. En las tres disciplinas antes mencionadas una de las unidades de estudio es el individuo; sin embargo, en el caso particular de la Psicología Social, de acuerdo con Moreland, Hogg y Hains (1994, citados en Paez, 2004) se hace énfasis en los procesos cognitivos como reflejo de la estructura social con la cual se interactúa (dentro del campo puramente

psicológico, ésta no es la única idea, pues a lo largo de tiempo muchas otras corrientes han intentado explicar lo social desde su óptica particular, sin embargo, el modelo cognitivo conductual ha marcado grandes avances a nivel teórico y práctico, motivo por el cual, la definición que brinda forma parte de la base de muchos otros estudios surgido a la posterioridad) si bien, la idea anterior deja de lado la influencia que el individuo tiene en el medio (y no sólo el medio en el individuo) es importante mencionar que éste postulado parte de una lógica en la cual se busca acentuar la relevancia del sujeto como persona receptiva de los cambios a nivel macro (p. 295). De estas ideas parten muchas de las teorías psicosociales como la teoría de campo de Kurt Lewin, las teorías del equilibrio sobre el cambio de actitudes, la teoría de la atribución y los planteos de la cognición social; además, surge como una sobresaliente alternativa a los postulados realizados por psicoanalistas, cuyas explicaciones cobraron fuerza a consecuencia de los propios aportes de Sigmund Freud quien, con la influencia de la lectura de Gustavo Le Bon, modificó su teoría del aparato psíquico para dar cuenta de los fenómenos de masa y de lo social (Seidmann, 2001).

Como parte de un intento por estudiar los fenómenos sociales, cada una de las disciplinas ha establecido límites que tienen como finalidad focalizarse a lo relacionado con su objeto de estudio. En los casos particulares de la Psicología y la Sociología no existe un consenso unánime acerca de sus delimitaciones lógicas, pero sí de los límites científicos; es así que, a pesar de dichas carencias y dificultades en sus delimitaciones, ambas ciencias pueden ubicar su pertinencia epistémica en relación con fenómenos claramente determinables. De este modo, para la Psicología no representa ningún obstáculo reclamar como dominio de conocimiento el correspondiente a la actividad individual de las personas en relación con su medio externo, mientras que en el caso de la Sociología, existe una inclinación por estudiar la actividad colectiva de sus individuos.

Señalado el punto anterior es importante mencionar que, mientras los límites de una ciencia o disciplina son establecidos por la misma, las limitaciones están dadas por las condiciones de la experiencia humana (Soto, 2008), y es ahí, en los

límites de una, que se encuentran determinados fenómenos que no pueden ser explicados por una sola ciencia y que requieren de la experticia de diversas áreas de conocimiento para poder dar una explicación más completa. Es en esos casos cuando se interceptan dos o más disciplinas perfectamente delimitadas e identificadas, dando lugar a campos multidisciplinarios, que de acuerdo con Henao, García, Aguirre, González, Bracho, Solorsano y Arboleda (2017), son elementos en común relacionados con un objetivo, pero con independencia metodológica, conceptual y epistemológica. De esta forma, para que dos o más disciplinas puedan realizar un trabajo en conjunto deben, en primera instancia, fungir como una disciplina por sí mismas pues, de no existir una delimitación que permita diferenciar una de otra, carecería de todo sentido y lógica proponer un análisis multidisciplinario. Una vez establecido lo anterior, se parte de la posibilidad de examinar fenómenos desde dos ciencias específicas cuyos límites empíricos se yuxtaponen y comparten cierto grado de superposición conceptual, en este caso particular, esas disciplinas son la Psicología y la Sociología.

Lo psicológico, al tener como objeto de estudio al Hombre, comparte algunos campos con la Sociología. Ambos han intentado por separado dar explicación a diversos fenómenos, que en la mayoría de las ocasiones son denominados *sociales* y en diversos casos lo han logrado, le han dado una explicación por separado a diversos fenómenos; por ejemplo, al hablar del comportamiento disruptivo existente en algunas poblaciones, desde un punto de vista psicológico se han realizado investigaciones que intentan dar una explicación a dicho fenómeno. A continuación se mencionan dos ejemplos desde la psicología, el primero de ellos fue llevado a cabo por el psicólogo Phillip Zimbardo, quien realizó un experimento en 1969, donde abandonó dos automóviles en perfecto estado de idéntico color, marca y modelo en dos puntos diferentes: el primero en el Bronx (barrio conocido por altos índices de delincuencia) y el segundo en Palo Alto (un área en donde habitaban personas de clase alta, situada en el estado de California y que reportaba bajos índices de delincuencia). Inicialmente, el comportamiento observado en ambos barrios fue diferente, el coche aparcado en el Bronx fue rápidamente desvalijado, quedando prácticamente destrozado en pocos días. Por contrario, el aparcado en

Palo Alto permaneció intacto durante una semana. Sin embargo, Zimbardo decidió ocasionarle algunos daños, a partir de ese momento, viendo indicios claros del abandono del vehículo, los vecinos de Palo Alto tuvieron el mismo comportamiento con el coche que los del Bronx: lo saquearon y destrozaron. Posterior a este experimento, Wilson y Kelling en 1982 formularon su teoría, denominada “ventanas rotas”, según la cual, existe un “contagio” de la conducta criminal a partir de la percepción que se tiene sobre algo ajeno, en otras palabras, lo incívico se va contagiando ante la consideración de que lo atacado es poco importante (Wagers, Sousa, Kelling, 2008).

Otro de los experimentos realizados desde la Psicología, fue llevado a cabo por Albert Bandura, profesor de la Universidad de Stanford. En su experimento participaron tres grupos de niños de entre tres y seis años. Cada niño fue colocado por separado en una habitación llena de juguetes que incluían un muñeco llamado “Bobo”, el cual era una figura inflable con cierto peso en la base, que volvía a su posición original luego de que se le golpeara. Un grupo de niños fue acompañado por un adulto que pasó varios minutos golpeando al muñeco con un martillo y utilizando un lenguaje agresivo, más tarde, el adulto debía dejar a los niños solos para jugar. El segundo grupo de niños fue estudiado en compañía de un adulto que se sentaba y jugaba con ellos tranquilamente durante varios minutos para luego dejarlos solos. Por último, el tercer grupo se fue a jugar a la habitación sin ningún adulto presente. Sus actividades fueron grabadas en video a través de un cristal unidireccional. Bandura notó que los niños que estuvieron expuestos al modelo agresivo tenían más probabilidades de mostrar un comportamiento físico agresivo imitativo, siendo los niños casi tres veces más propensos a repetir un comportamiento físicamente violento en comparación con las niñas, por otra parte, los niños expuestos a modelos agresivos también tenían más probabilidades de mostrar un comportamiento verbal agresivo imitativo, siendo los niveles de agresión verbal expresados aproximadamente los mismos tanto para niños como para niñas. Finalmente, los sujetos que no fueron expuestos a ningún modelo mostraron muy poco comportamiento agresivo imitativo, no habiendo prácticamente diferencia entre uno y otro grupo (Shuttleworth, 2008). Las conclusiones a las que llegó

Bandura fueron muy importantes para realizar diversos experimentos posteriormente por otros psicólogos, con el fin de conocer a profundidad el alcance de la conducta disruptiva y su relación con la imitación. Los resultados del experimento permiten comprender como la conducta es aprendida de individuo a individuo sí, pero además permite dar una explicación al modo en que la conducta es aprendida y compartida a un nivel mucho más amplio, por ejemplo, en el caso de los grupos de crimen, como los narcotraficantes, convocan a jóvenes para formar parte de una compleja organización, es claro que, al inicio, los jóvenes no saben mucho de la forma de operar del grupo en cuestión, pero, es mediante la imitación e interacción que tienen con “los jefes” que pueden adoptar nuevas formas de comportamiento, lo que a largo plazo, les permite controlar “el negocio” y posteriormente, son ellos quienes les enseñan a los nuevos integrantes qué hacer, cómo hacerlo y cuándo hacerlo.

Por su parte, la Sociología también ha intentado formular explicaciones a diversos fenómenos, aquí se hace mención de dos teorías surgidas a partir del trabajo de algunos sociólogos. La primera teoría fue formulada por el estadounidense Edwin H. Sutherland en 1939 y fue nombrada “Teoría de la asociación diferencial”, la cual intenta explicar cómo las personas pueden llegar a cambiar su conducta, cuando se relacionan con terceros y demuestran un comportamiento aprendido, que no respeta la ley y que, además, fomenta la violación de la misma. Esta premisa intenta explicar cómo surge el comportamiento delictivo en aquellas personas de “cuello blanco”. De acuerdo con Sutherland, el comportamiento criminal se aprende, sobre todo en el interior de un grupo restringido de relaciones personales; de este modo la formación de conducta criminal comprende: la enseñanza de técnicas para cometer actos ilegales que pueden ser muy complejas y otras veces muy simples, además de que el individuo se convierte en delincuente cuando las interpretaciones desfavorables relativas a la ley prevalecen sobre las interpretaciones favorables (Hikal, 2017).

La otra de las teorías es nombrada “teoría de la dicotomía de valores” y fue formulada por Salomón Kobrin en 1951. Él afirmó que, en los estratos de clases

bajas, los valores de conformidad (aquellos que van en dirección a la posición mantenida por el grupo mayoritario) y los valores delictivos existen conjuntamente, hay una existencia de valores duales. Kobrin dedujo que el predominio de la conducta criminal genera un tipo de valores y formas institucionalizadas para su manifestación desviada; sin embargo, apreció también que en esas áreas existían individuos que eran “contaminados”, es decir, que aceptaban los valores convencionales (aquellos que son opuestos a los valores delictivos). El hecho de que jóvenes antisociales no reincidan de adultos, y que jóvenes no infractores delincan en la adultez, sería inexplicable, salvo que, se acepte la existencia de dos grupos de normas y valores (criminales y convencionales). Además, Kobrin infirió que en esas zonas existe interrelación de sujetos delincuentes con personas que no lo son, dado que no existen barreras físicas que impidan tal interrelación social (Pérez, 2011). De este estudio se puede retomar un aspecto que en otras investigaciones es pasado por alto: los valores, los cuales ayudan a orientar el comportamiento, permiten distinguir y elegir entre dos o más situaciones. En el caso de los comportamientos que buscan perjudicar (transgresores) o en aquellos que tienen como objetivo ayudar (prosociales) los valores juegan un papel fundamental en la vida de cada uno de los individuos, pues cada persona está influenciada por los valores de los grupos con los que se relaciona (como la familia, los amigos, la comunidad).

Los cuatro ejemplos anteriores sirven como una muestra de que, a lo largo del tiempo, se han formulado diversas tesis para explicar algún fenómeno, en el caso de las teorías anteriores, se intenta explicar la conducta disruptiva y la conducta criminal. En cada caso, los autores postulan ideas con el fin de poder abordar tal fenómeno desde su campo de trabajo. Los dos primeros ejemplos lo hacen desde una óptica psicológica, mientras que los dos siguientes lo elaboran desde una óptica sociológica, lejos del debate de si las teorías aún son vigentes o de si, realmente pueden ser consideradas como tal, la intención de mencionarlas es para mostrar que, por sí mismas, cada disciplina ha realizado un esfuerzo por trabajar con algún aspecto de la realidad que demanda atención, logrando hasta determinado punto, establecer un indicio de que sí es posible ser abordada desde

la disciplina en cuestión, además, las explicaciones que se dan en los cuatro casos son relativamente similares, pues tiene como punto en común la interacción que establece el individuo con su medio, tal similitud es indispensable si se quiere profundizar en el tema acoplando dos disciplinas que por sí solas muestran cimientos sólidos, de este modo, se puede argumentar que para el trabajo multidisciplinario ambas partes deben poseer fundamentos que no sean antagónicos, pues la confluencia de posturas contradictorias no puede coexistir para generar conceptos completamente claros. El punto anterior debe ser tomado en consideración para los temas a desarrollar más adelante.

La limitación de cada disciplina impide el abordaje mayormente completo de una situación o un fenómeno; cuando los primeros psicólogos y sociólogos decidieron converger para llevar a cabo trabajos en conjunto, la intención que tenían era lograr un mayor alcance en sus modelos, con el fin de poder estudiar el fenómeno de forma más completa, haciendo a un lado, aquellas limitaciones de las que eran víctimas, así, es posible encontrar ocasiones en que un modelo explicativo no alcanza a formarse como tesis sólida ante un problema, un fenómeno sobrepasa una teoría, ocasionando que dicha teoría necesite de una revisión meticulosa, para, en el mejor de los casos, ser reformulada. La participación de académicos con conocimientos en varias disciplinas y con una actitud de cooperación suma esfuerzos y permite desarrollar un entendimiento más profundo de los procesos permitiendo generar cambios a nivel teórico y práctico, como consecuencia de la generación de nuevas herramientas y métodos, sin dejar de lado que para que ambas áreas lleven a cabo trabajo en conjunto, requieren mantener relación con el tema de estudio, de este modo, la organización de un equipo multidisciplinario supone un importante reto, pues los métodos, objetivos y elementos de estudio de las disciplinas que lo van a constituir, deben de conciliar sus contenidos, hecho que facilita el desarrollo de teorías mejor fundamentadas.

1.2 La dimensión de las relaciones humanas

Las relaciones humanas son indispensables para poder hablar de *lo social* pues la interacción que hay entre los humanos y la formación social como sistema

que les da identidad son *sincrónicos*, se produce al mismo tiempo, en perfecta correspondencia temporal, su existencia no tiene sentido funcional sin su consideración simultánea. Así como el cuerpo humano no se constituye como un simple agregado progresivo de tejidos, órganos y sistemas funcionales, cualquier formación social se integra sólo en la medida en que las relaciones entre los individuos que la constituyen están organizadas en uno u otro modo. Sin esa organización definida, no puede identificarse formación social alguna (Ribes, Pulido, Rangel y Sánchez, 2018).

La formación social es una manera de organización entre los individuos, sin dicha organización de relaciones interindividuales no puede hablarse de una formación social. Las prácticas sociales siempre son relaciones interindividuales, pero no relaciones de individuos, la agrupación de dos o más personas que convergen en un espacio-tiempo específico no crea una práctica social, son las situaciones de complementación grupal en la coexistencia las que determinan la forma de las relaciones interindividuales, esas relaciones son las que la psicología social debe de tomar como punto de partida para realizar un estudio de las prácticas humanas.

Respecto al plano psicológico, es importante realizar algunas puntualizaciones que permitirán esclarecer y establecer el lugar que ésta disciplina ocupa para el análisis de los procesos sociales, el primer punto es que lo psicológico no constituye propiamente una transición entre lo biológico y lo social como muchas veces se ha establecido, lo psicológico transita entre ambos campos, no es la etapa de transición sino que forma parte de ella, y solo de esta manera puede entenderse su aporte multidisciplinario a la biología y a la ciencia social. Forma parte de la transición porque el ser humano tiene componentes que a la biología le interesan, tanto a nivel individual; es decir, únicamente centrado en lo humano-biológico (aquello que lo compone: tejidos, órganos, células, etcétera.) como aquello fuera de éste y que permite su existencia, es decir, los factores ambientales que incluye las dimensiones físico-químicas de diversas entidades y organismos plasmados en ecosistemas; por otra parte, lo puramente social guarda

relación con lo psicológico, debido a que el ser humano ha establecido a lo largo de la historia relaciones con otros humanos, generando escenarios que a la posteridad han cimentado formaciones artificiales, como la cultura, las instituciones, la política, entre muchas otras más.

La importancia de lo psicológico entonces, estriba en que permite conectar lo postulado por la biología y lo postulado por la sociología, sin ser repetitiva, es decir sin estudiar algo que otras disciplinas ya estudian, tomando en cuenta al ser humano como parte de esa realidad en donde se yuxtapone lo social y lo biológico; evolutivamente, no existe un salto directo entre lo biológico a lo social, como se ha llegado a especular en muchas ocasiones por los sociobiólogos y los psicólogos evolucionistas, ambos partiendo de las manifestaciones del darwinismo social.² Ese salto no existe debido a que el ser humano es el resultado de la sinergia de factores ecológicos epigenéticos y de la vida en sociedad (Ribes, et. al, 2018). De este modo es posible argumentar que no existe, en rigor, un ámbito biológico o social autónomo de lo psicológico, y viceversa.

Aunado a lo anterior, es importante marcar el confín de cada una de las tres disciplinas antes mencionadas, respetando su facultad como modelos explicativos de determinado fenómeno; actualmente es común encontrar declaraciones que intentan explicar gran parte del comportamiento psicológico y que incurren en errores reduccionistas, por ejemplo, desde lo biológico, cuando algunos grupos de científicos afirman haber encontrado el gen de la homosexualidad, de la dislexia, de la esquizofrenia o que gracias a un conjunto de investigaciones se ha llegado a la conclusión de que en el núcleo centromedial se encuentra la felicidad, el miedo o el enojo y que modificando esa región cerebral se pueden manipular los estados emocionales de las personas; o (como muchas publicaciones que surgen actualmente) que se ha creado una sustancia que nos volverá inmunes a las preocupaciones. Por su parte, la sociología es un poco más cauta al momento de

² El darwinismo social afirma que las clases explotadoras gobernantes se componen de los hombres mejor dotados, vencedores en la lucha por la existencia. Esta idea es empleada por la burguesía para justificar las guerras imperialistas de rapiña, la explotación de los pueblos coloniales y la exacerbación del odio de razas y de la desigualdad social de los hombres en la sociedad capitalista (Rosental y Ludin, 1946).

hacer afirmaciones sobre lo psicológico; sin embargo, , en muchos casos, justifica distintas acciones humanas incurriendo en el ya mencionado error reduccionista, como, por ejemplo, al mencionar que el comportamiento transgresor o prosocial es el resultado únicamente de procesos sociales en los que el individuo es víctima de una estructura social estropeada frente a la que no puede responder de ninguna otra manera. Así, primar un solo aspecto es parcelar una realidad enormemente compleja, afirmar, que un defecto genético o una falla en alguna región específica del cerebro conduce a la esquizofrenia o la depresión es pasar por alto los aspectos de la interacción del individuo a nivel particular y general.

Por tanto, es importante identificar que no puede haber una explicación de lo humano puramente orientado a solo una postura, pues como ya lo había estipulado George Engel en 1977, una alteración bioquímica no siempre se traduce en enfermedad, ésta aparece por la interrelación de diversas causas, no sólo moleculares, sino también psicológicas y sociales, además de que la aceptación del rol de enfermo no viene determinado únicamente de manera mecánica por la presencia de una anomalía biológica, de este modo, el tratamiento biológico puede tener diversas tasas de éxito influido directamente por variables psicosociales (Borell, 2002). Tal idea, también aplica para eventos alejados de la medicina, o mejor dicho, del ámbito de la salud, si bien el modelo de Engel se enfoca en la descripción del desarrollo y mantenimiento de algunos estados de salud, la concepción de la persona como un ser biopsicosocial se ha trasladado y generalizado a todo ámbito en el cual exista la presencia de individuo humano.

La importancia de conocer y respetar las diversas disciplinas que componen al área de las ciencias sociales ayuda a evitar caer en errores reduccionistas. El presente trabajo tiene el propósito de realizar un análisis relacional del comportamiento empático y el concepto de *individualismo* (el cual será revisado en los siguientes capítulos) desde una óptica de la psicología social, que como se mencionó con anterioridad tiene su razón de existir al haber confines en lo estudiado por psicólogos y sociólogos, pues al existir un comportamiento en diversos grupos, se genera un nivel por encima de lo contenido en lo exclusivamente individual, ya

que como menciona Barranca (2002), si un grupo vive, se desarrolla, muere o padece crisis, la psicología sólo puede entenderlo desde la analogía con el sujeto individual; pero si este nivel de conocimiento no basta, entonces no queda más remedio que conceptualizar la psicología social como un campo que participa tanto del saber psicológico como del sociológico, basado en una comprensión desde lo natural.

2. BREVE REVISIÓN HISTÓRICA DE LA MORAL

Cuando se habla de las prácticas sociales se habla a su vez, de la forma en que las personas se relacionan, cuando los psicólogos y otros estudiosos de las sociedades intentan hacer un análisis de tales interacciones, es común que elaboren categorías que les permitan sistematizar un evento o un fenómeno, una de las formas en las que suelen hacerlo es dividiendo a las practicas sociales por la aportación que éstas tienen en el medio. Como se verá a continuación la división entre estas practicas ha ido cambiando con el paso del tiempo, muchas de las categorías para separar el tipo de practicas que hay entre las personas tiene su origen en los conceptos del *bien* y el *mal*, tales conceptos han sido abordados por la *moral*, que de acuerdo con Fernando Savater (filósofo que ha dedicado gran parte de su vida al estudio de la moral y la ética) el objetivo que ésta tiene consiste en su capacidad de transformar la diferencia entre lo verdadero y lo falso, en exponer la diferencia entre el bien y el mal, conformando un conjunto de normas que instruyen un modo de someterse a la realidad, de este modo, se conceptualiza al *bien* como aquello que se ajusta a lo exigido o satisface valoraciones que favorecen el bienestar, ya sea en el ámbito individual o comunitario, por su parte, el mal es todo aquello contrario al bien, que significa la negación de lo que somos y lo que no nos conviene como seres humanos (Savater, 2004). La definición anterior es resultado de un conjunto innumerable de cambios, pues la moral no siempre ha significado lo mismo, en algunas civilizaciones de la antigüedad tenía un significado orientado más a la cooperación, mientras que en la época feudal se le dio un significado más religioso y 500 años después, ya era concebida de forma distinta por los burgueses; por tanto, la moral es un hecho histórico, que no puede ser concebida como un algo estático o fijo, sino como algo cambiante que cobra sentido en un contexto específico. A continuación, se realiza un breve repaso por distintos momentos de la historia, en donde la concepción de la moral tiene el papel protagónico.

Los orígenes de la moral en la humanidad surgieron cuando el hombre dejó atrás su naturaleza puramente natural y comenzó a formar sociedades. De acuerdo

con el antropólogo Christopher Boehm (2012), la moral nació como un tipo de control social, y tuvo su origen con la invención del lenguaje, si bien es cierto que antes del lenguaje existía un control ejercido por los habitantes más fuertes, fue hasta la aparición de la comunicación verbal que fue posible crear estatutos que permitían dejar en claro el rol que los habitantes tenían en las agrupaciones que formaban, además de que les permitía transmitir las malas acciones que los demás llevaban a cabo, porque, anteriormente nadie podía observar continuamente lo que hacía todo un grupo, así que era necesario que las malas acciones que alguien realizaba, pudieran ser contadas por alguien que observaba, permitiendo así tomar las medidas que consideraban apropiadas. De este modo, en las pequeñas comunas, el lenguaje permitía a los padres educar a los hijos para evitar la incurrancia en conductas no deseables y eran esos niños los que tarde o temprano comunicaban a otros niños, aquellas medidas a tomar en cuenta para evitar ser castigados; por ende, para no ser castigado, el individuo aprendía las normas del grupo y se comportaba de acuerdo a ellas y ese aprendizaje de las normas conformaba lo *moral*. Así, con el paso del tiempo y con el incremento de las poblaciones asiladas, las sociedades que se iban formando establecían estatutos en busca de aumentar las conductas de cooperación e intentando disminuir las conductas de depredación social (Boehm, 2012).

Los orígenes de la moral se encuentran entre los grupos de personas que compartían territorio, antes de las primeras grandes civilizaciones (como los Mesopotámicos, Griegos o Chinos) los grupos de hombres primitivos, notaron que de la naturaleza podían obtener recursos que les permitieran seguir con vida y por consecuencia, tener descendencia, pero, se percataron que el mundo era un lugar desconocido y hostil, la propia debilidad de sus fuerzas ante el mundo que los rodeaba determinó que para hacerle frente, y tratar de dominarlo, tenían que trabajar en conjunto con el fin de multiplicar su poder. Fue a partir de esa unión que surgió el trabajo colectivo, y con ello, surgieron una serie de acuerdos que buscaban beneficiar a la comunidad, de este modo, la necesidad de ajustar la conducta de cada miembro de la colectividad a los intereses de ésta, determinó que se considerara como bueno o beneficioso todo aquello que contribuye a reforzar la

unión o la actividad común, y, por el contrario, que se tomara como malo o peligroso aquellas conductas que eran opuestas a las primeras; fue así como se estableció una línea divisoria entre lo bueno y lo malo, destacando una serie de deberes: todos los integrantes de un clan estaban obligados a trabajar, a cooperar de algún modo, a luchar contra los enemigos de la tribu, etcétera. Tales obligaciones entraban en el desarrollo de las cualidades morales que respondían a los intereses de la colectividad: como la solidaridad, la ayuda mutua o la disciplina. Como menciona Sánchez (1981) lo que más tarde sería nombrado como *virtud* y *vicio* por los Griegos tiene su origen en el carácter colectivo de la vida social pues en una comunidad que se halla sujeta a una lucha incesante con la naturaleza, y con los hombres de otras comunidades, el valor es una virtud principal ya que el valiente presta un gran servicio a la comunidad; por razones semejantes, se aprueba y exalta la solidaridad, la ayuda mutua, la disciplina, etcétera, la cobardía, en cambio, es un vicio terrible en la sociedad primitiva porque atenta, sobre todo, contra los intereses vitales de la comunidad, y lo mismo cabe decir de otros vicios como el egoísmo, el ocio, etcétera. Hasta ese punto de la historia, se cree que los habitantes de los clanes compartían comportamientos similares, pero esto iría cambiando con la llegada de las nuevas grandes civilizaciones y con el incremento en las poblaciones lo que ocasionaría un incremento en las sociedades, haciéndolas cada vez más difíciles de controlar.

Muchos años después, los Griegos, sentarían las bases teóricas de los principios morales, entre ellos grandes figuras como Aristóteles, Platón y Sócrates quienes habían observado que existían dos morales claramente identificables, la primera era la perteneciente al grupo dominante (la de los hombres libres de la época) y la otra, era la de los esclavos que internamente rechazaban los principios y normas morales vigentes, y consideraban validos los suyos. Aristóteles consideraba que unos hombres eran libres y otros esclavos por naturaleza, y que esta distinción era justa y útil (Sánchez, 1981). De acuerdo con esta concepción, que respondía a las ideas dominantes de la época, los esclavos eran objeto de un trato despiadado, feroz, que ninguno de los grandes filósofos de aquel tiempo consideraba inmoral. Los Sofistas, por su parte, también examinaron el fenómeno de la moralidad, ellos consideraron que no existan distinciones objetivas entre el

bien y el mal, pues el ser humano es capaz de manipularlos según sus gustos e intereses, de este modo, lo que para unos individuos es bueno (o está bien) para otros puede estar mal (o ser malo) e incluso, para un mismo individuo, algunas cosas pueden tildar de buenas y en otras ocasiones, esas mismas pueden ser consideradas como malas (Malishev y Sepúlveda, 2017).

Luego del periodo de las civilizaciones antiguas, el surgimiento de la religión Judeocristiana marcó una importante contribución a las ideas relacionadas con la moral, pero fue hasta la consolidación y apogeo de la iglesia en la Edad Media, que tales ideas cobraron fuerza. De acuerdo con Blanca (2018) la vida de la sociedad medieval respondía a sus características económico-sociales, pero, sobre todo, espirituales. La iglesia jugó un papel vital en la vida espiritual de la sociedad, la moral de esa época estaba impregnada fuertemente por un contenido religioso, y puesto que el poder espiritual eclesiástico fue aceptado tarde o temprano por todos los miembros de la comunidad (señores feudales, artesanos, siervos de la gleba, entre otros) tal contenido aseguraba cierta unidad moral de la sociedad. La introducción del cristianismo cambió el concepto de moralidad, que dejó de estar vinculado a la felicidad y se ligó a la salvación del alma.

La gran mayoría de las religiones coincidía en el fundamento de la llamada *regla de oro*, en su formulación negativa: *no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti*, o positiva: *trata a los demás como quieres que te traten a ti*; a partir de esta regla surgen los preceptos comunes a muchas tradiciones, de no ejercer violencia, no matar, no robar, no mentir, no hacer daño a otros (Velasco, 1994). Así, durante el medievo ser moral se convertía en sinónimo de seguir la doctrina de Dios y los mandamientos de la biblia, el código moral estaba dominado por la *idea de los pecados capitales y las virtudes cardinales*, es decir, se hablaba de poner en práctica los sacramentos, la paz, la pureza, la justicia, el cumplimiento de la voluntad de Dios. Todo aquel que no cumplía con la voluntad de Dios era indigno, no tenía cabida en esa sociedad y su castigo era la muerte; la cual se decidía a partir de la falta que cometía; fue en ese momento en donde los métodos de tortura cobraron mayor popularidad, de acuerdo con lo mencionado por Peters

(1987) fue en el 1254 cuando el papa Inocencio IV promulgó el documento *Ad extirpanda*³ en la que se decía lo siguiente:

El funcionario o rector debe obtener de todos los heréticos que ha capturado una confesión por la tortura sin dañar el cuerpo o causar peligro de muerte, pues son, en verdad ladrones y asesinos de almas y apóstatas de los sacramentos de Dios y de la fe cristiana. Deben confesar sus errores y acusar a otros heréticos que conozcan, así como a sus cómplices, encubridores, correligionarios y defensores, así como se obliga a los granujas y ladrones de bienes mundanos a delatar a sus cómplices y confesar los males que han perpetrado (p. 97)

El incumplimiento ante el código moral impuesto tenía consecuencias tanto en el mundo real como en el plano celestial pues de acuerdo con las ideas impartidas por los altos mandos de las iglesias y por lo dicho en la biblia, para todas aquellas personas que cumplían la voluntad de Dios, el cielo era la recompensa divina y el infierno, por contraparte, era el lugar de castigo, tales postulados religiosos servían para motivar a las personas. Sin embargo, aun cuando había un código para la población de la Edad Media, la división social de la época, propicio a una pluralidad de *subcódigos* morales, es decir, había un código de los nobles o caballeros con su moral caballeresca y aristocrática; códigos de los gremios, códigos universitarios, entre muchos otras más, pero la gran mayoría, tenía como pilares, los impuestos por la religión.

Tiempo después, en la sociedad feudal fue gestándose nuevas relaciones sociales a las que habría de corresponder una nueva moral; es decir, un nuevo modo de regular las relaciones entre los individuos. Surgió y se fortaleció una nueva clase social: la burguesía, poseedora de nuevos medios de producción (manufacturas y fabricas), que iban desplazando a los talleres artesanales, y a la vez, fue surgiendo una clase de trabajadores libres, que por un salario vendían o alquilaban, durante una jornada, su fuerza de trabajo. Los intereses de la nueva

³ Debido a que la iglesia tenía gran parte del control en el medievo, el papa Inocencio IV aprobó un documento denominado *bula papal* (este nombre, lo recibía cualquier documento emitido por la iglesia y marcado con un sello redondo de plomo) con nombre *Ad extirpanda* en el cual se autorizaba el uso de la tortura como proceso inquisitorial para obtener la confesión de cualquier persona acusada de cometer actos inmorales; entre los delitos se encontraban la herejía, el robo y el asesinato. (Peters, 1987)

clase social, vinculados al desarrollo de la producción, y a la expansión del comercio, exigían mano de obra libre (y por tanto, la liberación de los siervos), así como la desaparición de las trabas feudales para crear un mercado nacional único y un estado centralizado (Sánchez,1981). De este modo, una serie de revoluciones en países como Francia e Inglaterra, propició la consolidación económica y política del poder de la nueva clase social en ascenso, provocando la desaparición de la aristocracia feudal. Luego de la caída del Imperio Romano en 476 el poder de la iglesia se vio limitado, las actividades comerciales fueron cada vez más importantes y con ello, surgió el crecimiento de las ciudades, pero uno de los aspectos más relevantes fue el surgimiento del sistema capitalista.

2.1 Contribuciones desde la filosofía, base de los postulados psicológicos.

Una vez desplazada la idea de que la moral se fundamenta en Dios, los pensadores de la época no dejaron de lado el concepto y elaboraron distintos trabajos con los que buscaban trasladarlo a un terreno alejado de la doctrina religiosa, que años lo modificó y utilizó para reprimir a la población, principalmente a sus opositores. Los trabajos de algunos pensadores de la época, sirvieron luego, como base para el desarrollo de diversos trabajos en psicología que, a su vez, darían pie a distintas teorías, que buscan explicar el comportamiento de las sociedades.

Uno de los primeros personajes en contribuir a la reubicación del concepto de la moralidad fue Thomas Hobbes, quien a través del contrato social, vinculó la moralidad con la aceptación de la vida en sociedad a través de unos acuerdos firmados entre poderosos y desfavorecidos, así como la obediencia al monarca que debía hacer cumplir los acuerdos alcanzados en ese contrato incluso si era menester por la fuerza, ya que fuera de ese contrato social, estaba la vida en estado natural (sin sociedad) en el que según Hobbes sería la autodestrucción humana, porque el ser humano en dicho estado era un ser violento y egoísta (Moros, 2017). Además de Hobbes, Immanuel Kant realizó aportaciones importantes, pues postuló que la moral es racional, es decir, que, a través de la razón, se puede deducir si un acto es moral o inmoral. Por otra parte, Schopenhauer, fundamentó lo moral en los

sentimientos y en la empatía, pues es a partir de conocer el sufrimiento ajeno que es posible una actitud moral de compasión, una actitud que se consigue poniéndose imaginativamente en el lugar del otro, es así que lo moral solo se da en la medida en que cada persona busca una reducción de sufrimiento en otras personas (Espinoza, S/N). Las ideas de ambos personajes, tanto de Kant como de Schopenhauer son un tanto opuestas, pues mientras para Kant, el sentimiento de compasión es un impedimento para la moral, ya que es obedecer a una inclinación y no a la razón, para Schopenhauer el único camino para llegar al fundamento de la moral es por la vía empírica, es decir, empatizar un sentimiento de aprecio o rechazo hacia otra persona, esta segunda idea sería retomada más tarde por algunos psicólogos del siglo XX, los cuales serán revisados más adelante.

Es notable como mucho de los filósofos que vivieron después de la Edad Media intentaron “reubicar” a la moral, Hobbes a través del contrato social, Kant a través de la razón y Schopenhauer a través de los sentimientos y empatía, pero fue Nietzsche quien negó la existencia de una moral en la sociedad, y esto es debido a que, de acuerdo con lo dicho en *La Gaya Ciencia*, publicada en 1882, la moral desaparece al desaparecer la religión, pues la moral ha servido para controlar la vida de las personas, motivo por el cual, Nietzsche postuló que el ser humano debe liberarse de la moral para superar el cristianismo completamente (Frey, 2009). Es también en la obra citada previamente, en donde plasma una de sus frases más citadas: *Dios ha muerto*, con lo quiere decir que Dios ha dejado de servir como explicación válida para las sociedades, por lo que la moral ya no es aceptada como justificante a Dios y en este punto nace el *amoralismo nietzscheano*⁴, cuya premisa es que si la moral ya no puede fundamentarse en Dios entonces no puede fundamentarse en nada y deja de tener sentido.

Cuando la humanidad había dejado atrás el periodo de oscuridad de casi mil años, el sistema económico había cambiado, con el surgimiento del capitalismo

⁴ El filósofo alemán llegó a la conclusión de que el hombre podía alcanzar la cúspide de su existencia dejando de lado la moral; pero su idea no es la de un hombre inmoral, sino la de un *Übermensch* (Superhombre, en su traducción al español) quien, entre otras cosas, no se aferra a una moral religiosa y cristiana, sino que logra establecer sus propios valores y determina aquello que es bueno o malo.

como sistema económico y social, la vida en las sociedades reemplazó su forma de relación, originándose así, dos clases claramente definidas, la burguesía y el proletariado, los primeros eran aquellos individuos que tenían medios de producción propios y gracias a eso, es que podían contratar trabajadores, estos segundos pertenecían al proletariado, los cuales vendían su mano de obra a cambio de un salario, estableciendo así, una relación de explotación, pues las condiciones de trabajo que tenían eran precarias, en la mayoría de las ocasiones, los miembros más pequeños de una familia tenían que trabajar para conseguir un ingreso extra que le permitiera a la familia seguir viviendo; cuando ese modo de vida llegó, la moral se había transformado, pues cuando la propiedad privada adquirió mayor peso sobre los medios de producción, se buscó salvaguardar el derecho de los dueños de tales medios para desarrollar y desplegar por todo el orbe, la esclavitud asalariada, así, la extracción de plusvalía se convirtió en el valor moral supremo. Tal moral, contribuyó a justificar y reforzar los intereses del sistema regido por la ley de la producción de plusvalía y es por ello, que era una moral ajena a intereses humanos y de clase. Así como la moral burguesa trató de justificar y regular las relaciones entre los individuos en una sociedad basada en la explotación del hombre, así también, echó mano de la moral para justificar y regular las relaciones de opresión y explotación (Gorz, 1964). Prevalió el individualismo y el egoísmo, cada integrante de la burguesía veía a cada individuo como un objeto de uso, a la par que consideraba a todos los demás y a todo nexo social como simple medio para alcanzar sus propios fines, sus fines particulares.

Durante muchos años las relaciones de trabajo tuvieron tintes de explotación, el sistema capitalista de la época no velaba la necesidad de justificar moralmente el trato bárbara y despiadado que inflija al obrero, ya que para él, solo era un hombre económico, y la explotación, un hecho económico perfectamente natural y racional; de ese mismo modo, durante siglos, los conquistadores y colonizadores de pueblos (principalmente los perteneciente a África y América) consideraron que el saqueo de riquezas y el exterminio de las poblaciones nativas no requería ninguna justificación moral. Durante siglos, la espantosa violencia colonial (barbaros métodos de explotación de la población autóctona y exterminio en masa de la

misma) se ejerció sin que plantearan problemas morales. Fue en las décadas siguientes al siglo XVIII cuando los pueblos dominados no se resignaron, que se echa mano de la moral para justificar la opresión (Sánchez, 1981). De ahí los cambios decisivos de moral que fueron tornándose distintos, entre las sociedades feudales y las de la burguesía, e incluso, en una misma sociedad (principalmente basada en la explotación de unos hombres por otros, o de unos países por otros,) la moral se diversificó de acuerdo a los intereses de la clase dominante.

2.2 El siglo de conflictos y guerras mundiales y el periodo de paz prolongada

Luego de la consolidación del capitalismo en muchas de las sociedades europeas, la moral en las sociedades fue puesta a un lado durante el siglo XX, pues ya no figuraba como una actitud primordial en las sociedades más avanzadas, para muestra los conflictos entre países, que desencadenaron dos guerras mundiales, y que a su vez incluyeron exterminios mediante el uso de armas con tecnología avanzada, como la bomba atómica; que además, se caracterizó por los regímenes de Iósif Stalin en la Unión Soviética, Adolf Hitler con la Alemania Nazi, Benito Mussolini en Italia o Pol Pot y su ejército de los Jemeres Rojos en Camboya; así como las guerras por parte de Estados Unidos a Vietnam, Irak y Afganistán o el genocidio cometido por el gobierno de Ruanda a la población Tutsi (Glover, 2001). Todos esos acontecimientos son parte de una pequeña muestra de lo que significó la idea de sometimiento hacia las poblaciones más desfavorecidas, teniendo como consecuencia la muerte de miles de personas, la esclavitud de otras miles más, la destrucción de culturas, la desintegración de patrimonios que habían sido preservador por años, entre muchas otras cosas más, dando como resultado que el siglo XX fuera el mas violento desde el 1400, en otras palabras, ni el final del periodo de la edad media, las revoluciones del siglo XVIII, las guerras llevadas a cabo durante el siglo XIX, mataron a tantas personas como los conflictos bélicos

suscitados entre 1900 y 1999⁵ (Roser, 2019).

Tales eventos eran tomados, en muchas ocasiones como algo “normal” (como en el Nazismo, cuando miles de habitantes de Alemania compartían las ideas del líder del partido nacionalsocialista, Adolf Hitler) por parte de aquellas personas que aprobaban una crueldad que tenía justificaciones biológicas, o tribales, como los casos de Ruanda y Serbia; o políticas y sociales, como en el Stalinismo. Ese tipo de cuestiones, dentro de sociedades en las que la crueldad se ha hecho normal supuso un increíble paso adelante en el establecimiento de la inmoralidad y en el desprecio de la justicia y la empatía como normas de conducta. Quienes apoyaban tales actos, eran capaces de obedecer, apoyar, compartir y aplaudir la inmoralidad con la que los altos mandos procedían, y que únicamente terminaba con la destrucción de la vida humana. La base de las ideas de quienes encabezaban dichos movimientos estaba en la ausencia de toda empatía y toda moral, pues para ellos, la compasión era un síntoma de debilidad contra la que se debía combatir.

Estos eventos, muestran las catastróficas implicaciones de llevar a cabo actos sin restricción moral y humana, pues éstas dos últimas implican el llevar a cabo prácticas de comportamiento flexible y empático, capaces de permitir la vida en sociedad. Mientras en los inicios de las comunidades del hombre nómada, las personas no se identificaban con su comportamiento moral, sino con sus vínculos con la comunidad, en la era moderna, el poner en práctica el comportamiento pensando en la demás, fuerza a un constante equilibrio entre intereses propios y ajenos, teniendo como resultado, un comportamiento más empático, diferente a la de las viejas tradiciones de los siglos pasados.

A inicios del siglo XXI el tema de la ética y la moral (que casi siempre van de la mano) recobraron fuerza, debido a la reflexión llevada a cabo por distintos

⁵ En 2019, Max Roser, director de economía en la Universidad de Oxford, publicó un estudio en donde se muestra la tasa de mortalidad desde el 1400 hasta el 2010, una gráfica incluida en la publicación muestra que el siglo más violento fue el XX. Para llegara a tales conclusiones, Roser tomó en cuenta el número de muertos en un conflicto armado por cada 100 mil habitantes para generar una cifra comparable entre 1400 y 2010. Además, en el estudio muestra que, llegados los años 2000, el numero de muertes ha disminuido considerablemente, por lo que algunos científicos afirman que el siglo XXI es, por lo menos hasta el 2019, un periodo de “paz extensa” (Roser, 2019).

pensadores sobre los eventos violentos que caracterizaron las décadas del milenio pasado, con la llegada del siglo XXI, llegó una ola de esperanza, con la que se buscaba el progreso de la humanidad, lejos de cualquier conflicto bélico que pudiera extinguir poblaciones enteras; si bien, ya en la década de los 70's del siglo XX surgió un movimiento pacifista que buscaba progreso en la humanidad, fue a inicios de la década de los 2000 que millones de personas se unieron para formar parte de distintas organizaciones bien estructuradas, que permitían tener mayor alcance al momento de apoyar cualquier causa en pro de la humanidad.

La idea de crear diferentes organizaciones surgió a finales de la primera guerra mundial, pues fue en ese momento cuando surgió la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que se creó con el fin de mantener la paz entre diversos países, otras instituciones surgieron en y entre diversos países con la finalidad de salvaguardar la vida de las personas, éstas organizaciones eran comandadas por varios representantes, pero todos ellos eran parte de los gobiernos, fue a partir del nuevo milenio, cuando muchas Organizaciones No Gubernamentales cobraron fuerza, si bien muchas surgieron en los 70,s y 80,s, otras tantas surgieron incluso antes de la segunda guerra mundial, como la Media Luna Roja surgida en 1863 y que después sería nombrada Cruz Roja Internacional, el Comité para el Alivio de la Hambruna (OXFAM) fundado en 1942 y que buscaba socorrer a la población de la hambruna que sufría o Save the Children, fundada en 1919 que promovía los derechos de los niños e incluso, se fundaron centros de investigación como el Peace Research Institute (PRIO) en 1959 en Noruega y el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) en 1960, los cuales comenzaron a ampliar sus análisis y posibilidades de intervención, de este modo se buscaba vincular la ayuda humana a casi, cualquier necesidad que existiera (Ruiz, 2012).

A finales de la década de los 90's se contaba con decenas de organizaciones en pro de la ayuda humana, agrupaciones como Physicians for Social Responsibility, Educators for Social Responsibility, Cruz Roja Internacional, Voluntarios de Naciones Unidas, Amnistía Internacional, Human Rights Watch, Asociación de Organizaciones de Servicio Voluntario (AVSO), Acción Sin Fronteras,

International Medical Volunteers Association, Volunteers for Peace (VFP) y Voluntariat International, entre muchas otras más, buscaban abrir un espacio para que cientos de personas, se pudieran unir y colaborar para brindar diversos tipos de ayuda, fue así como fueron creciendo; ya para inicios del 2010, millones de ciudadanos alrededor del mundo formaban parte de distintos programas de voluntariado, tan solo en Estados Unidos hay un millón y medio de ONG's (Ruíz, 2012). Todos esos grupos, asociaciones, organizaciones fueron creadas para distintos propósitos, pero todas ellas buscaban ayudar a los demás, a quienes por diversos motivos se encontraban desfavorecidos, buscaban aportar algo al mundo de forma positiva y ya no depender completamente de los gobiernos, generando así, un clima de empatía; de este modo, las personas adquirieron mayor protagonismo, pues contaban con la posibilidad de generar un impacto significativo en la evolución de la sociedad y el pensamiento mediante sus acciones.

La diversidad de ONG's ayuda a crear redes de apoyo a personas que lo necesiten, la Asociación Mundial de Organizaciones No Gubernamentales (WANGO), se encarga de propiciar los mecanismos y medios, para que entre distintas organizaciones exista el trabajo colaborativo, además de regular los principios fundamentales y operativos para las acciones y la administración de las distintas organizaciones. WANGO ha establecido entre sus miembros un código de ética y conducta (World Association of Non-Governmental Organizations, 2019), con lo que pretende regular la forma de proceder, haciendo uso de la moral les posibilita generar acuerdos y principios que cualquier organización pueda cumplir, pues la finalidad de todas ellas es brindar apoyo a quienes lo necesitan.

Estos ejemplos constituyen solamente una muestra de cómo las personas buscan beneficiar a otros con sus acciones y como toman el protagonismo para poder ayudar a otros, pues muchos años atrás los individuos esperaban que los gobiernos actuaran (aun cuando existían pequeñas organizaciones civiles, éstas no se comparan con las de la actualidad, ni en cantidad ni el nivel de organización y alcance), hoy en día, las personas se sirven de distintos medios para poder comunicar una situación que consideran importante, con lo que, además de difundir

tal situación, logran que más personas se unan, creando redes de apoyo civiles, así es como durante algunas catástrofes naturales las personas ayudan, como sucedió durante el sismo ocurrido el 19 de Septiembre del 2017, cuyos principales afectados fueron los habitantes de la Ciudad de México, quienes recibieron apoyo, no solo de habitante de otros estados de la república, sino también de habitantes de otros países. Otra de las cosas a mencionar, como ejemplo, es que debido a que la brecha entre clases sociales cada vez va en aumento, es que es posible distinguir con mayor facilidad quiénes requieren de ayuda, un ejemplo claro de esto está en las comunidades más pobres de África, en donde más de la mitad del total de personas que sufren de hambre en el mundo radican en ese continente (ONU, 2019), lo mismo sucede con aquellos niños que viven en países que se encuentran en guerra y cuyos padres son asesinados, consecuencia de los incesantes conflictos, no es ninguna novedad decir que esos países requieren de ayuda humanitaria, entonces, al día de hoy, algunos hechos son fácilmente separables y catalogables como “correctos” o “incorrectos” desde un punto de vista moral, sin embargo, muchos otros más (principalmente por la novedad de los mismos) son difícilmente clasificables, como sucede con la modificación genética en fetos, la producción de alimentos transgénicos o la eutanasia, pues es en esos casos en donde surgen una cantidad inmensa de opiniones, muchas de ellas con una moral que no es fácilmente clasificable, es entonces, que la diversificación de posturas de pensamiento trae consigo una diversidad en los códigos morales de los diferentes grupos en las distintas sociedades.

Los diversos eventos sociales, políticos y económicos, hacen que sea complicado establecer o definir un tipo específico de moral en el siglo XXI (obviamente éste es aún joven para hacer un análisis tan detallado como con los anteriores) pues con el incremento de medios de comunicación, cada día surgen más ideologías, anteriormente era mas complicado manifestar una idea, pues las limitaciones en la comunicación impedían que tal idea fuera escuchada por las grandes poblaciones, pero ahora, mediante las diferentes redes de comunicación, una personas puede manifestar su postura respecto a un acontecimiento y miles más, pueden estar o no de acuerdo con lo dicho por el primero y hacérselo la saber

a la vez que se lo hacen saber a los demás; además, la presteza favorece la expedición de información que provoca que cada persona emita una opinión y de pronto, sea complicado emitir una sola idea como verdadera, esta es una de las razones por la cual, resulta complicado llegar a un acuerdo en temas que son novedosos o altamente polémicos.

La razón por la que se llevó a cabo una revisión breve de la moral fue para tener un panorama general de la relación que existe entre ésta y el desarrollo en sociedades (si bien, tal revisión no es minuciosa, pues no es el objetivo de la obra) permite identificar que en algún momento de la historia, surgió para tener mejor control de los grupos y con el paso del tiempo fue tergiversada, hoy en día es un elemento que es inseparable en cada individuo, toda persona posee una moral y toda moral implica empatía; de acuerdo con Eisenberg (2000) el desarrollo del juicio moral tiene como resultado la realización de conductas empáticas, las cuales son esenciales para vivir en sociedad. Es gracias a esta *empatía* que es posible hablar de distintos tipos de comportamientos, entre ellos el *prosocial*, ambos termino: *empatía* y *conducta prosocial* serán revisados a continuación.

2.3 Conductas prosociales, definición y clasificación

Para comenzar a hablar de conductas sociales, es necesario realizar una definición, de acuerdo con Paez (2004) la conducta social es el conjunto de disposiciones conductuales en los que hay una gran influencia de las interacciones sociales, muchos de los psicólogos que estudian esta área, realizan una distinción entre la conducta individual y la conducta social, la diferencia entre una y otra radica en que se da por hecho que sólo la conducta de tipo social tiene una relación con un medio del mismo tipo, social; sin embargo, es importante hacer una puntualización en el uso lógico del término *social*, pues, de acuerdo con Ribes, Pulido, Rangel y Sánchez (2018) lo social no se contrapone a lo individual, porque lo individual es un concepto que sólo tiene sentido en el contexto lógico de un conjunto. Una de las características que se le atribuyen al comportamiento social radica en que se habla de una relación de este tipo, cuando se trata de un individuo

y los otros individuos; es decir, una relación de una persona con otra persona u otras personas; si bien esto puede tener cierto grado de certeza, las prácticas sociales siempre son relaciones interindividuales, pero no relaciones de individuos; es decir, que ésta está dada por las relaciones entre personas, una relación que se establece con los otros y que crea una inmensa red que conforma una parte de lo denominado social, de este modo, lo interindividual asume diversas formas a partir de la organización que se da en la formación social.

Toda formación social está basada en prácticas convencionales, que son compartidas y emergen de circunstancias y condiciones específicas, pues la formación social es siempre el resultado de una práctica histórica específica, que surge y se reproduce como costumbre, y que se transforma a partir de los consecuentes cambios que produce su práctica constitutiva (Ribes, Pulido, Rangel y Sánchez, 2018). De este modo, la historia muestra que en cada formación social existen prácticas que, mediante la reproducción, son fácilmente identificables, pues diversos miembros de una comunidad las llevan a cabo y es mediante esta práctica que se establece un tipo de relación, una relación social, lo que permite, entre muchas otras cosas más, ser analizadas para su estudio.

Los psicólogos sociales, quienes estudian las relaciones que establecen los individuos, se han interesado por diversos temas, como la formación de grupos, la generalización de estereotipos, los movimientos violentos o el comportamiento de las agrupaciones, solo por mencionar algunos vagos ejemplos; uno de los temas en donde se han realizado mayores aportaciones, es el terreno de las conductas *pro* y *anti sociales*, las cuales son llevadas a cabo en todos los rincones del mundo, no existe lugar alguno en la tierra en donde no existan restricciones, en donde absolutamente todo sea permitido o en donde absolutamente todo sea prohibido, pues de ser esto posible, no existiría oportunidad para que las relaciones entre individuos existiera. En la práctica común, es normal encontrarse con la designación de *permitido* y *prohibido* para señalar aquellas prácticas que las personas llevan a cabo, es muy bien sabido que aquellas personas que incurren en alguna conducta prohibida obtienen consecuencias, ya sea que la persona en cuestión sea un niño

al que una madre castiga, un estudiante al que un profesor aplica un correctivo, un ciudadano al que una autoridad condena o un trabajador al que un jefe sanciona; en todas las áreas del desarrollo humano existen un conjunto de conductas que sí se pueden hacer y otras que también se pueden realizar pero que conllevan una consecuencia, y para esto, las sociedades antiguas y las actuales se han dedicado a la elaboración de reglas, normas y leyes que intentan ser sumamente explícitas para comunicarle a los habitantes la forma en la que funcionan, es así como se busca tener un mejor control dentro de las sociedades.

En cualquier época de la vida humana, hacer cosas por los demás constituye una forma de relación social, dependiendo de las circunstancias históricas y culturales que se han instaurado con el paso del tiempo, es así como se establecen conductas que se ajustan a lo exigido y/o satisfacen valoraciones que favorecen el bienestar, ya sea en el ámbito individual o comunitario (estas son que las sociedades permiten y promueven), por su parte, hay otro tipo de conductas que buscan corroer el desarrollo de las sociedades, alterando el orden establecido y atentando contra los integrantes de la sociedad (estas son las que son castigadas y que las sociedades buscan erradicar). Como es notable, la diferenciación de estas conductas está en su aportación al medio social, obviamente muchas conductas que en su momento fueron clasificadas como permitidas o no, han sufrido modificaciones, algunas han sido eliminadas (como el modo de producción basada en el esclavismo, por lo menos en la gran mayoría de las naciones, lo que a su vez resulta desafortunado, pues algunos países continúan con esta práctica), otras conductas han sido etiquetadas de forma opuesta (como es el caso del matrimonio igualitario⁶) y otras tantas más, se han mantenido con el tiempo sufriendo solamente algunas modificaciones.

Desde el enfoque de la psicología social, aquellas conductas que son prohibidas y que buscan ser eliminadas, reciben el nombre de *antisociales*, mientras

⁶ Si bien, los matrimonios entre personas del mismo sexo han existido en diversas culturas a lo largo del tiempo, como en la Antigua Roma, la occidentalización del mundo llevó a su desaparición en los siglos XIX y XX, volviendo a aparecer en el siglo XXI (Neill, 2009). Actualmente el matrimonio homosexual es legal en 30 países (RTVE, 2019).

que las conductas que las sociedades permiten y promueven son denominadas *prosociales*. De acuerdo con Bringas, Herrero, Cuesta y Rodríguez (2006) las conductas antisociales son aquellas que infringen las normas e intereses sociales, además de ser acciones perjudiciales y/o dañosas contra los demás, siendo la agresión la forma más representativa, pero no la única, de este tipo de conductas; la finalidad de este trabajo es hacer un análisis relacional tomando como elemento principal la conducta prosocial, por lo que la definición de ésta será revisada a profundidad.

De acuerdo con Khon (1990) el término comportamiento prosocial se introdujo a principios de 1970, después del asesinato de Kitty Genovese en New York, en ese momento, había un fuerte grado de interés en explicar por qué 38 vecinos ignoraron las súplicas de una mujer que fue apuñalada repetidamente hasta morir a manos de un asaltante. En un inicio el término no estaba del todo delimitado, pues la definición era bastante ambigua: cualquier acto realizado con el objetivo de beneficiar a otra persona (Aronson, Wilson y Akert, 2004, citado en Buckmaster, 2004); comportamiento que no busca una recompensa externa y favorece a otras personas, según el criterio de éstas y genera reciprocidad (Roche, 1995); una conducta positiva que se realiza para beneficiar a otro (Garaigordobil, 2000); actos realizados en beneficio de otras personas, maneras de responder a estas con simpatía, cooperación, ayuda, rescate, confortamiento, entrega y generosidad (Vander, 1990). Debido a las múltiples definiciones es que resulta complicado elegir solo una, que permita identificar aquello que es y aquello que no es, prosocial; María González diseñó en 1995, una obra que permite evaluar e intervenir en las conductas prosociales, a la vez que permite identificar e intervenir en aquellas conductas antisociales, la definición que ofrece es la siguiente:

“Se entiende por conducta prosocial toda conducta social positiva con o sin motivación altruista. Positiva significa que no daña, que no es agresiva. A su vez, se entiende por motivación altruista el deseo de favorecer al otro con independencia del propio beneficio. Por el contrario, la motivación no altruista es aquella que espera o desea un beneficio propio por encima del ajeno”. (s/f)

Respecto al concepto de altruismo, Heider y Leeds (1958 y 1963, citado en Moñivas, 1996) mencionan que para que un acto sea considerado altruista debe de cumplir tres condiciones: la primera es que la conducta sea emitida voluntariamente, la segunda que el receptor se beneficie de alguna forma con la acción del benefactor y la tercera que el que emite el acto incurra en algún coste para beneficiar al otro, esta última condición es la que diferencia el altruismo de la conducta prosocial; es decir, una conducta voluntaria que suponga un beneficio para otro será prosocial, pero sólo será altruista si, además, implica algún coste para el autor, de este modo, toda conducta altruista, es prosocial, aunque no toda conducta prosocial es altruista.

Además de las distintas definiciones proporcionadas, los psicólogos han elaborado algunas clasificaciones que permiten distinguir el tipo de conducta prosocial; por ejemplo, Roche (1991) identifica diez categorías que abarcan las conductas prosociales: ayuda física, servicio físico, dar y compartir, ayuda verbal, consuelo verbal, confirmación y valorización positiva del otro, escucha profunda, empatía, solidaridad, presencia positiva y unidad; tales categorías tienen definiciones que son ambiguas, además de que son muy limitantes, por ejemplo, la definición de dar y compartir es la siguiente: dar y compartir significa dar objetos, ideas, experiencias vitales, alimentos o posesiones a otros; al hacer un listado de elementos que se pueden dar y compartir, estaría excluyendo a todo aquello que no está siendo nombrado, lo que dejaría de lado a cientos de acciones de ayuda. Lo mismo sucede con la definición de consuelo verbal: expresiones verbales para reducir la tristeza de personas apenadas o en apuros y aumentar de este modo su ánimo. Otras definiciones que han sido realizadas son las de Warneken y Tomasello (2009) quienes dividen a la conducta prosocial entre: confortar, compartir, informar y ayudar. Por su parte, López, Esteban, Calatayud y Alamar (2008) plantean subcategorías: prosocial a la prosocialidad vital, la prosocialidad vital, altruismo, asertividad y empatía; mientras que Caprara, Steca, Zelli y Capanna (2005), también marcan una diferencia entre compartir, cuidar, ayudar y ser empático. Hay y Cook (2007) la clasifican en tres categorías: sentimientos por el otro, trabajar con otro y atender al otro. Pero de entre todas las clasificaciones, una de las más

referidas en la literatura es la taxonomía propuesta por González (1995) donde se realiza la contraposición de diferentes tipos de conducta. A manera de resumen se presentan a continuación:

- Conducta prosocial de ayuda directa versus conducta prosocial de ayuda indirecta: En la ayuda directa el observador interviene en la situación, mientras que en la indirecta se busca la colaboración de otra persona que es quien interviene directamente. Como puede ser, el intervenir directamente en un accidente si es que se poseen los conocimientos necesarios o, llamar al servicio de emergencias para que se ocupen de la situación.

- Conducta prosocial solicitada versus conducta prosocial no solicitada: si la conducta se realiza en respuesta específica a una solicitud será una conducta prosocial solicitada; en cambio, si se realiza sin solicitud, se clasifica como no solicitada. Por ejemplo, ante una situación de violencia infantil, el intervenir para detener la agresión aun cuando el infante no lo solicite o por el contrario, responder únicamente por el llamado de auxilio.

- Conducta prosocial de ayuda identificable versus conducta prosocial de ayuda no identificable: Este criterio trata acerca de si es posible identificar al benefactor, o si el acto de ayuda permanece como anónimo. El ser donador de órganos puede ser un buen ejemplo de conducta identificable, en aquellos casos en donde un familiar es quien realiza tal acción; mientras que el donar dinero a una organización como Greenpeace puede catalogarse como conducta no identificable.

- Conducta prosocial de ayuda en situación de emergencia versus conducta prosocial de ayuda en situación de no emergencia: se considera ayuda en situación de emergencia a aquella que ocurre en una situación que implica una amenaza o daño real, y en la cual, el peligro puede incrementarse con el transcurrir del tiempo, como en el caso de algunos fenómenos naturales (erupciones volcánicas, tornados o huracanes de gran intensidad). Por otra parte, la ayuda en situación de no emergencia se presenta en sucesos ordinarios, previsibles y no ambiguos, como aquella relacionada con la prevención de algunos delitos a grupos vulnerables.

- Conducta prosocial en situación de emergencia versus conducta prosocial institucionalizada. Ante una situación imprevista como un terremoto, el que algunas personas apoyen a otras para retirar escombros se catalogaría como conducta en situación de emergencia, mientras que, pertenecer a un organismo y actuar solo en función de lo que la institución dictamine sería un ejemplo del segundo tipo de conducta.

- Conducta prosocial espontánea (no planificada) versus conducta prosocial no espontánea (planificada): en la conducta prosocial espontánea la ayuda que se presta es simple, supone un contacto breve con un desconocido, con el cual no existe una interacción futura. Por el contrario, en la conducta prosocial no espontánea o planificada hay interacciones repetidas, el benefactor busca ayudar y supone un mayor costo de tiempo.

Cabe mencionar que muchos comportamientos de ayuda a los demás pueden estar en dos categorías diferentes, por ejemplo, ayudar a una persona que fue arrollada por un automóvil, sería una conducta espontánea (no planificada) pues el contacto es breve pero también puede ser de ayuda indirecta, si es que se habla por teléfono a los servicios de emergencia para que éstos intervengan en la situación. Y también, existe la posibilidad de que un mismo comportamiento se encuentre en dos o más categorías diferentes, por ejemplo, ayudar a un grupo de personas para evacuar una zona en riesgo de deslave puede ser una conducta de ayuda identificable, directa y además, no solicitada. Criterios personales, situacionales y temporales demarcan el grado en que la conducta prosocial realizada es identificable (Auné, Blum, Abal, Lozzia y Horacio, 2014).

Asimismo, la conducta prosocial se divide en tres dimensiones: comportamiento altruista, comportamiento de compartir y comportamiento empático. Además de las tres condiciones para considerar a un acto altruista mencionadas por anteriormente, Auné, Blum, Abal, Lozzia y Horacio (2014) añaden que deben de anteponerse las necesidades de los otros a las necesidades propias; para el caso del comportamiento de compartir implica necesariamente un benefactor y un beneficiario claramente diferenciados, en donde la ayuda y el compromiso

jueguen un papel importante, por su parte, la empatía refiere a la comprensión, refuerzo y soporte emocional. Más adelante, será revisado el último concepto, pues es pieza clave para el análisis que se pretende realizar.

3. LA EMPATÍA COMO PROMOTORA DE LA CONDUCTA PROSOCIAL

Como parte del objetivo central de este trabajo se pretende analizar en el presente capítulo el lugar de la empatía en el comportamiento de las personas, pues como se vio en el capítulo anterior, una dimensión de la conducta prosocial es la empatía, tema que ha sido abordado por diversas personalidades a través del tiempo y que actualmente ha recobrado gran relevancia pero que aún en la actualidad no ha logrado consolidarse, ni siquiera en áreas de investigación tan concretas como la de la psicología social y es que la empatía ha sido “desplazada” de lugar constantemente, pues en algún momento se ha establecido que es de suma importancia para las relaciones humanas pues, entre muchas otras cosas, motiva a las personas a ayudar a quienes lo necesitan y a comprender las experiencias de los demás pero en contraste son pocas las ocasiones en donde se le ha incluido de forma profunda al momento de hablar del complejo de las relaciones humanas, pues en muchas ocasiones solo se menciona y se da por hecho que empatizar es ponerse en el lugar del otro y que esto garantiza mayor cohesión social. En el presente capítulo se pretende realizar una revisión del término empatía y conocer sus componentes, para después abordar las relaciones que ésta guarda con la conducta prosocial y con la moralidad, pues la relación que mantienen es crucial para comprender las razones por las cuales una personas se comporta como lo hace; finalmente se revisan algunas limitaciones que diversos autores han señalado y que permiten comprender la razón por la cual la empatía no es la única solución a los problemas en las relaciones de los seres humanos pero que definitivamente sí es un elemento importante para el mejoramiento de las mismas.

3.1 La concepción de la empatía a lo largo de la historia

Al igual que con la definición de prosocial, la palabra empatía ha sido conceptualizada de distintas formas por aquellas personas que han intentado

abordar el tema para su estudio. El debate sobre su significado ha tenido lugar en los ámbitos académico, de investigación, literario, filosófico, pedagógico, clínico, social, político, entre muchos otros más. Así es como a pesar de los diversos intentos realizados, este término no tiene un sentido unívoco, pues aún persisten diferencias producto de los distintos enfoques desde los que ha sido abordado.

Cuando se menciona el término empatía, generalmente se alude a la idea de “ponerse en el lugar del otro”. Para muchas personas, esa definición no es nada extraña y de hecho es bien aceptada; sin embargo, para muchas otras personas que dedican parte de su vida al estudio de las relaciones humanas, tal definición se ve limitada cuando se quiere hacer un estudio relacionado con dicho término; es por ello, que desde la antigüedad se han realizado esfuerzos para esclarecerla y definirla. Una de las primeras formas en las que fue presentado el término empatía (sin mencionar directamente tal palabra) fue en el libro *Ética a Nicómaco* escrito en el siglo IV a.n.e por Aristóteles. En su escrito, menciona que el Hombre es un ser social que se agrupa en forma de familias y que siente la necesidad de juntarse con otros semejantes para poder realizarse como tal (García, 2007), utiliza como eje principal, la amistad, para explicar la forma en que se da una relación en donde, entre muchas otras cosas, se busca comprender la vida del otro desde un lugar propio (Herrera, 2014). Si bien, Aristóteles menciona el término *simpatía* y no *empatía* en su texto, reconoce que es a partir de la simpatía que se puede dar un sentimiento de atención, en donde un individuo busca hacer algo por otro individuo sin buscar algo a cambio, y este proceso, llevado a cabo por los integrantes de una sociedad da pie a normas que si bien, no se encuentran escritas, están encaminadas a mejorar la vida en colectividad, esta última palabra, *colectividad* es de suma importancia para comprender la función que hay en *ser empático*. Precisamente, años después, durante el periodo de la ilustración, David Hume y Adam Smith escribieron textos que retomaban el tema de la naturaleza humana, Hume lo hizo en su escrito *Tratado de la naturaleza humana* escrito en 1740, mientras que Smith lo plasmó en su obra *Teoría de los sentimientos morales* escrita en 1759, en ambos textos señalaron que la naturaleza humana no es únicamente egoísta, pues las personas no solo responden a los que les afecta sino también a

aquello que afecta a los demás, además, señalaron que las personas tienen una capacidad natural para comunicar o transferir las emociones, de manera que constantemente se sienten afectados, tocados o contagiados por las emociones de otros a través de la simpatía (Altuna, 2017).

Años después a inicios del siglo XX, el filósofo Theodor Lipps hizo uso del término *Einfühlung*, para denotar un proceso mediante el cual una persona se adentra afectivamente dentro de un objeto externo (Kerr y Speroff, 1954) esta palabra era empleada frecuentemente en aquellas áreas relacionadas con el arte, posteriormente, Edwar Tichner realizó la traducción de la palabra al idioma inglés, dando como resultado el término *Empathy* que significaba “sentir adentrándose en el otro”, Tichener postuló que la empatía surgía a partir de una especie de imitación física de aflicción del otro que evocaba los mismos sentimientos en uno mismo (Olmedo y Montes, 2009). Posteriormente, muchos investigadores adoptaron tal palabra y comenzaron a emplearla en sus investigaciones, a partir de este punto, el número de definiciones que se le dio fue aumentando exponencialmente, como señalan Eisenberg y Strayer, (1992) fue utilizado por muchos teóricos de la personalidad en la década de los 30; fue retomado y revitalizado, especialmente por los psicoterapeutas Rogerianos, durante los años 50; tuvo un breve encuentro con los teóricos del condicionamiento en los años 60; y, más recientemente, ha sido utilizado por psicólogos sociales y evolutivos para explicar la conducta de tipo altruista.

Uno de los primeros psicólogos en hacer uso de la palabra empatía fue McDougall, quien en 1908 elaboró estudios con la finalidad de conocer la forma en la que se compartían las emociones (Díaz-Loving, González, Andrade, Rosa, y Nina, 1985), estableció que una emoción puede ser evocada a raíz de la percepción del estado emocional de una persona, además, señaló la existencia de emociones, a las que denominó *básicas primarias*, cada una de éstas tiene un *enchufe perceptual* el cual está adaptado para recibir claves emocionales específicas que se traduce en respuestas emocionales similares (Tarasco, 1993). Por su parte, Sigmund Freud hizo uso del término empatía, para explicar cómo es que se

construye la personalidad en el individuo, según Freud, la persona tiene el afán de identificarse para construir su estructura personal con el fin de evitar la ansiedad que le ocasiona no tener desarrollada la personalidad, por tanto, el éxito de identificación de una persona durante la infancia, ayuda al individuo a adquirir un sentido de identidad propia, tal identificación puede ser sana o patológica (Olmedo y Montes, 2009). Por parte, Gordon Allport, señaló en su teoría de los rasgos de personalidad que existen tres cuerpos de conocimiento, el primero es el que se tiene sobre las cosas, el segundo es el que se tiene sobre sí mismo y el último es el que se tiene sobre otros, este último, tiene como fuente principal la empatía (Barret, 1981).

En 1914 J. L. Moreno diseñó el juego de roles, mejor conocido como *role-playing*, técnica que es empleada en la actualidad, principalmente en psicoterapia, de acuerdo con su autor, el juego de roles promueve las habilidades sociales, principalmente la empatía, la cual es fundamental en el desarrollo de las relaciones personales, Moreno define a la empatía de la siguiente forma: *un encuentro de dos frente a frente; y cuando tú estés cerca, yo tomaré tus ojos y en su lugar colocaré los míos, y tú tomarás mis ojos, en su lugar pondrás los tuyos; entonces yo miraré en ti con tus ojos y tú mirarás en mí con los míos.* (Moreno 1914, citado en Olmedo y Montes, 2009). Décadas después, en 1949, Dymond introdujo el término *role-taking*, donde remarcaba la importancia de los factores sociales y las relaciones interpersonales para el desarrollo de la empatía.

Posteriormente, los estudios del antropólogo Robert Redfield escritos en su obra *Little Community*, señalan que la empatía es pieza fundamental para afrontar los estudios humanistas de las diferentes culturas pues para conocer a fondo una cultura no basta con sumergirse en esa cultura, sino que una vez culminado dicho proceso, debe abstraerse del mismo y analizarlo desde el punto de vista personal, al margen de dicha experiencia vivida, con el fin de establecer un análisis objetivo (Olmedo y Montes, 2009) esta definición fue retomada tiempo después, por los psicoanalistas, que realizaron aportaciones al tema de la psicología de las masas.

En la década de los 50's cuando la psicoterapia comenzó a cobrar fuerza, el uso de la palabra empatía también lo hizo, fue Carl Rogers quien promovió el término, muchas personas creen que las contribuciones que él realizó se quedaron únicamente en su modelo de terapia psicológica, sin embargo, las contribuciones que realizó tuvieron un alcance mayor, sin duda, la popularidad actual de la empatía proviene del énfasis que Rogers le dio, su definición lo puso directamente en un marco objetivo, investigativo y de personalidad (Wispé, 1987). Rogers la definió de la siguiente forma: *percibir el marco de referencia del otro con exactitud, incluyendo los componentes emocionales y los significados que lo conforman, como si uno fuera esa persona, pero sin perder jamás la condición del como si* (Rogers, 1972). Además, señaló que la comprensión empática juega un papel fundamental en la interacción terapéutica y la mejor forma de poner en funcionamiento la empatía es a través de *asumir en la medida de lo posible el marco de referencia interno del cliente para percibir el mundo tal como éste lo ve, para percibir al cliente tal como él mismo se ve, dejar de lado todas las percepciones según un marco de referencia externo, y comunicar algo de esa comprensión empática al cliente.* (Rogers, 1951).

La contribución realizada por Rogers fue más ilustrativa y permitió tener una concepción distinta de lo que significaba *ser empático* pues él no solo aportaba una definición, sino que describía un modo en el cual, cualquier persona podría llevar a cabo tal comportamiento. Posteriormente, en la década de los años 60's la empatía comenzó a ser objeto de estudio, sobre todo, para comprender el modo en que ésta se trasmite entre individuos, así, Stotland (1969) concibió la empatía como *la reacción emocional de un observador que percibe que otra persona está experimentando o va a experimentar una emoción*, en la misma línea, Mehrabian y Epstein (1972) hablan de la empatía como una respuesta emocional vicaria que se experimenta ante las experiencias emocionales ajenas, es decir, sentir lo que la otra persona siente. Dos décadas después, en los años 80's Davis (1983) propuso una definición multidimensional de la empatía, que incluía tanto procesos cognitivos como emocionales y construyó un instrumento para medirla, su propuesta, impulsó la elaboración de estudios para comprobar la relación entre los componentes de tipo cognitivo y los de tipo afectivo, pues las definiciones de muchos expertos solo

tomaban en cuenta un único aspecto, el cognitivo, como en la definición de Hogan (1969) quien la consideraba como la comprensión intelectual o imaginativa de la condición del otro sin experimentar realmente los sentimientos de esa persona; o el afectivo, como en la definición de Hoffman (1990) quien la consideraba como una respuesta afectiva más apropiada hacia la otra persona que hacia su propia situación. El trabajo de Davis marcó la importancia de considerar factores afectivos y cognitivos al momento de hablar de empatía, posteriormente, algunos psicólogos, realizaron contribuciones a las dos definiciones propuestas por Davis; Regan y Totten (1975, citados en Arriaga, 1994) señalan que la dimensión cognitiva implica únicamente el conocimiento (intelectual) del estado emocional de otra persona sin que necesariamente exista una respuesta de tipo afectivo, en cambio para autores como Redke (1990, citado en Arriaga, 1994) la empatía afectiva implica la existencia de una emoción como consecuencia de la percepción del estado de otra persona.

Pocos años después de los estudios de Davis, Albert Bandura realizó contribuciones al término, en 1991, interesado por el tema, postuló que la activación emocional empática es un factor afectivo que interactúa con reguladores cognitivos así como variables situacionales y sociales, influyendo en el tipo de respuesta que se da ante las reacciones emocionales de los demás; en general, se admite el supuesto de que la empatía favorece el altruismo y reprime la agresión (Álvarez, Carrasco y Fustos, 2010). Por último, también existe un abordaje sobre la empatía que la distingue entre disposicional y situacional, la primera, consiste en una tendencia relativamente estable de la persona a percibir y experimentar de forma vicaria los afectos de otras personas, mientras que la segunda tiene que ver con el grado de experiencia afectiva vicaria que tienen las personas en una situación concreta, esta es, por tanto, menos estable que la empatía disposicional, dependiendo más estrechamente de variables situacionales (Fuentes, López, Etxebarria, Ledesma, Ortiz y Apodaca 1993).

La empatía es un elemento fundamental en las relaciones humanas, independientemente del ámbito en donde se desenvuelvan las personas, éstas deben ser empáticas con las demás, pues de lo contrario no existiría desarrollo

humano, mucho menos un desarrollo social. Para que este desarrollo pueda llevarse a cabo, las personas deben comprender que la empatía no se trata de “ponerse en el lugar del otro, ni en los zapatos, ni en la piel”, al respecto, Armenta (2001) enlista una serie de ideas que pueden ser consideradas como erróneas, pues no representan el punto esencial del comportamiento empático, además de ser concepciones que desafortunadamente se han generalizado y que no ayudan ni aportan algo ni al quien escucha, ni a quien comparte ni a la relación que hay entre los individuos.

- La comprensión empática única y exclusivamente es reflejar o repetir lo que el otro dice o siente.
- Ser empático es “darle por su lado” a la otra persona.
- La empatía puede ser una “estrategia” no para entender al otro, sino para inducirlo a que haga lo que tú crees que es lo mejor para él.
- Se puede ser empático a través de representar o de aparentar entender al otro.
- La empatía es mostrarse condescendiente, ser paternalista o “apapachar” a la otra persona.
- Mientras más afectado, perturbado o “movido” esté la persona que escucha, más empático está siendo.
- Se puede ser empático, aunque no se esté entendiendo a la otra persona.

3.2 Clasificación y elementos que la componen

Además de la conceptualización del término, muchos han sido los autores que a lo largo de la historia realizaron esfuerzos para poder clasificar lo que ellos denominaban como distintos tipos de empatía, como sucede con el concepto mismo, la categorización es sumamente diversa; en el presente trabajo se muestran solo algunas de las clasificaciones, las cuales han sido elegidas en función de las repercusiones que han tenido en otras muchas investigaciones.

Como se mencionó anteriormente, el trabajo de Davis marcó una división en la conceptualización del término, pues fue él quien impulsó la idea de una empatía compuesta de factores afectivos y cognitivos, tal división se mantuvo vigente durante varias décadas, sin embargo, cuando los investigadores decidieron construir instrumentos para medir el comportamiento empático, se encontraron con la dificultad para “medirlo”, motivo por el cual, decidieron dividirlo en *escalas multidimensionales*, una de estas escalas fue elaborada por Díaz-Loving y Andrade (1986), su obra ha servido para la elaboración de decenas de trabajos por parte de otros investigadores, la escala multidimensional está compuesta por 4 elementos, los cuales son los siguientes:

- 1) Compasión empática: Se refiere a los sentimientos de simpatía y compasión hacia otros.
- 2) Perturbación propia: La cual se refiere a los sentimientos negativos en el observador como ansiedad, tensión, etcétera, provocados por el sufrimiento de otros.
- 3) Empatía cognoscitiva: Tiene que ver con el percibir los estados anímicos y emociones de otros.
- 4) Indiferencia a los demás: Esta relacionada con la tranquilidad e indiferencia ante los problemas de otros.

Por su parte, Sánchez y Martínez (2016) diseñaron otra escala con la finalidad de operacionalizar el constructo de empatía en las relaciones de pareja. Las dimensiones de su escala son las siguientes:

- 1) Toma de perspectiva: Habilidad que posee un individuo para percibir los estados emocionales de su pareja, así como a la capacidad imaginativa para ver las cosas desde el punto de vista de la otra persona.
- 2) Empatía cognoscitiva de las emociones: Es la unión entre lo cognoscitivo y lo emocional. Se define como el reconocimiento perceptual y comprensivo que una persona tiene acerca de otra cuando ésta experimenta emociones de distinta intensidad, tanto negativas como positivas.

3) Perturbación propia: Hace referencia a los sentimientos de ansiedad, de malestar y/o tristeza que una persona experimenta al observar que su pareja se enfrenta en situaciones adversas.

4) Compasión empática: Sensibilidad y ternura que se experimenta con respecto a la pareja, lo que va guiando a cierta preocupación por su estado emocional lo cual eventualmente puede llevar a tratar de ayudarla cuando lo necesite.

Otros autores que han elaborado modelos que se alejan un poco de la dicotomía propuesta por Davis, han sido Barret (1981) quien distingue dos tipos de empatía: la observacional: la cual es un estado en que una persona expresa a otra de forma pasiva o activa empatía sin interacción y la relacional: en esta hay una respuesta ampliamente empática de una persona con respecto a la experiencia de otra.

Por otra parte, Zahn, Robinson y Emde (1992) señalan que los componentes de la empatía pueden ser tanto *factores disposicionales* los cuales son situaciones externas que provocan una respuesta empática debido a que solo en algunas situaciones especiales una persona se pone en el lugar de otra y experimenta emociones como respuesta a la vivencia de otra persona; como *factores situacionales*, los cuales son mediados por las habilidades cognitivas que permiten discernir cuál es la acción a seguir frente a la situación de otros, basado en experiencias anteriores y las reflexiones del momento. Siguiendo la división que realiza Zahn y colaboradores es posible decir que la empatía es una respuesta emocional a las situaciones contingentes de los otros, así como una predisposición para actuar de una manera determinada ante situaciones emotivas vividas por otros.

Zhou, Eisenberg, Losoya, Reiser, Guthrie, Murphy, Cumberland y Shepard (2002) señalan que existen dos respuestas empáticas, la primera es la *compasión* y la segunda es la *aflicción personal*, la compasión se define como una respuesta emocional dirigida hacia los otros, que se basa en la aprehensión de los estados emocionales negativos y que involucra sentimientos de preocupación y deseo de aliviar tales malestares en los demás; mientras que la aflicción personal se refiere a experimentar ansiedad o malestar personal ante personas que sufren o que se

encuentran en situaciones desfavorables. Por último, Hoffman (2000) propone la existencia de la *ira empática* que consiste en una reacción que entraña cierta dualidad emocional, compuesta por la aflicción empática hacia la víctima y la sensación de ira hacia quien ha generado daño. En conjunto, las experiencias empáticas disponen a las personas que las experimentan hacia las conductas prosociales por lo que son fundamentales en la construcción e interacción social.

3.3 El desarrollo de la empatía

Otro de los intereses de los investigadores en este tema, es el del desarrollo de la empatía, muchos son los autores que afirman que las personas adquieren mayor nivel empático al alcanzar la edad adulta, ya que en la niñez, aun cuando los infantes pueden ser empáticos con los demás existen ocasiones en las que se muestran más como seres egocéntricos, al respecto, Zahn, Robinson y Emde (1992) señalaron que los niños muy pequeños son, de hecho, capaces de mostrar un variedad de comportamientos relacionados con la empatía bastante sofisticados.

Uno de los autores que más tiempo de su vida ha dedicado al estudio del desarrollo de la empatía es Martin Hoffman (1990) en sus investigaciones, señala que los procesos empáticos se desarrollan conforme avanza el ciclo de vida, pues las personas van siendo capaces de distinguir claramente entre lo que le ocurre a los demás y lo que se experimenta a nivel personal, además menciona que en recién nacidos y niños pequeños, las respuestas de empatía se basan en los mecanismos primarios de suscitación empática que incluyen al mimetismo, el cual consiste en una reacción innata, involuntaria e isomorfa ante una expresión de emoción ajena y que incluye dos fases sucesivas, la primera en la que el observador imita automáticamente y sincroniza sus cambios de voz, expresión facial y postura con los más leves cambios en la expresión facial, vocal o postural de otra persona, estos cambios, dan pie a la segunda fase, en la que los cambios resultantes causan sentimientos que coinciden con los de la persona observada. Conforme se avanza en edad, se agregan los procesos cognitivos que facilitan que niños incluso a partir de los dos años, sean capaces de reconocer lo que sienten y necesitan los demás,

cuando los niños desarrollan lenguaje hablado, su comprensión de las emociones se complejiza, de este modo, al alcanzar la edad de 6 y 7 años, pueden tener un conocimiento más amplio de sus sentimientos y de la de los demás, además de la facultad para poder distinguir las intenciones en los actos de las demás personas.

Así mismo, Hoffman señala que, entre los 8 y 9 años de edad, tanto los niños como las niñas poseen un pensamiento lógico más consolidado ya que son capaces de asociar las experiencias previas con las emociones experimentadas por ellos mismos y por los demás. Durante la preadolescencia, el nivel de comprensión emocional aumenta y por lo tanto la capacidad de experimentar y explicar la empatía también se incrementa, aunque no todos desarrollan la capacidad de responder de manera empática y es en esos casos en donde se desarrollan conductas antisociales. Otro de los aspectos que Hoffman enfatiza es que, durante la adolescencia, se puede diferenciar claramente lo que los otros sienten de lo que se espera que sientan, así mismo se logra comprender que no todas las personas que necesitan ayuda, desean ser ayudadas. Ya para la adultez, se facilita la capacidad para reconocer y anticipar los estados emocionales de los demás. En suma, según lo propuesto por Hoffman, la aptitud de empatizar está fuertemente asociada a la capacidad de las personas para comprender lo que subyace a los sentimientos ajenos y esta comprensión sigue desarrollándose durante toda la vida.

3.4 La relación de la empatía con la conducta prosocial y la moral

En el capítulo anterior se habló de la conducta prosocial, como se dijo, muchos son los autores que catalogan a la empatía como un tipo de conducta prosocial, por el contrario, algunos otros señalan que la empatía es la que propicia la ejecución de conductas prosociales, sin embargo, no existe un consenso en la comunidad de expertos, lo que lleva en muchas ocasiones a tener concepciones erróneas de ambos términos y de concebir la relación entre ambos términos de formas muy diversas. Contrario a lo anterior, en donde existe un mayor acuerdo es en la relación que guarda la empatía con la conducta prosocial, pues diversos estudios han demostrado que aquellos individuos empáticos son menos agresivos debido a su

sensibilidad emocional y su capacidad para comprender las consecuencias negativas potenciales para sí mismo y para los demás (Singh ,2000; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000; Mestre, Samper, Nacher, Tur y Cortés, 2007). Warden y Mackinnon (2003) señalan que los niños que llevan a cabo conductas prosociales tienen un mayor conocimiento empático que aquellos niños acosadores, así como las víctimas de estos últimos. De igual modo, Rumble (2004) y Etxeberria, Apodaka, Eceiza, Ortiz, Fuentes y López (1994) han comprobado mediante diversos estudios que altos niveles de empatía dan como resultado una mayor conducta cooperativa y que las intervenciones que potencian la empatía incrementan la conducta prosocial altruista; esta relación también ha sido encontrada en otras investigaciones solamente que en un sentido opuesto, Stephan y Finaly (1999) encontraron que la falta de empatía está relacionada con conductas vinculadas a agresiones sexuales, abuso de niños y comportamiento antisocial. Mestre, Samper y Frías (2004) encontraron relación entre la falta de empatía y las conductas de agresividad física y verbal en adolescentes. De las conexiones entre empatía y violencia cabe resaltar la aportación de Dosh (1998), quien observó que la empatía funcionaba como un factor protector de la violencia siempre y cuando los sujetos no sufrieran maltrato en los primeros años de vida.

De igual modo, la conducta prosocial, al ser un tipo de conducta aprendida se desarrolla de forma progresiva, algunos estudios realizados en adolescentes, muestran que éstos tienden a presentar empatía hacia otras personas a medida que ejecutan conductas de tipo prosocial (Inglés, Hidalgo, Méndez & Inderbitzen, 2003) pues los niveles de prosocialidad aumentan durante la adolescencia al hacerse más complejos los razonamientos morales y, al mismo tiempo, aumenta la relación existente de coherencia entre pensamiento y comportamiento (Mestre, Samper y Frías, 2002). Los estudios realizados por Eisenberg (2000), Mestre, Samper y Frías (2002) y Mestre, Samper y Frías (2004) consideran a la empatía como el principal motivador y predictor de la conducta prosocial, este es un punto muy relevante, pues estos autores indican que es a raíz de la empatía que se dan las conductas prosociales, y no, que un tipo de conducta prosocial es la empatía, como lo menciona Auné, Blum, Abal, Lozzia y Horacio (2014). De manera similar a lo dicho

por Mestre y colaboradores (2002; 2004), Eisenberg y Fabes (1998) proponen que la empatía contribuye al desarrollo de estándares morales positivos, caso similar a lo que señala Dymond (1950, citado en Arriaga, 1994) respecto a la relación existente entre empatía y conducta moral, Dymond señala que aquellos individuos con mayores niveles de empatía tienden a ser más cálidos y flexibles en sus relaciones interpersonales que aquellos cuya empatía es menor, quienes se presentan como rígidos, demandantes, emocionalmente inestables y principalmente centrados en sí mismos y no en los demás.

Otro punto importante que va de la mano con la conducta prosocial es la moral de las personas, ésta es de suma relevancia pues los juicios morales de las personas regulan su comportamiento, por ejemplo, si una asaltante sufre de un accidente luego de cometer un robo, muchas personas estarían de acuerdo con ayudarlo, por el simple hecho de que, al robar, afectó con sus acciones a terceras personas; por tanto, las ideas morales de una persona influyen en el grado en que se empatiza con los demás: Si las decisiones morales de una persona son congruentes con las nuestras, seremos más propensos a empatizar con esta persona, y viceversa, en diversas ocasiones la moralidad no es tomada en cuenta al hablar de empatía, son pocos los autores que asumen que la motivación para las diferentes conductas prosociales está en función del nivel de desarrollo moral en el que se encuentre el individuo. Además, la empatía, al provocar sentimientos de aprobación o desaprobación, se puede utilizar para decidir si una acción debe ser considerada moralmente correcta o incorrecta, de forma simple se puede afirmar que si el sentimiento que experimentamos al observar a la otra persona es agradable, entonces la acción puede ser correcta, y si el sentimiento es negativo, la acción puede estar mal, además, cuando una persona identifica el estado emocional de los demás puede, en primer instancia evaluar la situación y luego actuar, por ejemplo, si alguien está en un estado emocional negativo porque fue golpeado por un grupo de personas, la empatía puede motivar a un observador a juzgar la situación como moralmente mal y, por extensión, puede motivarlo a ayudar a la víctima.

Sin embargo, un juicio motivado por la empatía no siempre corresponde automáticamente a un juicio o acción moralmente apropiado, si el juicio motivado por la empatía es moralmente correcto o incorrecto depende de las circunstancias. En ese sentido, existen ocasiones en las que la empatía da como resultado la ejecución de actos que son moralmente negativos, pues a diferencia de las muestras de empatía, las cuales pueden ser llevadas a cabo de forma muy similar en regiones diferentes del mundo y pueden ser bien recibidas, las valoraciones morales pueden cambiar drásticamente entre regiones que comparten límites políticos creando así una discordancia entre la empatía y las valoraciones morales, por ejemplo, en el caso concreto de los migrantes, la empatía permite llevar a cabo conductas de ayuda y/o apoyo por parte de ciudadanos de algunos países, como es el caso de México, en donde, solo por mencionar un ejemplo, grupos de mujeres preparan alimentos con el fin de repartirlos en aquellas zonas en donde circula un tren denominado “la bestia”, el cual es empleado por migrantes para poder transportarse de las zonas del sur al norte del país, con la finalidad de llegar a Estados Unidos; se podría afirmar que, dentro del grupo de mujeres que elaboran y reparten comida para los migrantes, la conducta de empatía está presente y la valoración moral de brindar ayuda a los demás es bien recibida, en ese caso ambos elementos son concordantes, sin embargo, al cruzar la frontera, muchos migrantes se encuentran con que existen grupos denominados de “extrema derecha” en Estados Unidos que promueven discursos de odio hacia aquellas personas que no son miembros del país, estas personas tienen un sistema de valoración moral muy distinto, e incluso opuesto, al de aquellas personas que reparten comida en “la bestia”, por tanto, en este caso, la conducta de ayudar a los migrantes (muestra de empatía) es completamente incompatible con los discursos de odio que los miembros de la “extrema derecha” promueven (sistema de valoración moral), así, definir si la acción es moralmente apropiada o no, depende del principio moral normativo que regule las prácticas.

Volviendo al tema principal, se podría afirmar que aun cuando la relación entre conducta prosocial y empatía sea relativamente clara, en el caso de la relación de la empatía y la moralidad la situación es un tanto confusa pues el vínculo es mucho

más complejo que el sugerido por la creencia popular generalizada de que la empatía está estrecha y directamente vinculada a todos los aspectos de la moralidad.

3.5 Limitantes de la empatía

Algunos autores como Martin Hoffman quien ha dedicado gran parte de su vida al estudio de la empatía destacan que ésta tiene limitaciones, lo que impide que las personas logren centrar su atención en los demás; en su obra del 2000 *Empathy and moral development implications for caring and justice* señala algunos puntos importantes por los que la empatía puede tener complicaciones para su desarrollo. A uno de esos puntos lo denomina *sobreestimulación empática*, el cual es un proceso involuntario que ocurre cuando los sentimientos provocados por empatizar del observador se hacen tan intensos que se vuelven difíciles de sobrellevar, esto puede apartarle completamente del modo empático, en otras palabras, si los signos de empatía son demasiado intensos y notables puede que los sentimientos provocados por la empatía se hagan lo bastante aversivos como para convertirse en sentimientos de aflicción personal; en un estudio llevado a cabo por Stotland, Matthews, Sherman, Hannson y Richardson (1979, citado en Hoffman, 2000) un grupo de enfermeras en formación experimentó un conflicto entre el sentimiento intenso de ayudar a pacientes gravemente enfermos y su propia aflicción empática, que a veces les hacía difícil permanecer en la misma habitación que los pacientes, ese mismo fenómeno ocurre en la actualidad debido a los nuevos tratamientos que prolongan la vida de los pacientes desahuciados (como aquellos que padecen cáncer o SIDA) y dan más tiempo para crear vínculos con las enfermeras, trabajadores sociales y otros profesionales de la asistencia médica, la consecuencia es que aquellas personas que comparten mucho tiempo con pacientes enfermos tienden a experimentar una sobreestimulación empática constante durante mucho tiempo, lo que les hace más propensos que antes a una afección crónica, llamada *traumatización vicaria o cansancio de compadecer* que de acuerdo con Armayones (2010) esta se define como *el efecto de experimentar y/o vivenciar emociones*

negativas que viven las personas a las que se está ayudando, es la exposición secundaria al trauma y la implicación emocional a las experiencias traumáticas de los usuarios.

Hoffman señala que una de las razones por las cuales la empatía logra sobreponerse a aquellas situaciones en donde hay una traumatización vicaria es porque la fuerza potencial de la sobreestimulación empática actúa como móvil moral prosocial, esto es que aun cuando hay situaciones en donde el observador se aflige ante la situación que observa en otras personas, el compromiso empático es mayor, en suma, en las relaciones en las que la empatía hace que alguien se sienta motivado a ayudar, puede que la sobreestimulación, más que anular la atención prestada a la ayuda a la víctima, la intensifique. Por último, Hoffman declara que si en una relación de ayuda, una de las personas es muy empática puede que sea bueno porque es garantía de que ayudará a otras, aunque a costa de ser vulnerable a la traumatización vicaria, esto puede, por tanto, ser una consecuencia de sobreempeñarse (como en el caso de las enfermeras y los pacientes en estado terminal) posiblemente ese sea uno de esos casos en donde una persona empática se sacrifica realmente por otra.

Otra de las limitaciones, es la habituación, pues en algunos casos, la exposición constante a situaciones de aflicción, provocan que para el observador, esas situaciones sean completamente indiferentes, un buen ejemplo, sería el caso de aquellos soldados que van a la guerra, la exposición constante de ejecuciones provoca que la muerte de familias enteras les sea, en la mayoría de los casos, indiferentes; o como en el caso de aquellos habitantes de ciudades en donde hay un alto índice de personas en situación de calle, para muchos de estos ciudadanos, las personas sin hogar son sólo elementos que componen a las ciudades y a los cuales no les prestan atención.

Como se mencionó en el capítulo anterior, el ser humano evolucionó en grupos y que, a pesar de que en cada grupo hacía falta altruismo para sobrevivir, la escasez de medios provocaba que a menudo se enfrentara con sus iguales. De este modo, en aquellos grupos y parece que también en la actualidad, era y es más fácil

empatizar y ayudar a los miembros de la propia familia, grupo étnico o racial que aquellos que no son parte de tales grupos, tampoco es extraño que sea más fácil empatizar con amigos que con extraños, y con personas que se nos parezcan que con otras distintas (Bloom, 2016). A ese fenómeno, Hoffman lo denomina *parcialidad por familiaridad*, la parcialidad se define como la inclinación en favor o en contra de una persona al obrar o al juzgar un asunto, en el caso de parcialidad por familiaridad se manifiesta cuando las personas empatizan más con aquellos miembros de su familia y menos con aquellos que no forman parte de ésta, existe también la *parcialidad por amistad* la cual se establece cuando se tiene mayor empatía con personas cercanas y con las que se comparten lazos más intensos.

En un estudio de Krebs (1975, citado en Hoffman 2000) un grupo de personas elaboraron un test de personalidad, se les dijo que, basándose en los resultados, la computadora los había emparejado con personas similares a ellos, posteriormente, fueron sometidos a pruebas en donde se les suministraba a un poco de dolor y luego a otra prueba en donde se les sometía a placer, los resultados señalaron que aquellos sujetos que creían que el otro se le parecía tuvieron reacciones fisiológicas más acusadas cuando parecía que sentía dolor o placer, también dijeron que cuando la pareja estaba esperando a recibir una descarga eléctrica se identificaban más con ella y sentían mayor afinidad empática, a este fenómeno, se le denomina *parcialidad por semejanza*, y similar a este fenómeno se encuentra la *parcialidad por grupo excluyente*, la diferencia entre ambas radica en que la primera se presenta cuando existe algún rasgo principalmente de tipo fisiológico (aunque no exclusivamente) como el género (Feshbach y Roe, 1968); mientras que el segundo se presenta en aquellas personas que integran un grupo, como la familia y los amigos o únicamente los amigos (Meindl y Lerner, 1984). El fenómeno de parcialidad por grupo excluyente es de los más abordados a nivel experimental, en donde se han realizado diversas pruebas con el fin de conocer las razones por las que las personas logran empatizar más con aquellas que forman parte de su círculo social, Katz, Glass y Cohen (1973) explican que ese fenómeno está presente en los asesinos seriales, pues de acuerdo a con las estadísticas, es más probable que un asesino actúe contra un grupo de personas ajenas a su grupo social, como los casos

de aquellos hombres que cometen feminicidio o el de aquellos que buscan matar a personas de otra raza. Por su parte, Cikara, Bruneau, Bavel y Saxe (2014) denomina a este fenómeno *sesgo de empatía intergrupal*, el cual definen como la tendencia no solo a empatizar menos con el grupo externo, sino también a sentir placer en respuesta a su sufrimiento y sufrimiento en respuesta a su placer; este fenómeno ha sido mencionado por Lifton (1968) en su revisión sobre la Segunda Guerra Mundial, si bien no es exactamente igual al descrito por Cikara y colaboradores, muestra que existe una tendencia por empatizar más con aquellas personas cercanas al círculo social que con aquellas que son ajenas, Lifton menciona que luego del estallido de la bomba nuclear sobre la ciudad de Hiroshima, algunos de los sobrevivientes tenían sentimientos más intensos por aquellas víctimas mortales que estaban cerca de su círculo social, amigos íntimos y familiares que por aquellas otras personas que no conocían.

De acuerdo con Västfjäll, Slovic, Mayorga, Peters (2014) es más sencillo empatizar con un grupo muy reducido de personas o con una sola persona que con un grupo amplio, este fenómeno es considerado también, como una limitación al momento de empatizar con alguien. De acuerdo con los autores, los humanos estamos psicológicamente conectados para ayudar a una sola persona a la vez; en su investigación denominada *Compassion Fade: Affect and Charity Are Greatest for a Single Child in Need* Västfjäll y colaboradores mencionan que en los programas de donación para personas necesitadas las personas actúan porque las necesidades de los demás inducen sentimientos afectivos, y que a menudo experimentan los sentimientos más fuertes por una sola persona identificada y necesitada, pues a medida que aumenta el número de personas necesitadas, los sentimientos afectivos y la acción pueden comenzar a disminuir. Lo anterior guarda mucha relación con lo mencionado por Paul Bloom (2016) en su obra *Against Empathy* en donde establece en primer lugar que la empatía es un recurso de capacidad limitada, como un pastel o combustible que se agota progresivamente y que estamos psicológicamente constituidos para no sentirnos un millón de veces peor por el sufrimiento de un millón que por el sufrimiento de uno. Slovic (2007) en su obra *If I look at the mass I will never act* establece algo similar a lo dicho por

Bloom, de acuerdo con este autor a medida que aumenta el número de personas que necesitan ayuda, el grado de compasión que sienten por ellos tiende a disminuir irónicamente, por su parte, Cameron y Payne (2011) denominan a este fenómeno *colapso de compasión*, el cual ocurre debido a que las personas esperan que las necesidades de los grupos grandes sean potencialmente abrumadoras y, como resultado, se involucran en la regulación de las emociones para evitar experimentar niveles abrumadores de emoción, y debido a que los grupos son más propensos que los individuos a provocar la regulación de las emociones es que las personas sienten menos por los grupos grandes que por los individuos.

Por último, existe otro elemento que parece ser una limitante de la empatía, esta es nombrada *parcialidad por inmediatez* la cual establece que es más sencillo empatizar en aquellas situaciones que son actuales y más intensas que con aquellas que ya llevan un poco de tiempo, Hoffman da un ejemplo al respecto, tomando la historia de una joven adolescente que en 1977 asesinó a un recién nacido, luego de zarandearlo hasta la muerte, de acuerdo con lo ocurrido, luego de ser señalada como culpable, la mayoría de la gente se compadeció de los padres y condenaba a la joven por tal acto, sin embargo, con el juicio y la condena la corriente empática cambio de sentido: la joven se convirtió en víctima debido, en parte, a la dureza de la condena, luego de la difusión de la noticia en medio nacionales, la joven fue convertida en el centro de atención y en la víctima del momento, esto sustituyó en gran parte a lo que las personas habían sentido por el bebe muerto y sus padres, que eran las víctimas auténticas y originales; al final, mucha gente acabo culpando a los padres, por esperar demasiado de una chica y ser demasiado tacaños para contratar una niñera profesional, así como a la madre, por estar trabajando en vez de estar en casa con los niños (Hoffman, 2000). Este fenómeno, de la parcialidad por inmediatez puede ser una explicación de la tendencia de no empatizar con las víctimas sino con los culpables que en muchas ocasiones centran la atención y, por alguna razón, se convierten en víctimas.

A manera de conclusión del presente capítulo, se puede argumentar que aun con todas las implicaciones que la empatía guarda con temas como la conducta

prosocial y la moralidad no es del todo clara la relación que mantienen, pues mientras algunos autores argumentan que la empatía es la causante del comportamiento prosocial otros autores remarcan que la empatía constituye una dimensión de este tipo de comportamiento, esta contradicción se torna más compleja al intentar comprender cómo surge la empatía, ya que mientras algunos autores mencionan que ésta se encuentra en la comprensión de las experiencias de los demás, otros comentan que es una fuente limitada que las personas poseen y que es debido a esto que muchas veces es complicado empatizar con todos los demás, razón por la cual solo se empatiza con aquellas personas con las que se guardan una relación estrecha.

De igual modo, la relación que mantiene la moral con la empatía es bastante confusa, parece ser que es todavía más compleja y confusa que la que hay con la conducta prosocial, pues, al margen de lo que muchas personas pueden creer, ser empático no siempre involucra hacer las cosas bien, existen ocasiones en las que empatizar involucra ir en contra de los preceptos morales, como aquellas ocasiones en que se empatiza mucho con miembros del mismo grupo y se deja a un lado a aquellas personas fuera del círculo grupal, esto evidentemente involucra un sesgo, lo que ha llevado a algunos investigadores a plantear la idea de que la empatía es una completa elección, pues las personas tienen la determinación para decidir cuándo y con quién empatizar, relacionado con este tema se encuentra también, lo propuesto por diversos autores que establecen que los seres humanos son capaces de poner extensión a su empatía. Aunque más que elegir la extensión, la empatía tiene limitaciones, las cuales se presentan cuando las personas muestran tendencia al momento de centrar su atención en determinados individuos, excluyendo a otros tantos, este fenómeno ha sido definido como parcialidad y se presenta constantemente sin que las personas puedan percatarse de ello, haciendo que su elección al momento de apoyar o beneficiar a alguien no sea del todo objetiva.

Por último, si bien, es cierto que existen limitaciones al empatizar con los demás, estas no siempre se presentan, pues como Martin Hoffman, aun cuando existe cierta tendencia por ayudar a unos individuos, la moral de cada persona es una gran

determinante al momento de elegir con quien empatizar, pues en muchas ocasiones las personas ayudan otras, por el simple hecho de que ven en ellas a otro ser humano, a un semejante que comparte características un tanto similares, e incluso, con aquellos seres vivos con los que se guarda menos relación biológica, como con los animales, este último tema no será abordado a profundidad, pues no constituye parte del objetivo central.

4. EL CONCEPTO DE INDIVIDUALISMO: UNA PERSPECTIVA DESDE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

El capítulo anterior estuvo dedicado a la empatía, a sus características principales, tanto a aquellas que la componen como a aquellas que la limitan, desde la perspectiva de la psicología social, la empatía es una de las principales promotoras de las conductas prosociales, las cuales, al ser llevadas a cabo por los integrantes de una sociedad crean un ambiente en donde es posible el desarrollo de las mismas y es por esa razón, que la promoción de la empatía es de suma relevancia en las sociedades actuales, sin embargo, en muchos espacios de convivencia humana, la empatía puesta en práctica sólo es un propósito o una idea que algunas personas desean llevar a cabo pero que fracasa al momento de ponerla en práctica. Los estudios de Hoffman realizados a comienzos de la década de los noventa y que se extienden hasta la actualidad, demuestran que existen algunos impedimentos que provocan que el desarrollo de la empatía se vea obstaculizado, gran parte de estos impedimentos son catalogados como algún tipo específico de *parcialidad* (nombre dado por Martin Hoffman) así, ante una situación en donde la empatía deba ser puesta en marcha, la parcialidad agrega un obstáculo para el empleo práctico de ésta, creando un sesgo y evitando que el brindar apoyo a otras personas sea un asunto objetivo, pues aun cuando existe ayuda y apoyo por parte de algunas cuantas personas a otras tantas más, esta ayuda y apoyo se brinda a un o unas persona/s de forma más clara que a otras tantas, debido a características particulares como la familiaridad, la similitud o la inmediatez.

Existen muchas situaciones cotidianas en donde el individualismo de las personas constituye un impedimento para que la empatía continúe en crecimiento, no es que por sí sólo el individualismo impida poder comprender la experiencia de la otra persona, pero cuando un sujeto se inmiscuye en su experiencia y no muestra interés en ayudar los demás, es cuando sí es posible catalogar a la individualidad como un impedimento. Con el desarrollo y la masificación de los medios de comunicación y sus derivados, como las llamadas, redes sociales, el poder de

informar, ya sea en forma de notas o de material audiovisual de las personas es cada vez mayor, esa es una de las razones por las cuales diversos autores relacionan a la era digital con un crecimiento desmesurado de individualismo, pues es muy común encontrar contenido evidenciando situaciones cotidianas de poco o nulo apoyo por parte de un grupo de personas, hacia otros individuos, no es que solo existan ese tipo de situaciones documentadas, pero para fines de este trabajo, son esas situaciones las que se tomarán de ejemplo, para evidenciar como la efectucción de conductas prosociales es, en muchas ocasiones, poco común. Sería relevante, en esos casos, en donde las conductas prosociales no son llevadas a cabo, recordar una cita de Elias Norbert, incluida en su obra *La sociedad de los individuos* (1990) que demuestra la importancia de la cooperación y la solidaridad en las redes interindividuales, que son relevantes para toda persona que se ve involucrada en ellas, *todo ser humano individual posee una naturaleza tal que para poder crecer necesita de otras personas que existan antes que él* (p.23).

La razón por la que el tema del individualismo es de relevancia para la psicología social es que aun cuando se está hablando de un (1) individuo y no de un conjunto de éstos (es decir, de 2 o más), se está aludiendo a la relación que el primero establece con sus similares, y como consecuencia de estas relaciones es que se establecen distintas practicas sociales; asumir que una práctica es compartida refiere siempre a su naturaleza convencional, es decir, a algo que se atribuyó socialmente, lo que supone más que el intercambio recíproco de dos individuos frente a una misma situación (Skinner, 1953). En este sentido, puede existir conducta social en ausencia de otro individuo, siempre y cuando ésta sea regulada por criterios que definan la forma correcta (o dicho de otro modo, socialmente valorada como correcta) de ajustarse a una situación, esta valoración es realizada por los demás miembros de un grupo, como una comunidad, por ejemplo. Y es a raíz de esas valoraciones que la conducta individualista, es mal vista en muchos países, al respecto, Geert Hofstede (1980), en la década de los setenta, realizó un estudio considerado parteaguas en la forma de abordar el tema de la cultura desde la psicología, la finalidad de su investigación era conocer cuáles eran los valores culturales de cincuenta países, de acuerdo a sus resultados, la

cultura de un país tiene una tendencia de comportamiento, esto no quiere decir que todos los miembros de un país se conduzcan igual por la vida, sino que la gran mayoría tiene y mantiene conductas similares, además, el autor señala que la cultura de un país es una variable rígida, en donde la forma de ser de una generación tiende a compartirse y a replicarse en las generaciones siguientes. Con base en su estudio, identifico, cinco dimensiones o patrones culturales con los que se identifica fácilmente a un conjunto de individuos que habitan en un país, las categorías son: la distancia hacia el poder, la evitación de la incertidumbre, la masculinidad-feminidad, el individualismo-colectivismo y la orientación a corto plazo/largo plazo; para fines de este trabajo, únicamente será abordada la cuarta categoría: el individualismo y el colectivismo.

De acuerdo con Hofstede (1980) las culturas con una marcada tendencia individualistas son aquellas en las cuales las necesidades y el bienestar individual son antepuestas a las del grupo o comunidad, en donde se promueven la independencia y la autosuficiencia. En una cultura individualista, las decisiones, los logros, las metas y los deseos suelen definirse como personales, no como colectivos. Las personas que provienen de culturas de este tipo consideran como prioritarios el prestigio social, el éxito, el dominio, la riqueza personal; son notablemente competitivas, en contraste, en las culturas colectivistas, las personas suelen definirse más en función de sus vínculos dentro del grupo que por las características personales que poseen, en estas culturas hay mayor interés por el bienestar de las y los demás, preocupación por la justicia social, compromiso con las tradiciones y costumbres culturales. Las obligaciones, en las culturas colectivistas, son prescritas por los roles que cada persona ejerce dentro de su red social. De este modo y de acuerdo con lo obtenido por Hofstede, el individualismo está conformado por un conjunto de valores que enfatizan la autonomía de las personas, mientras que el colectivismo agrupa valores que destacan la dependencia de los individuos respecto de sus grupos de referencia o de pertenencia. A su vez, Markus y Kitayama (1991) agregan algunas características, del lado del individualismo señalan que los derechos individuales ocupan un lugar central, la independencia es muy valorada, ser dependiente de los demás a menudo se

considera vergonzoso, las personas tienden a ser autosuficientes, los derechos de las personas tienden a tener mayor prioridad y las personas a menudo ponen un mayor énfasis en sobresalir y ser únicos. En contraste con las culturas colectivistas en donde se enfatiza la importancia del grupo y la cooperación social, la unión entre las familias o entre los grupos de trabajo, el compañerismo, la solidaridad y el apoyo, pues mientras en las culturas colectivistas los miembros pueden tener más probabilidades de recurrir a familiares y amigos en busca de apoyo durante los momentos difíciles, aquellos que viven en culturas más individualistas tienen más probabilidades de hacerlo solo, pues enfatizan que las personas deberían ser capaces de resolver problemas o lograr metas por sí mismas sin tener que depender de la ayuda de otros, a menudo se espera que las personas "se levanten por sí mismas" cuando encuentran contratiempos. Así, mientras una persona de una cultura individualista podría decir "Soy analítico, sarcástico y atlético", una persona que integra una cultura colectivista sería más propensas a decir algo como: "Soy un buen esposo y un amigo fiel".

Antes de continuar con el tema del individualismo es necesario aterrizar un poco más la idea de lo que significa y a lo que se refiere dicho termino, tal labor no es sencilla, pues los usos que se le han dado son diversos, históricamente el termino tiene matices que ha adquirido como resultado de su uso en áreas como la ética, epistemología, economía, política, entre muchas más, precisamente, por el uso tan amplio que se le ha dado, es difícil precisar qué es lo que se quiere decir cuando se hace uso de este concepto. Autores como Triandis (1993) enumeran cuatro atributos básicos que ayudan a identificar cuando se está tratando o hablando con una persona individualista, el primero de ellos es que los individualistas son Humanos poco vinculados que se consideran independientes de colectivos; lo segundo es que ellos están son motivados principalmente por sus propias preferencias, necesidades, derechos y los contratos que tienen establecido con otros; la tercer característica es que enfatizan análisis racionales de la ventajas y desventajas de asociarse con otros; y por último, sus objetivos personales son más importante que los objetivos del grupo, las personas individualistas también están emocionalmente separadas de sus grupos internos. Por su parte, Singelis, Triandis,

Bhawuk y Gelfand (1995) distinguieron dos tipos de individualismo, el primero de ellos fue denominado horizontal, en este, las personas muestran un deseo por resaltar de entre su grupo y de entre los demás grupos, mientras que, en el individualismo vertical, las personas se muestran más competitivas pues desean distinguirse y tener un estatus más alto que los demás.

De acuerdo con Steven Lukes, para algunos el individualismo corresponde a ciertas ideas peligrosas; para otros, significa la anarquía social o económica, la ausencia de indispensables instituciones y normas: por último, hay quien opina que se trata del predominio de actitudes egoístas en los individuos (1975). Esta falta de precisión en el uso del término ha propiciado que se le confunda con el término *egoísmo*, pues en varias ocasiones ambas palabras suelen emplearse como sinónimos. De acuerdo con Friedrich Hayek (2009) quien sostiene que la idea del individualismo supone un hecho en el que el individuo se encuentra inmerso en sus propias relaciones, en las que él mismo es el centro desde el cual se inclina a la acción o la no acción es la acepción correcta de dicho término y no aquel que lo relaciona directamente con el egoísmo. Bajo esta óptica, puede entenderse que la confusión sólo radica en el uso que se hace de los conceptos, pues mientras que los postuladores del individualismo ofrecen un panorama sobre lo deseable que sería que los propios deseos e intereses dirigieran las acciones de los individuos, se entendía que esta era una invitación al egoísmo, pero en realidad se busca que los individuos luchen por todo aquello que consideraran deseable. De este modo y de acuerdo con Morales, López y Vega (1992, citado en Páez y Zubieta, 2004) el individualismo es un conjunto de creencias, valores y prácticas culturales en el que los objetivos individuales predominan sobre los grupales a diferencia del egoísmo, en el que se busca sobreponerse a los demás generalmente atrayendo un perjuicio.

Además de esto, es importante resaltar que aún cuando se considere al egoísmo como una práctica en donde cada individuo atiende lo propio sin detenerse a atender lo ajeno e incluso aislándose de los demás, no es del todo cierto que las cosas ocurran de esa manera, sobre todo, porque decir que un individuo está alejado de toda comunidad es algo sólo posible en el pensamiento, debido a que se

encuentra tan involucrados con los demás, que pertenece a una red de relaciones de la cual no es posible escapar, así, independientemente de la labor que una persona desempeñe, ya sea como ejecutivo de un corporativo, como estudiante, como director de una fábrica, como una empleada del hogar, o del rol que desempeñe en una familia, madre, hijo e incluso amigo, en todas ellas, se realizan funciones que un ser humano cumple para con otros seres humanos, un individuo para con otros individuos.

4.1 Perspectivas del individualismo

La concepción del individualismo como algo negativo para la vida en sociedad parte del pensamiento occidental, así lo reconoce Waterman (1981) que señala tres visiones diferentes del individualismo vigentes y a las que, por regla general, se les atribuyen consecuencias sociales negativas, la primera de ellas es el individualismo como competición, en donde se busca estar por encima de los demás, en este punto se encuentran mayormente, conductas de tipo *pernicioso* pues generalmente quien las realiza no tiene interés en el modo de vida de las demás personas sino únicamente en el suyo, éstas conductas se caracterizan porque un individuo se impone a sí mismo impedir el cumplimiento de metas u objetivos de otro individuo. La segunda es el individualismo como propuesta de un ideal de persona autocontenida, autosuficiente y, por tanto, aislada que lleva a quien lo practica a la renuncia de solicitar la ayuda de otros para no contraer obligaciones, este segundo tipo está caracterizado porque el individuo genera una “esfera” dentro de la cual se coloca y desde donde intenta excluir a las personas con las que tiene que relacionarse, de este modo, se apega a la idea de defender la esfera de lo propio y evitar que los demás se inmiscuyan en lo que el individuo asume como suyo, otro elemento que va de la mano con este segundo tipo es la autonomía, éste ocasiona que la persona asuma que sus acciones están determinadas únicamente por lo que dice y/o piensa, es decir, por lo propio, y no por agentes externos que le sirven de guía o que determinan sus acciones. Ahora bien, esta idea provoca que la persona genere un esquema con el cual rija sus acciones y muy a menudo, provoca que impida la intervención de otros individuos. Por último, el individualismo

como causante de un estado de alienación de la sociedad e incluso de uno mismo en donde la búsqueda del propio interés induce a tratar a los demás como objetos.

De acuerdo con Waterman (1981), empeñarse en ver a la sociedad actual exclusivamente desde la perspectiva de estas tres visiones negativas es abonarse a una imagen distorsionada, pues supondría pasar por alto dos aspectos importantes, el primero de ellos es que la investigación psicológica ha descubierto valores individualistas que llevan consigo consecuencias no negativas, sino al contrario, beneficiosas para las sociedad, tales como la autorealización, el locus interno de control, razonamiento moral basado en principios personales, entre otros, el segundo, que individualismo y la interdependencia no tienen por qué ser incompatibles, si bien las investigaciones muestran que mientras el individualismo esta caracterizado principalmente por la relevancia que se le da a cada uno de los individuos, en donde las necesidades particulares son lo más importante y la interdependencia se define como el conjunto de relaciones recíprocas que se establecen entre diferentes personas en donde prevalece una relación de dependencia mutua y equitativa, donde todos los individuos involucrados se benefician, complementan o cooperan de formas variadas con los demás (Waterman, 1981) hay ocasiones en donde una persona que actúa en pos de su propio interés está motivada para unirse con otras personas que tienen deseos compatibles, de modo que al trabajar por sus intereses comunes, todos puedan aumentar la probabilidad de lograr la calidad de vida que cada uno desea, dicha cooperación puede desarrollarse no sólo para obtener ganancias materiales sino también para la satisfacción de otras necesidades, por ejemplo, en las áreas de actividades estéticas, atletismo y recreación. En dichas ocasiones se crea una relación que vincula ambos puntos pues se encuentran características tanto del individualismo como de la interdependencia.

En otras palabras, la idea que pretende transmitir Waterman (1981) a través de su trabajo es que no hay ninguna razón para que el pensamiento occidental promueva sólo visiones 'negativas' del individualismo, ya que la investigación psicológica ha descubierto efectos del individualismo beneficiosos para la sociedad

y compatibles con la interdependencia entre las personas, por ejemplo, una forma de pensamiento denominada *individualismo ético*, refiere al respeto por los demás en la búsqueda del propio interés, este respeto que se tiene hacia las demás personas se contrapone a la realización de actos transgresores o perniciosos y se enfoca en respetar la individualidad de cada persona y todo lo que conlleva la misma, en palabras de Waterman (1981) *perseguir los propios objetivos no implica necesariamente pasar por alto u olvidar 'las necesidades y valores de los demás.*

Respecto al tema del individualismo y su relación con la interdependencia, debe decirse que, generalmente estos temas se presentan como algo diametralmente opuesto, algo que es incompatible, sin embargo, son muchos los autores e investigadores que no opinan esto, sino que, al contrario, defienden la idea de que ambos temas pueden converger sin problema alguno. De entre los autores que defienden esta postura se puede citar a Ester, Halman y De Moor (1994) quienes definen el proceso de individualización como la autonomía creciente de los individuos a la hora de desarrollar sus propios valores y normas, que se separan cada vez más de los sistemas tradicionales e institucionalizados de valor, de acuerdo con estos autores, el avance de una persona hacia la individualización la conlleva a la autorrealización y posteriormente, ésta lo conduce hacia el desarrollo de valores, el resultado será, beneficioso no sólo para la persona, sino también para la sociedad, así es como se producen generalmente los avances en las actividades como el arte, la ciencia y el resto de productos culturales. Además, de acuerdo con Ester y colaboradores, una vez que cada individuo desarrolló sus valores y normas, el hecho de compartir su experiencia con los demás genera un plus de satisfacción personal. Por su parte, Fiske, Kitayama, Markus y Nisbett (1998) quienes también defienden la idea de una convergencia del individualismo y la interdependencia señalan que ésta última no equivale necesariamente a egoísmo, competitividad o materialismo y que, paralelamente, la interdependencia no excluye motivaciones orientadas a la consecución de beneficios, siempre que estos vayan a parar al propio grupo.

4.2 Factores causantes

Ahora bien, como mencionan diversos autores, existen aspectos benéficos del individualismo, gran parte de estos son compatibles con la cooperación, el desarrollo personal o el altruismo, en cambio existe también una contraparte que ha sido revisada con más detenimiento en la literatura, esta contraparte generalmente concluye que las personas individualistas son quienes tienden a comportarse de forma que sus acciones generalmente les resultan benéficas siempre a ellos mismos y poco a los demás, de acuerdo con las investigaciones de Markus y Kitayama (1991) y Triandis (1995) las culturas occidentales tienden a ser individualistas; enfatizan la autonomía personal, la realización personal y la singularidad, en contraste, las culturas que habitan en el continente asiático, específicamente en el oriente y en Europa tienden a ser colectivistas; enfatizan fuertes lazos familiares, cohesión en el grupo y un enfoque en el deber. Sin embargo, las culturas no son estáticas, como sugieren estudios recientes sobre el cambio cultural, Greenfield (2013) señala que los conceptos clásicos de individualismo e interdependencia se adaptan a las condiciones ecológicas y, por lo tanto, están influenciados por estas condiciones, como consecuencia, el cambio ecológico modifica los valores y los comportamientos, cuando cualquier dimensión ecológica se mueve en la dirección de la urbanización, la riqueza o el desarrollo tecnológico, los valores y los comportamientos se vuelven más individualistas y materialistas, ésta hipótesis es altamente aceptada por la comunidad de psicólogos, sin embargo, no existe una explicación única del porque existe un incremento de conductas individualistas, algunas investigaciones, realizadas a pequeña escala y en periodos cortos de tiempo sugieren que los desastres naturales de gran magnitud afectan la interacción que los individuos tienen entre sí, por ejemplo, los estudios de caso de sobrevivientes de desastre (Withey, 1962) sugieren que la ansiedad y el estrés inducidos por las catástrofes en donde hay una cantidad considerable de muertos o de daños materiales provoca que las personas afectadas disminuyan sus relaciones sociales, generándoles dificultad para entablarlas posteriormente, por lo tanto, es posible que un aumento en la frecuencia de los desastres naturales conduzca a un mayor individualismo, sin embargo, otra hipótesis plantea que los

desastres reducen la agencia individual y el sentido de autonomía de las personas y fortalecen su necesidad de confiar en otros cercanos (Triandis, 2009) por lo tanto, un aumento en la frecuencia de los desastres debería promover un mayor colectivismo.

Debido a que estos estudios son realizados a pequeña escala y con en periodos de tiempo muy cortos es complicado obtener una conclusión. Algunos otros estudios realizados en periodos de tiempo más prolongados como el de Greenfield (2013) señalan que el cambio de una sociedad tradicional a una moderna (con niveles más altos de urbanización, secularismo, educación e ingresos) promueve el individualismo, la urbanización en particular se ha propuesto como un componente clave de la modernización en la teoría del cambio social y el desarrollo humano de Greenfield que sostiene que la transición de entornos centrados en la comunidad a menor escala a los entornos más autónomos y complejos de las grandes ciudades fomenta el individualismo.

Por su parte, la teoría de Kohn y Schooler (1969) así como la de Hofstede (1980) señalan que los cambios en el individualismo pueden estar vinculados a factores socioeconómicos, ya que en comparación con las ocupaciones de cuello azul, es decir, de aquellas ocupaciones realizadas por obreros, las ocupaciones de cuello blanco, las realizadas por empresarios, ofrecen y exigen más autonomía y autodirección y una mayor riqueza permite a las personas perseguir sus propios intereses sin consultar o depender de un grupo, para apoyar esta idea, los estudios de Kraus, Piff, Mendoza-Denton, Rheinschmidt y Keltner, (2012) señalan que las diferencias en el estado socioeconómico (comúnmente abreviado como SES, en inglés) están vinculadas a la orientación social de los individuos, individuos con un SES más alto, que corresponde a trabajadores de cuello blanco, se comportan de una manera más individualista e individuos con un SES más bajo, que corresponde a individuos de cuello azul, se comportan de una manera más colectivista, por lo tanto, si la proporción de trabajadores de cuello blanco aumenta en una población, entonces uno esperaría un aumento correspondiente en el individualismo. Aunado

a esto, las conclusiones del estudio de Grossman y Varnum (2015) indican los cambios en la clase social precede el individualismo.

Las investigaciones realizadas por Grossman y Varnum (2015) señalan que el incremento en la vida individualista del hombre es un hecho, para respaldar su afirmación, argumentan que en los últimos 150 años, las familias son cada vez más pequeñas, los trabajos liberales o de oficina han ido en incremento, en contraste con los trabajos de tipo más cooperativo, como los de la clase obrera, este argumento adquiere mayor relevancia al recordar lo señalado por Kohn y Schooler (1969) así como lo dicho por Hofstede (1980) quienes indican que aquellas ocupaciones realizadas por obreros ofrecen y exigen menos autonomía y autodirección, caso contrario a lo que ocurre con las ocupaciones de los trabajos más liberales en donde se es más común perseguir intereses propios sin consultar o depender de un grupo. Además, las investigaciones de Grossman y Varnum señalan que el individualismo no es cosa de jóvenes, no es algo novedoso, sino que se remonta al siglo XIX, los datos demuestran que su crecimiento ha ganado popularidad en los últimos años.

Si bien, estas hipótesis pueden señalar las razones por las que probablemente una sociedad pase a ser cada vez más individualista, es poco probable que el cambio cultural ocurra únicamente a través del determinismo de la "bola de billar", es decir, que un cambio en una variable corresponda a un cambio inmediato en una variable diferente. Es más probable que el cambio cultural sea complejo, lo que implica que una causa puede tardar mucho tiempo en producir un efecto. Por lo tanto, el uso de puntos de datos limitados a períodos de 20 a 30 años (que ha sido típico en la investigación sobre el cambio cultural hasta ahora) puede ser insuficiente.

Muchas de las conductas pueden ser etiquetadas como buenas o malas, dependiendo de quién observe y de las valoraciones que se hagan del comportamiento que se observa, de este modo, el tema del individualismo es muy complejo, debido a que cumplir con los requisitos para serlo no corresponde automáticamente a intentar estar por encima de los demás o con buscar siempre el beneficio propio sin importar el de las otras personas; hay una gran cantidad de

cualidades que pueden ser nombradas como *positivas* o *buenas* que surgen del individualismo, alguien que gusta de estar solo y que eso le ayuda buscar su propio desarrollo como persona entra en esta categoría, al igual que alguien que intenta depender menos de los demás y confiar más en sí mismo, sin embargo, en existe su contraparte, quien busca conseguir algo a costa de la libertad de otro o quien no toma en cuenta las consecuencias de sus actos para con los demás, cae en esta categoría, y es en este punto en donde se puede trazar una línea que conecte con dos puntos importantes de este trabajo: el individualismo y la empatía, claro está que no todo ser individualista carece de ésta última, es más, un individuo que cae en prácticas individualistas (en prácticas negativas o mal vistas por la sociedad) tampoco vive con una falta para comprender la experiencia de los demás, simplemente que, éste último muestra muy poco interés en desarrollarla, se coloca en una posición en donde ayudar a otros no es una práctica común dentro de su repertorio, y son esos casos los que se buscan analizar en lo que resta del presente trabajo, aquellos en donde la práctica de la individualidad es inversamente proporcional a la práctica empática.

5. LA RELACIÓN ENTRE LA EMPATÍA Y EL INDIVIDUALISMO

Como propósito de este último capítulo, se pretende realizar un análisis relacional entre los dos conceptos que han sido desarrollando en capítulos anteriores. Ya se habló del concepto de individualismo, el cual es definido por Morales, López y Vega (1992, citado en Páez y Zubieta, 2004) como el conjunto de creencias, valores y prácticas culturales en el que los objetivos individuales predominan sobre los grupales; también se hizo mención de las distintas acepciones que se le han atribuido en diversas disciplinas, pues el concepto se ha empleado en áreas como la filosofía y la política, evidentemente este trabajo lo retoma desde una perspectiva psicológica, muchos de los investigadores que se han especializado en el tema han encontrado en él, una diversidad de perspectivas desde las cuales puede ser abordado, por ejemplo, Markus y Kitayama (1991) señalan algunas características positivas en países con predominancia individualista, en esos lugares, las personas tienden a ser autosuficientes, sus derechos tienden a tener mayor prioridad y las personas a menudo ponen un mayor énfasis en sobresalir, valoran mucho su independencia, de hecho, su contraparte, la dependencia, es a menudo vista como algo vergonzoso; por su parte, Steven Lukes (1975) indica que para algunas personas, el resaltar su individualidad por encima de la de los demás, corresponde a ciertas ideas peligrosas, pues generalmente, quien cumple con esta característica, muestra a menudo actitudes egoístas, ésta es una de las acepciones más populares, indicar que alguien es individualista es, en muchas ocasiones, sinónimo de egoísmo.

En contraste, autores como Fiske, Kitayama, Markus y Nisbett (1998) aluden que quien otorga primacía a su persona no necesariamente es egoísta, competitivo o materialista. Más bien, sus conductas están orientadas a buscar su propio desarrollo como ser humano, poniendo en primer lugar, aspectos de su propia persona, para luego formar parte y contribuir a la interdependencia de su propio grupo. Esta visión es un tanto compatible con lo indicado por Ester, Halman y De

Moor (1994) quienes definen el proceso de individualización como la autonomía creciente de los individuos al momento de desarrollar sus propios valores y normas; de este modo, el avance de una persona hacia la individualización la conlleva al desarrollo de valores y por consiguiente a la autorrealización⁷, por tanto, el resultado será beneficioso no sólo para la persona, sino también para la sociedad.

Es importante mencionar lo dicho por Waterman (1981), quien sostiene que tomar únicamente visiones negativas supone pasar por alto dos aspectos que considera importantes. El primero de ellos es que la investigación psicológica ha descubierto valores individualistas que llevan consigo consecuencias no negativas, sino al contrario, beneficiosas para las sociedades, tales como una mayor búsqueda en la autorrealización, un mayor reconocimiento y aprecio en las cualidades personales, un mayor locus de control interno y un razonamiento moral basado en principios personales, esto es, que la persona puede no ser tan dependiente de la opinión que los demás emiten. El segundo punto que señala Waterman, es que individualismo y la interdependencia no tienen por qué ser incompatibles. Si bien las investigaciones muestran que mientras en el individualismo las necesidades particulares son lo más importante, y la interdependencia se define como el conjunto de relaciones recíprocas que se establecen entre diferentes personas en donde prevalece una relación de dependencia mutua y equitativa, donde todos los individuos involucrados son lo más importante, existen ocasiones en donde una persona que actúa en pro de su propio interés está motivada para unirse con otras personas que tienen deseos compatibles, de modo que al trabajar por sus intereses comunes, todos pueden aumentar la probabilidad de lograr la calidad de vida que cada uno desea.

⁷ El término *autorrealización* es sumamente complejo en el ámbito psicológico. Su popularización se dio de la mano de Abraham Maslow, quien lo publicó en su trabajo al que denominó *Jerarquía de las necesidades humanas*. En ella, coloca a la autorrealización como la categoría más alta dentro de cinco distribuidas de abajo hacia arriba de una pirámide, esta última categoría a la que una persona puede acceder, Maslow la describe como el crecimiento y desarrollo del máximo potencial propio, lo que a su vez conlleva el superar las barreras que puedan existir, a la par de vivir centrándose en el momento presente con una máxima plenitud (Maslow, 1954).

La cooperación entre personas puede desarrollarse no sólo para obtener bienes y servicios materiales, como los médicos, los alimenticios, los de comunicación o los educativos, sino también para la adquisición de aquellos considerados no materiales, que en algunos casos se derivan de los primeros, como es el caso de la educación, la salud, los derechos que protegen la vida o la seguridad, éstos últimos poseen valor debido a que se comparten y preservan gracias a las interacciones de individuos; de hecho, si se retoma el concepto de la *jerarquía de las necesidades humanas* (Maslow, 1954) es sencillo notar que, los tres primeros niveles están dedicados a las necesidades biológicas (en el nivel 1) y en este nivel se incluyen las de carácter biológico, como la salud, que deriva en parte, de la correcta aplicación y función de los servicios médicos; las de seguridad (nivel 2) que incluyen aspectos relacionados a la estabilidad, la certeza y la certidumbre que otorga el trabajo o el hogar y en tercer lugar (nivel 3) los de aflicción, en esta etapa ya se puede hablar del individuo que desea integrarse en colectividad, en donde el esquema social es el componente principal, aspectos como la amistad o el compañerismo son fundamentales para conformar tal esquema, demostrando lo que anteriormente se dijo, la cooperación no solo se lleva a cabo para la obtención de entes materiales, sino también la de aquellos que se pueden catalogar como inmateriales.

Es inevitable hablar de la consumación de lo inmaterial sin hacer referencia al concepto de empatía, que tiene como base principal el que en ella existe una comprensión de la experiencia de la otra persona, es difícil plantear la idea de la preservación de los valores, por ejemplo, en un grupo en donde sus integrantes no buscan comprender las necesidades de los demás, en un grupo así, la tolerancia sería una práctica muy poco común, lo mismo sucedería con la cooperación, sin embargo, en muchos grupos sociales este tipo de practicas ocurren, tal vez no al nivel en donde hay una nula empatía (porque de ser así, no se podría hablar de una civilización ni de una cohesión social) pero sí en niveles que muchas veces no permiten seguir desarrollando un sentido de mayor solidaridad. Es importante resaltar que la empatía no se presenta de la misma forma en diferentes situaciones, cuando una persona ayuda a sus padres, posiblemente se muestre con una mayor

disposición en comparación a cuando ayuda a una persona que no pertenece a tal grupo, la familia, eso no quiere decir que no exista empatía, por supuesto que la hay, pero la tendencia de ayudar a alguien extraño puede ser etiquetada como “menor” si se le compara con aquella tendencia de ayudar a sus familiares, Hoffman (1990) denomina al conjunto de factores que entran en juego al momento de empatizar con alguien como *parcialidad*.

Existen pues, momentos en donde hay una tendencia a actuar de forma más empática con los demás, en esas ocasiones hay una mejor comunicación, un mayor apoyo o un nivel de comprensión más efectivo, por el contrario, en aquellos momentos en donde empatizar puede resultar complicado, las relaciones que establecen los individuos se ven mermadas, afectando diversos aspectos, como los vínculos interpersonales, lo que dificulta establecer relaciones favorables con los demás (este tema sí está relacionado directamente con aquellos aspectos que autores como Lukes (1975) resaltan del individualismo *negativo*); así como la comunicación y la comprensión, lo que en ocasiones implica dificultad para llegar a un acuerdo, resolver conflictos o respetar la opinión de los demás. Una persona está expuesta a experimentar conflictos derivados de momentos en donde las diferencias sean muy notorias e impidan compartir el sentir de los demás, sin embargo, es justo en estas ocasiones en donde los partícipes podrían de hacer uso de la interdependencia autónoma, que no es más que la mezcla de independencia y sociabilidad, la cual podría ayudar a solventar algunos conflictos.

Por su parte, la relación que establecen los dos temas anteriores con la psicología social, es apoyada por diversas investigaciones empíricas, que establecen que existe evidencia de cómo los elementos que caracterizan a la individualidad en los actores que componen la sociedad circunscriben la dinámica interpersonal, al respecto, los trabajos más sobresalientes son los de Geert Hofstede (1980), quien realizó un estudio considerado parteaguas en la forma de abordar el tema de la cultura desde la psicología, la finalidad de su investigación fue conocer cuáles eran los valores culturales de cincuenta países, de acuerdo a lo obtenido, la cultura de un país tiene una tendencia de comportamiento, esto no

quiere decir que todos los miembros de un país se conduzcan igual por la vida, sino que la gran mayoría tiene y mantiene conductas que son similares, de entre las categorías marcadas por el autor, el del individualismo-colectivismo dio origen a un número considerable de estudios posteriores, que pretendían conocer la influencia de la cultura en el comportamiento individual, de acuerdo con Hofstede, la forma de ser de una generación tiende a compartirse y a replicarse en las generaciones siguientes. Por tanto, en aquellos países con un marcado individualismo, aspectos como la empatía pasan a segundo plano, se siguen llevando a cabo, por supuesto, pero no juegan un papel protagónico como en las culturas colectivistas.

En contraste, Rifkin (2010) mencionan que en aquellas sociedades en donde existe un elevado grado de individualismo y expresión personal, hay niveles más altos de extensión empática, porque, la individualidad conduce a mayores cotas de confianza y franqueza con los demás y a una mayor tolerancia hacia quienes son diferentes. Cuando uno se siente seguro consigo mismo y es más libre para controlar su propia conducta, es probable que se muestre menos temeroso hacia los demás y es menos probable que considere una amenaza a cualquier persona situada fuera de su círculo inmediato de parientes. De hecho, la emancipación respecto de los estrechos vínculos comunales y el desarrollo de vínculos asociativos más débiles, pero también más amplios, expone al individuo a una red mucho más amplia de personas que, a su vez, contribuyen a reforzar el sentido de confianza en uno mismo y la franqueza, y ofrecen el contexto necesario para el desarrollo de una conciencia empática más amplia. Una de las presuposiciones a las que llega Rifkin es que *la seguridad individual aumenta la empatía*.

La realidad es que en toda cultura, desde la más pobre de todas hasta la más rica, la necesidad de afecto, compañía y pertenencia es sumamente importante. He ahí la razón por la que todas las sociedades de la historia han elaborado complejos rituales para establecer vínculos de fraternidad y han utilizado el destierro para castigar a los malhechores. La empatía existe en todas las culturas. La cuestión es hasta qué punto es amplia o limitada. En las sociedades basadas en la idea de supervivencia, los vínculos empáticos están menos desarrollados, son más escasos

y se reservan para una categoría muy limitada de relaciones, mientras que en las culturas tradicionales, la extensión empática está tradicionalmente confinada a las relaciones entre padres e hijos, las relaciones entre hermanos u otros parientes cercanos.

Otro punto importante que debe ser señalado es que, en aquellas culturas colectivistas⁸, el desarrollo de la empatía es más notorio, por lo que es menos común que sus integrantes enfrenten problemas relacionado a la baja presencia de ésta, después de todo, forma parte de una de las características principales de sus integrantes. En contraste, su categoría opuesta presenta un mayor número de problemas, pues en muchas ocasiones los habitantes ven como algo normal la baja presencia de conductas de cooperación y ayuda, y al saber que promueven la independencia y resaltan intereses y necesidades propias por encima de la de los demás, es comprensible el porqué de un bajo protagonismo de empatía. Los intentos que se han realizado para fomentar y promover el desarrollo de ésta en este tipo de sociedades han sido vastos y variados, principalmente en la dimensión educativa, dirigida a facilitar el desarrollo del juicio moral y la madurez empática. De acuerdo con Peters (1984) y Rest y Thoma (1986) el desarrollo del juicio moral puede estimularse mediante la provocación del conflicto y mediante la asunción de la perspectiva del otro, es así que mediante la creación de una situación conflictiva el sujeto puede percibir progresivamente la necesidad de recurrir a formas superiores de razonamiento para poder resolver el conflicto, así como también estimulando al sujeto a salir de sí mismo y colocarse en el lugar del otro para

⁸ En su estudio del 1980, Hofstede, hace uso de la estadística para cuantificar seis diferentes dimensiones culturales, en el caso particular del individualismo, el autor calcula el nivel que existe en distintas naciones, sus resultados arrojan notables diferencias entre países que comparten límites geográficos como el caso de Argentina que tiene un nivel de 46 puntos en contraste con Chile que alcanza los 23 puntos. En general se puede decir que muchos países de Latinoamérica tienen niveles que los hacen ser considerados como países colectivistas, como Venezuela (12 puntos), Panamá (11 puntos), Guatemala (6) o Costa Rica (15 puntos) mientras que varios países anglosajones presentan una puntuación elevada, lo que los convierte, estadísticamente en países individualistas, ejemplos de estos países son Estados Unidos de Norteamérica (91 puntos), Canadá (80 puntos) o el Reino Unido (89 puntos); algunos otros países con notable nivel de colectivismo son Pakistán (14 puntos), Indonesia (14 puntos) y Mozambique (15 puntos). La organización de asesoría y análisis de cultura y estrategia con nombre Hofstede Insights (2020) posee un dominio en internet en donde es posible consultar datos obtenidos de los estudios del psicólogo social y antropólogo Geert H. así como de estudios posteriores.

encontrar las soluciones más justas. De acuerdo con Eisenberg, Fabes, Miller, Fultz, Mathy, Shell y Reno (1989) y Feshbach y Feshbach (1982) en algunos otros programas de intervención los objetivos principales se centran en desarrollar la capacidad de reconocer y compartir los sentimientos de otra persona. Se trata de que el sujeto ante una situación concreta reconozca lo que el otro está sintiendo y comparta su experiencia emocional; la práctica educativa se centra en tomar la perspectiva del otro y en analizar los sentimientos que aparecen en situaciones concretas, orientando progresivamente dichos sentimientos «hacia el otro» y analizando las consecuencias comportamentales y emocionales que se pueden derivar de una respuesta empática o la ausencia de la misma, en esos programas, el supuesto del que se parte es que la respuesta empática es la que moviliza las conductas prosociales de prestación de ayuda o apoyo.

En el caso particular de México el programa *Construye-T* impulsado por la Secretaría de Educación Pública y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, está dirigido a estudiantes de educación media superior y su objetivo es *desarrollar las habilidades socioemocionales de las y los jóvenes a través de actividades didácticas, deportivas y culturales*, a su vez, este programa cuenta con diversas herramientas diseñadas para que las personas puedan *entender y regular sus emociones, sentir y mostrar empatía por los demás, establecer y desarrollar relaciones positivas, tomar decisiones responsables, y definir y alcanzar metas personales* (Secretaría de Educación Pública, 2020). Muchos psicólogos y pedagogos confían en que este tipo de estrategias, implementadas de forma adecuada podrían garantizar un desarrollo de la empatía más efectivo, trayendo como consecuencia un gran número de beneficios, comenzando por los generados en ambientes estudiantiles, que son los lugares en donde se aplican los programas pero también, en ambientes socialmente más amplios, como los laborales o los comunitarios, en donde eventualmente aquellos jóvenes que hoy son parte de este programa, pasarán a formar parte de un porcentaje importante de habitantes en la sociedad futura.

5.1 La sobreposición a los límites de la empatía

Cuando los medios informativos publican notas referentes a los altos índices de violencia, al incremento en los niveles de criminalidad o cuando algún medio impreso publica un estudio que deja ver características negativas de las sociedades actuales es cuando las personas contemplan a la falta de empatía como un factor causante, factor que, de ser trabajado, posiblemente combatiría aquellas características negativas y con ello se mejora, de alguna forma, los estragos sociales actuales. Los expertos no tienen duda alguna sobre cómo los procesos relacionados con la empatía motivan el comportamiento prosocial, inhiben la agresión, mejoran la competencia, el razonamiento social y permiten salir del autocentramiento⁹ para ver el mundo desde puntos de vista más amplios. Entonces, se podría afirmar que efectivamente, un desarrollo en la empatía tendría una consecuencia favorable sobre algunos problemas de índole social; sin embargo, como se mencionó en el capítulo 3, ésta presenta algunos problemas para ser efectuada eficientemente y uno de estos problemas tiene que ver con la moralidad de las sociedades y por supuesto, con la moralidad de los individuos, pues como señalan Levine, Prosser, Evans y Reicher (2005), los seres humanos han trascendido los límites biológicos y han creado estructuras sociales simbólicas que recogen principios morales, éstos son variables intervinientes que provocan que el camino de la moralidad a la empatía (o de la empatía a la moralidad) no sea impecable, de igual modo como menciona Hoffman (1990) y como mencionan Echols y Correll, (2012) el comportamiento prosocial está modulado por el grado de afiliación y las preferencias son extensivas hacia los miembros del propio grupo y

⁹ El concepto de autocentramiento tiene sus orígenes en el psicoanálisis y la psicología humanista, se define como la tendencia a focalizarse o centrar la atención en uno mismo, independientemente de los deseos y necesidades de las personas del entorno, el autocentramiento se produce en personas, pero también en grupos con notables delimitaciones, como sucede con las sectas, los grupos religiosos o los partidos políticos; cuando se habla solamente de una persona se refiere a esta como *autocentrada* mientras que en el caso de los grupos sociales se denomina *autocentramiento social* (Abuín, 2013). La focalización en uno mismo puede notarse en dos tipos de autocentralización, una forma extrema y elevado en una persona es a menudo, denominada *narcisismo*, mientras que el *servilismo desvalorizante* es la ausencia o intensa disminución de autocentramiento. El uso del término autocentramiento en este texto no remite a ninguno de los dos tipos antes mencionados, sino más bien, a la tendencia de focalización de cada individuo en sí mismo donde los intereses de los demás son dejados de lado.

en mucho menor grado hacia los otros, las preferencias que hay en las personas para ayudar o no ayudar o para beneficiar o perjudicar a alguien están influenciadas por prejuicios personales; sin embargo, y esto es lo más relevante, no existe una limitación permanente para el desarrollo de la empatía, ésta puede trascender y llevarse a cabo entre miembros de grupos muy distintos, por citar sólo un ejemplo, el trabajo de Malhotra y Liyanage (2005) consistió en aumentar la empatía entre dos grupos étnicos muy diferentes, ambos investigadores trabajaron con los grupos por separado y posteriormente, con ambos grupos juntos, en un taller de cuatro días, los participantes eran personas de entre 18 y 21 años quienes asistieron a talleres de minilecturas, actividades recreativas y a la exploración de otras aldeas multiétnicas, esta intervención, permitió que, luego de un año, los participantes mostraran aumento de empatía, la cual perduraba en el tiempo, demostrando así, que el componente afectivo de la empatía se puede ampliar fuera del propio grupo, cuando se pide a personas que ayuden a un miembro de un colectivo externo al que consideran *muy diferente*¹⁰, se puede conseguir tal desarrollo y esta capacidad no sólo se da en esa persona, sino que se generaliza a todo su grupo social. Precisamente ese es uno de los objetivos de los programas empleados en escuelas, que el desarrollo empático se dé en un grupo social y no solo en algunos cuantos individuos y que además perdure en el tiempo.

Así como las investigaciones de Malhotra y Liyanage muestran que es posible sobreponerse a los obstáculos que pueden existir al momento de ayudar a personas ajenas al círculo social propio, existen muchas otras investigaciones similares que buscan eliminar o reducir aquellas limitaciones, intentando demostrar que los humanos pueden actuar a menudo de manera prosocial hacia extraños y extender la preocupación más allá de los parientes o del propio grupo social. En el curso de la historia, las personas han ampliado la gama de seres cuyos intereses

¹⁰ En el estudio de Malhotra y Liyanage, los dos grupos étnicos que comparten territorio, los Wanniyala-Aetto y los Tamil Eelam presentan, históricamente diferencias respecto a sus creencias pero sobre todo, grandes contrastes político-ideológicos como consecuencia de la implementación del mandato británico de 1948, desde entonces y hasta finales del siglo XX existía una gran tensión, llevando incluso a la formación de grupos militares (Minority Rights, 2018). Demostrando que la interacción entre grupos en conflicto es a menudo un componente importante de los programas de educación para la convivencia.

valoran como valoran los suyos, desde la descendencia directa hasta los familiares, los afiliados y, finalmente, los extraños (Singer, 1981). Tal capacidad de ayudar y cuidar a personas desconocidas a menudo se considera un comportamiento complejo que depende de altas capacidades cognitivas, modelos sociales y transmisión cultural (Levine, Prosser, Evans y Reicher, 2005). Las respuestas intuitivas motivadas por la empatía emocional pueden afectar negativamente la capacidad de tomar decisiones racionales, si bien, en la gran mayoría de las ocasiones, las personas, desde su perspectiva de vida, intentan tomar buenas decisiones, esto no siempre es sencillo, la situación desfavorable por la que puede estar pasando algún allegado y el deseo por mejorarla puede afectar la capacidad de ver los posibles impactos de las acciones propias; sin embargo, considerar estos impactos requiere mucho más que empatía y un deseo de hacer el bien; requiere de la toma de conciencia de los prejuicios propios y de esfuerzos para combatir sus efectos, hacer el bien real, en lugar de hacer lo que se siente bien, requiere lidiar con problemas complejos y tener en cuenta la explotación de intereses competitivos, a veces maliciosos y codiciosos. La conclusión no es que no se debe dar, sino que se debe dar de manera inteligente, con la vista puesta en las consecuencias.

Es normal que en muchas de las situaciones cotidianas en donde se hace uso de la empatía para la mejora de alguna situación, el uso que se le da no es el más adecuado, pues a menudo no se tiene en cuenta la imagen más amplia, es complicado formar conexiones empáticas genuinas, si bien en muchas de las ocasiones se necesita de la amabilidad y la compasión, los aspectos negativos de la empatía emocional a menudo superan a sus aspectos positivos. Una posible alternativa que puede mejorar este aspecto es el confiar en la capacidad de razonar y controlar las emociones, algo que a menudo se denomina *inteligencia emocional*, tema del cual se han realizado cientos de investigaciones y cuya premisa principal es entender de qué forma se puede influir de un modo adaptativo e inteligente tanto sobre las emociones propias como en la interpretación de los estados emocionales de los demás, este aspecto de la dimensión psicológica humana tiene un papel fundamental tanto en la manera de socializar como en las estrategias de adaptación al medio que se toman.

La idea de que la naturaleza humana tiene dos facetas opuestas: emoción y razón, es una de las teorías psicológicas más antiguas y resistente de todas, pero estos dos aspectos no están inherentemente separados en la práctica, ambos pueden funcionar al mismo tiempo, de hecho, lo hacen constantemente, siempre se tienen reacciones emocionales, pero en promedio la toma de decisiones es mejor al aumentar la capacidad de razonar y una manera de hacerlo, es centrarse en mejorar el autocontrol, el cual puede tomarse como la encarnación más pura de la racionalidad, restringiendo deseos impulsivos, irracionales o emotivos.

Desde una perspectiva ética basada en resultados, la empatía es importante debido a su capacidad de proporcionar conocimiento sobre cómo la acción de uno podría afectar una situación dada, aunque representa un poderoso mecanismo a través del cual uno puede aumentar tanto la preocupación por los demás como también la propia, lo que significa que, encaminada de forma correcta, serviría como un catalizador para la cohesión grupal. Superar los obstáculos que existen alrededor de ella, es posible, a través de la intención individual y los programas que fomentan el contacto entre grupos. De esta forma y en conjunto con las capacidades de razonamiento la convierte en más que una simple herramienta para mejorar la relación y la armonía grupal. Un sentido de empatía podría trasgredir varias normas éticas, creando de nuevo, problemas similares a los de la parcialidad; debido a que la empatía no siempre corresponde a un juicio o acción moralmente apropiado, si el juicio motivado por la empatía es moralmente correcto o incorrecto depende de las circunstancias, pues existen ocasiones en las que la empatía da como resultado la ejecución de actos que son moralmente negativos; a diferencia de las muestras de empatía, las cuales pueden ser llevadas a cabo de forma muy similar en regiones diferentes del mundo y pueden ser bien recibidas, las valoraciones morales pueden cambiar drásticamente entre regiones que comparten límites políticos creando así una discordancia entre empatía y valoraciones morales. Cuando hay compatibilidad entre ambos elementos surge una solidificación en las redes de relaciones humanas, dando pie a una serie de mejoras individuales y por ende, grupales.

Y dicha solidificación permite el desarrollo de conductas prosociales hacia los demás. Załuski (2017) argumenta que la *empatía perfecta* consiste en la suma de la *empatía cognitiva* que básicamente es la comprensión de las distintas razones que pueden llevar a una persona a sentirse como lo hace, es entender el porqué del sentir del otro; la *empatía afectiva*, que corresponde a la emisión de respuestas similares por parte de quien percibe la situación, esto es por ejemplo, cuando una persona siente enojo al escuchar la historia de abuso por la que un grupo de individuos pasó, o cuando siente alegría al enterarse del ascenso de puesto que su amigo obtuvo, ambos tipos de empatía en conjunto, adquieren la forma más común y más aceptada de *compartimiento* y *contagio* de emociones y sentimientos.

A esta combinación de dos empatías, Załuski las denomina *truncada*, la principal característica es que en la mayoría de las ocasiones no se apoya de reglas morales. Una persona que muestra estas dos formas de empatía exhibe sensibilidad a los sentimientos de la otra persona, y esta sensibilidad es valiosa en sí misma, pero, como se mencionó anteriormente, si no se apoya en el conocimiento de las reglas morales es probable que conduzca a acciones impropias. Es importante mencionar que también se pueden alcanzar comportamientos encomiables y que la forma moralmente reprensible de la empatía truncada es la combinación de lo cognitivo con la ausencia de lo afectivo; es decir, la combinación de la capacidad de reconocer las emociones de la otra persona con la incapacidad de reaccionar a ellas. Esta mezcla generalmente se le atribuye a la psicopatía, pues normalmente quien es catalogado como psicópata manifiesta una dificultad o una nula manifestación de emociones; sin embargo, como menciona Baron (2011) el psicópata, aparte de mostrar esta combinación, debe ser, *moralmente negativo*, lo que implica algún tipo de profunda indiferencia a las reglas morales y/o al bienestar de otras personas; y es precisamente este último elemento, el que Załuski (2017) nombra *tendencia de acción*, el cual es la tendencia a emprender un comportamiento éticamente adecuado, por ejemplo, ayudar o consolar como resultado de la respuesta emocional a las emociones de los demás, dicho de otro modo, es la respuesta que se espera y que se valora como positiva, luego de conocer el sentir de la otra persona; escuchar y dar soporte emocional a una víctima

de secuestro; entusiasmarse y celebrar el logro académico de algún familiar, consolar y ofrecer apoyo a algún amigo luego de la pérdida de un ser querido o molestarse y buscar soluciones ante el problema legal por el que pasa un conocido son solo algunos ejemplos de la tendencia de acción y que complementan la triada de elementos para conformar una empatía perfecta.

Lo anterior guarda estrecha relación con lo dicho por Hoffman (1992) quien señala que debe haber un paralelismo entre los sentimientos y afectos con los pensamientos, los principios morales y las tendencias comportamentales, pues durante el desarrollo de un individuo, los afectos empáticos se van asociando significativamente con los principios morales, de modo que cuando surja un afecto empático en un encuentro moral, éste activará los principios morales, de este modo, los principios, junto con el afecto, podrán guiar el juicio moral, la toma de decisiones y la acción del individuo. En algunos casos la secuencia puede quedar invertida: el principio puede activarse primero y luego, provocarse su efecto empático asociado.

Sin duda, el término propuesto por Załuski es una capacidad altamente deseable, ya que combina una sensibilidad hacia los estados emocionales de los otros con la conciencia aguda de las reglas morales que rigen el comportamiento social, ser consciente de las normas que rigen la interacción entre individuos permitiría responder de un modo que podría ayudar a tomar determinadas acciones como resultado de la respuesta empática a los sentimientos de otras personas, permitiendo orientar las conductas negativas hacia conductas más positivas. Este tipo de acciones están presentes en la vida diaria de las personas, incluso en aquellas situaciones en donde no es posible señalar que exista empatía, pues está claro que ésta no es necesaria para la acción moral, un individuo puede fácilmente identificar a una persona que no se muestra empática pero que sigue estrictamente las reglas sociales y por lo tanto emprende acciones morales, pero hay que admitir que la empatía proporciona una motivación especialmente fuerte para emprender conductas prosociales, que está de más decir, son en su mayoría positivamente morales, y es por eso que el tema de las normas socialmente establecidas que rigen la interacción de los miembros de una sociedad es altamente relevante.

5.2 La inseparable relación empático-moral

Muchos investigadores conciben a la empatía como la base sustancial a partir de la cual un individuo puede experimentar sentimientos y emociones, luego de concebir el sentir del otro individuo, es imposible hablar de la comprensión de la experiencia del otro con ausencia de empatía; toda vez que hay un sentimiento o una emoción hay importantes efectos motivacionales en el ámbito moral. Por citar solo algunos ejemplos, se puede mencionar que en aquellas situaciones en donde se percibe a la víctima de una agresión, las personas que se encuentran alrededor y que tienden a empatizar, muestran compasión por quien es agredido; y muy probablemente, se muestre indignación o cólera hacia aquella persona que lastima a la otra. Ahora, cuando el propio observador se percibe a sí mismo como agente causal del dolor se crea sentimiento de culpa¹¹. Mientras, cuando se percibe un fuerte contraste entre la situación de la víctima, sobre todo si ésta se considera inmerecida, y la situación privilegiada de otros, la respuesta puede transformarse en cólera hacia esos privilegiados. La situación puede ser diferente, y diferente será también la emoción resultante, entran en juego diversos factores como los miembros involucrados, la relación que se guarda con ellos, el contexto de la situación, el papel que juega el observador y por supuesto, la moral del involucrado. Por lo que respecta a las atribuciones subyacentes en esas reacciones emocionales, es importante tener en cuenta que a medida que las claves situacionales son más ambiguas, dichas atribuciones tienden a verse más influidas por factores personales y culturales.

A las emociones producidas por las situaciones vividas, hay que agregar el elemento moral, retomando la propuesta hecha por Załuski, sobre la *empatía perfecta*, ésta implica un sentido de justicia, o más generalmente, el conocimiento de normas, que especifican en qué circunstancias una emoción de tristeza o alegría es *justificable*, y qué acción es éticamente apropiada en una situación dada. Así, las formas para coordinar la apreciación de un evento con las respuestas sociales

¹¹ Hoffman (1990) la define como culpa interpersonal o verdadera, de acuerdo con el autor, tiene su origen en la conjunción de la reacción empática ante el sufrimiento ajeno y la conciencia de ser el agente causal de dicho sufrimiento.

valoradas como positivas pueden resultar complicadas pues en muchos casos resultan en acciones bien intencionadas, pero moralmente impropias. De esta manera, sería ideal que se combinara una sensibilidad emocional hacia los demás con la conciencia aguda de las reglas morales.

Esta combinación marca la unión de dos componentes sustanciales, por un lado, una persona no puede empatizar genuinamente sin antes reconocer el estado de la otra persona como la de un ser autónomo e independiente, esta tendencia representa una de las más bellas idiosincrasias de la humanidad, la profunda y ampliamente sentida compasión por otros seres; por otra parte, la acción ética, no es intrínseca a los humanos, se adquiere a través de la convivencia y el desarrollo personal. Sin una consideración activa de la justicia, la empatía no puede trascender y precisamente, ese es uno de los retos que hay en cada oportunidad en la cual es posible ser empático con los demás. Si bien la moralidad de cada persona puede ser muy distinta, existe una moralidad colectiva que más o menos está orientada a la mejora de las relaciones sociales, ambos elementos, pueden trabajar en conjunto, dando origen, al comportamiento prosocial, al cumplimiento de las reglas sociales y a la participación en comportamientos altruistas, facilitando el desarrollo de la competencia social y mejorando la calidad de las relaciones significativas, en conclusión, la moral humana puede estar firmemente anclada a las emociones sociales con empatía en su núcleo.

De este modo, con el trabajo realizado en los vínculos sociales es posible favorecer la relación que hay entre las personas, como mencionan Levine, Prosser, Evans y Reicher (2005) los seres humanos han podido trascender la biología y crear estructuras sociales simbólicas que recogen principios morales universales, como son los Derechos Humanos o la Corte Penal Internacional. Para ampliar el cuidado a otros, al ecosistema y a futuras generaciones, se requieren comportamientos complejos que involucran altas capacidades cognitivas, modelaje social y transmisión cultural.

La empatía requiere, además, de un trabajo constante que permita desarrollar niveles de respuesta más solidarios con los demás, no se trata solo de

decir que ésta se tiene y se debe dejar como está, diversos estudios e investigaciones muestran que puede trabajarse y crear de este modo, formas que permiten superar las limitaciones que a menudo presenta. La razón es uno de aquellos elementos que pueden ayudar a su desarrollo pues como se dijo anteriormente, las respuestas empáticas son muy sensibles a la visión que se tiene de los otros, si ésta cambia, cambia la reacción afectiva. Se trata, además, de subrayar la común humanidad que existe en las personas, especialmente en aquellos grupos que resultan más ajenos.

Retomando el tema de las emociones en la emisión de juicios de valor hacia los demás, es común escuchar que, distintas emociones que se oponen en diversos grados a la empatía como el miedo, el asco, el desprecio o la lástima son naturales e inevitables, y de las cuales, no se puede tener control; sin embargo, éstas pueden ser modificadas. Es una idea muy aceptada decir que las personas son responsables de sus acciones, pero no de sus emociones, pues estas últimas son algo que suceden y que no se escogen, empero, esto no es del todo cierto, efectivamente, una persona no elige lo que siente en un primer momento, pero, en cierto modo, o mejor, a largo plazo, sí es responsable de lo que siente, es responsable de como toma aquello que le sucedió. Porque las emociones no surgen de la nada, no es casual que ciertas personas sientan asco, odio, miedo, lástima hacia determinados grupos o personas que tiene ideas muy diferentes a las suyas, lo que una persona siente, depende en gran medida de cómo percibe la situación y ello, a su vez, depende en gran medida de sus propias valoraciones. Si cambia la percepción que se tiene de los demás muy probablemente cambie la orientación que le da a sus sentimientos. De este modo, es posible trabajar con las personas para que ellas aprendan a encaminar de un modo diferente sus emociones, aunque éste sea un trabajo que, desde luego, exige tiempo y esfuerzo. La anterior aseveración está apoyada por una gran cantidad de evidencia en psicología, comenzando por los resultados dados luego de acudir a terapia psicológica, el argumento de que las emociones y sentimientos son inmodificables es errado, por supuesto, el cambio requiere de una autocrítica, para que la persona sea capaz de

ver lo que subyace en sus propios sentimientos, desde una perspectiva ética y con intención para modificar ideas preconcebidas y cambiar su forma de percibir al otro.

Como resultado del análisis es importante resaltar que si bien, el individualismo es una centralización de la individualidad de cada integrante de un conglomerado, no siempre conlleva una carga puramente negativa, como menciona Waterman (1981), la investigación psicológica ha descubierto valores individualistas beneficiosos para las sociedades, tales como una mayor búsqueda en la autorrealización, un mayor reconocimiento y un aprecio en las cualidades personales, así como un razonamiento moral basado en principios personales. Aunque como se pretendió al inicio de este trabajo, se retomaron en mayor medida aquellas características negativas, pues son estas las que predisponen una mayor complicación durante la interacción social, de modo general es posible identificar factores que ocasionan una tendencia a comportamientos de este tipo, con ayuda de las investigaciones de Hofstede, es posible afirmar que aquellas naciones desarrolladas y con un nivel muy marcado de capitalismo conforman un terreno abonado para que en las relaciones entre los individuos florezcan el espíritu de posesión, egoísmo e individualismo exacerbado, la situación en estos países se complejiza más cuando la disposición de sus integrantes para interesarse en el sentir de sus homólogos es notablemente decreciente, llegando incluso al punto en donde se desconfía de la de los demás, y se busca el propio bienestar aunque haya que pasar por encima del bienestar de los demás, algo así como un campo de batalla simbólico. La constante práctica de dichos comportamientos, genera costumbres en sus practicantes, a tal grado que le es complicado notar sus conductas egoístas y calificarlas como tal, eso, constituye una complicación más para la intervención en situaciones donde los actores participes se niegan a ceder y aceptar el derecho que los otros tienen.

Por su parte, las intervenciones de especialistas para la resolución de conflictos ha dejado claro que es posible generar disposiciones para que los seres humanos desarrollen conductas que no solo les sean benéficas en lo individual, sino más en lo colectivo, dejando claro que se puede redireccionar la orientación de los

actos que los protagonistas tienen, el trabajo de estos especialistas radica en la inducción a niveles *físicos* e *intangibles*, los primeros están orientados a la generación de espacios en donde sea posible proceder con mayor amplitud hacia las necesidades ajenas, intentando dejar en claro la relevancia del papel de los distintos individuos en las actividades esenciales que impulsan a la sociedad y es en ese punto en donde las conductas prosociales entran en juego, una sociedad en donde las conductas de este tipo son tendencia, marcan en gran medida, una mejora de las interacciones individuales, rompiendo con el esquema del hermetismo. Por su parte, los niveles intangibles son, lo que comúnmente se denomina valoración que tiene su raíz en la dictaminación social de lo moral, cuando un individuo desarrolla un sentido de moral que contempla lo colectivo y no solo lo particular es más probable que comprenda que la convivencia apropiada requiere del entendimiento entre distintos sujetos para lo cual es necesaria cierta normativa, así, es posible suponer que un mayor razonamiento moral conlleva a un mejor comportamiento social.

Por último, se habló de la relación estrecha que guardan las conductas prosociales y la empatía, esta última es factor importante para la realización de las primeras. Ser una persona con elementos del individualismo y que pueda empatizar con los demás es posible, por supuesto, la clave está en el equilibrio de ambos elementos, está más que claro que el exceso puede embotar las relaciones grupales, un individualismo muy marcado con poca empatía remite nuevamente a lo antes mencionado: una deteriorada vinculación afectiva; así que, la ecuanimidad de ambos componentes puede marcar la diferencia, trabajar en aspectos personales y a su vez, en aspectos grupales exige tener un sentido agudo para discernir entre situaciones que pueden viciar tal equilibrio, sin embargo, con la correcta distinción entre lo individual y lo social, se desarrolla un sentido de congruencia mayor, ejemplo de esto, es posible apreciarlo en los países con sobresalientes niveles de colectivismo en donde las formas más avanzadas de empatía humana se construyen y permanecen conectadas a la comunicación afectiva, al apego social y al cuidado parental que se ha conservado a través de las generaciones, demostrando no sólo que es posible conseguir una armonía

empático-individualista sino también que ésta puede perdurar con el paso del tiempo, en gran medida porque la construcción de ambos elementos lleva a complejizar la creación de los mismos, como una especie de espiral que comienza de lo más pequeño y se expande al mismo tiempo que avanza, esta idea debe de permanecer vigente si lo que se cree es que los resultados armónicos son únicamente momentáneos, que no pueden ser aprendidos o que no se pueden reproducir con miembros externos al grupo. De este modo, es indispensable recalcar que aún cuando algunos modelos teóricos consideran al individualismo y a la empatía como sistemáticamente opuestas y no complementarias, los experimentos empíricos demuestran que ambos tienen componentes proximales que permiten la coexistencia en individuos y en sociedades.

CONCLUSIONES

Posterior a la elaboración de las cinco partes que componen este trabajo es posible retomar algunos conceptos y hacer algunas aseveraciones partiendo desde una posición de la psicología social. La primera de ellas se refiere a la idea que se tiene del concepto de individualismo, el cual de acuerdo con la revisión llevada a cabo, presenta una tendencia en su uso a raíz de las observaciones de sociólogos, quienes han notado un cambio en la estructura del tejido social, una orientación hacia la soledad en masa y una tendencia hacia el interés personal que en varios momentos se sobrepone al interés de los demás, esta es una crítica fundamental que desde varios terrenos se hace, motivo por el cual fue abordada en este trabajo desde una óptica social, encontrando que la idea de un interés en lo propio y luego en lo colectivo no es sinónimo de malas prácticas sociales; más bien, las prácticas como producto de un aislamiento reciben una valoración de acuerdo a un contexto. Éstas adquieren un valor a raíz del contexto en donde se estén realizando, pudiendo ser favorables para el individuo pero no para la sociedad, favorables para el individuo y la sociedad, favorables para la sociedad pero no para el individuo o en el peor de los casos, desfavorables para ambos.

El objetivo de este trabajo estuvo enfocado en analizar la relación existente en aquellas prácticas poco favorables para con los demás integrantes de la sociedad y aparentemente beneficiosas para quien las lleva a cabo. En ocasiones se cree que el egoísmo y la poca cooperación de una persona no afectan en lo absoluto a las personas con las que se relaciona, sin embargo, la interacción es *sincrónica*, pues se producen al mismo tiempo entre todos los miembros de un grupo; en perfecta correspondencia temporal, su existencia no tiene sentido funcional sin su consideración simultánea. Dicho de otro modo, aquellos que orientan sus conductas en sentido opuesto a las de los demás, inciden directamente en la interacción social, dificultando el cumplimiento de los objetivos fijados previamente; el ejemplo más reciente es visible en países como México, donde el brote masivo de un virus ha llevado a que las autoridades pidan a sus habitantes a permanecer en confinamiento, tal hecho ha sido acatado por ciertas personas, pero

otras tantas han hecho caso omiso, ocasionando que el número de contagios en la población del país aumente considerablemente y provocando que cumplir los objetivos (entre ellos, disminuir el número de personas infectadas y evitar que la duración de la pandemia se prolongue) sea una labor sumamente complicada.

Es relevante señalar que gran parte del declive de los lazos asociativos que *conectan* a los individuos son causados por el debilitamiento de aquellos valores morales que en algunos grupos humanos se mantienen en el mínimo permitido, es decir, se ejercen de un modo laxo, desencadenando una indiferencia social que estimula participaciones segmentadas y fomenta el desinterés por las responsabilidades colectivas, dejando sin sustento los recursos morales que sostienen la cooperación y la solidaridad. Cuando dichos recursos se debilitan se crean escenarios que no buscan propiciar disposiciones para el ejercicio de actitudes comunitarias y formas de reciprocidad basadas en la confianza y la cooperación y que sí generan un ambiente en donde se refuerzan modelos de modernización que maximizan las construcciones individualistas y fomentan la búsqueda de un bienestar personal, en el peor de los casos, ese bienestar se busca a costa del bienestar de los demás.

A menudo, el tema del debilitamiento de las relaciones sociales es asociado con el incremento en las formas para comunicarse, con la llegada del internet y de las múltiples conexiones derivadas de ésta, es más sencillo notar cómo algunas prácticas que eran de uso cotidiano pasaron a ser reemplazadas por nuevas formas de relacionarse, si bien, se puede decir que el uso de conexiones virtuales facilita la convivencia de miembros que se encuentran separados por grandes distancias, permitiendo traspasar fronteras y gozar de hiperconectividad, paradójicamente se modifican los lazos afectivos con los otros y se fragmentan los espacios de relación cotidiana, generando disposiciones para la comunicación pero fomentando el distanciamiento social, cuando se reemplaza el contacto humano por una conexión virtual se promueve una soledad en masa y una tendencia hacia el individualismo, convirtiendo al internauta en una especie de sujeto que por un lado se encuentra diariamente relacionado con otras personas pero a través de un contacto que

parece efímero o simplemente un efecto de comparecencia. Una vez que los participantes de estos contactos se hacen más asiduos al uso de la *social media* y dejan a un lado la búsqueda de un contacto humano presencial se comienzan a observar algunos resquicios negativos, como es el caso de las diversificaciones de opiniones que los miembros guardan de un tema en específico, cuando esta variedad de puntos de vista consigue separarse se crean escenarios notoriamente divididos, que bien manejados podrían dar como resultados una pluralidad de opiniones pero que en casos negativos lleva a la marcación de límites que tienen como meta sobreponerse a la de los demás, cuando se llega a estos momentos se desencadenan valores que denotan una indiferencia social y que estimulan participaciones segmentadas y fomentan el desinterés por las responsabilidades colectivas, dejando sin sustento los recursos morales que sostienen la cooperación, con la normalización de estas actitudes y su réplica a niveles masivos y por tiempos prolongados, se impulsa y radicaliza una individualización donde las personas, se desinteresan por lo colectivo y las actitudes egoístas se legitiman. De este modo es como el individualismo y la indiferencia debilitan los intereses colectivos y poco a poco las relaciones sociales se *deshumanizan* proyectándose exclusiones hacia aquellos que comparten ideas diferentes. Frente al desmantelamiento de los factores que sostienen las formas colaborativas, como son la confianza y la empatía, se prefigura una sociedad decadente, que pierde referentes que apuntan a las actitudes comunitarias, donde sus miembros se coordinan por indiferencia y se vuelcan cada vez más a la búsqueda de un bienestar dirigido a ellos mismos, de este modo, los escenarios propicios para vinculaciones sociales que presuponen formas de reciprocidad basadas en la confianza y la cooperación se irían difuminando.

Algunos de los escenarios en donde se muestra de forma más clara tal desmantelamiento es en las redes de comunicación virtual, debido a que actualmente son parte indivisible de la vida en conjunto (más en aquellas sociedades urbanizadas donde el debilitamiento de las instituciones tradicionales es evidente) estas redes generan disposiciones que modifican el comportamiento de los participantes y a la vez, la contribución que los mismos hacen en ella genera

cambios que van para ambos lados, para las redes que aprenden de los humanos (mediante el uso de algoritmos que ayudan a generar información más personalizada para cada internauta) y para éstos últimos que en muchos casos aprovechan el distanciamiento real y el acercamiento digital para exponer su opinión, convirtiendo a los espacios digitales en un lugar donde las interacciones con otros se hacen al por mayor y de forma más evidente, pues al plasmar información en ella pasan a formar parte de la *memoria digital* la cual se amplía constantemente, este tipo de memoria permite ser espectador de grandes intercambios de información y de puntos de vista bien conducidos, pero a su vez, deja ver situaciones en donde se promueve y replica la delimitación de formas colaborativas, el discurso simplón y homogéneo en el que todo se reduce a un tema de bandos, que podría ser etiquetado con la frase *estar conmigo o contra mí*, lo cual impide cualquier posibilidad de establecer un debate enriquecedor en el que se pueda aprender incluso de los argumentos de quien piensa diferente, claro que no todos los espacios dentro de la gran red son idóneos para ello, pero muchos de los intercambios de opinión terminan con el lema antes mencionado hasta en aquellos sitios que fueron creados para la sana convivencia, en donde el debatir no debería significar encontrar un claro ganador o pisotear a los demás, sino simplemente poder aprender de aquello que el otro o los otros tienen por compartir.

Así es como actualmente se construye una marcada ideología que se acerca más al individualismo e intenta alejarse de la interdependencia, ambos fenómenos responden de forma adaptativa a las condiciones ambientales, el cambio ambiental modifica las conductas y las valoraciones que se hacen de éstas, de este modo, es posible afirmar que cuando la dimensión ambiental se mueve en dirección hacia el desarrollo tecnológico y se intenta alejar de la empatía algunos tipos de prácticas sociales se ven modificadas y se distancian más de los colectivo, el comportamiento individualista pasa de ser valorado como bueno o como correcto dado que se vuelve una práctica común, generando a su vez, la normalización de conductas que buscan la atención personal por sobre la grupal, en este punto es necesario recordar que toda formación social está basada en prácticas convencionales que son compartidas y emergen de circunstancias y condiciones específicas, dicha

formación es el resultado de una práctica histórica específica que se reproduce como costumbre y que se transforma a partir de consecuentes cambios que produce su práctica constitutiva, de modo, que la reproducción y transmisión de comportamientos que cumplen con las características de individualismo se convierten en costumbre, en algo común para quien lo práctica y para quién lo observa.

Actualmente estas costumbres se han vuelto más comunes, presentan una incompatibilidad con el ejercicio de conductas prosociales, he ahí el meollo del asunto, que dichas transformaciones han hecho que las conductas de ayuda y apoyo propias de alguien con empatía se vean obstaculizadas por la práctica social cada vez más común, es difícil que éstas prácticas surjan en aquellas agrupaciones en donde son mal vistas, pues requieren de una gran influencia de interacciones sociales que muestren valoraciones en común para ser promovidas, requieren de la aportación de dos puntos, el de los demás al interactuar y el del individuo que interactúa, en el caso de la empatía por ejemplo, se requiere de situaciones contingentes de los otros y de la comprensión del individuo ante situaciones emotivas expresadas por otros, este es un claro ejemplo del cómo converge lo individual (quién comprende las situaciones vividas de los otros) y lo social (quienes generan aquellas situaciones contingentes para ser comprendidas) elementos inseparables; una vez que ambos se unen y van en la misma dirección es posible para el individuo empatizar con los demás y de igual modo, es más probable que los demás lo hagan con él.

La aceptación de las prácticas tiene como uno de sus varios componentes la moralidad, que a grandes rasgos, distingue acciones incorrectas de correctas y existe como forma de control que busca generar armonía entre sus practicantes, no sólo es contemplativa si no que pasa a ser práctica y normativa en el momento en que regula la acción humana, lo hace mediante los valores que son transmitidos entre aquellos grupos de personas con características similares (como la familia, la unidad elemental de toda sociedad, en donde es posible observar que los principios morales de los hijos son muy similares a los de los padres o de los abuelos), la

aceptación de nuevas prácticas puede darse de forma muy pausada y lenta en aquellos conglomerados de personas en donde la moral de sus integrantes se muestra incompatible o altamente diferente, generando conflictos entre éstos integrantes, en algunos casos las personas difícilmente aceptan nuevas propuestas ideológicas que contrastan con las suyas y adoptan mecanismos que les permiten sobrellevar tal situación; en otros casos, los miembros se muestran reacios pero la conjunción de factores disposicionales los conllevan a declinar por un nuevo modo de valorar las cosas, pudiendo ocasionar que, no apoyen la nueva ideología pero sí se mantengan al margen, respetando que ésta pueda ser llevada a cabo, un claro ejemplo tiene que ver con la libertad que han conseguido las personas en cuanto a identidad sexual se refiere, no es mentira que hace 100 años en países como México, la sociedad imponía fuertemente una ideología sobre como debían de comportarse los demás, promoviendo y manteniendo ideas y costumbres sobre quienes eran hombres, quienes mujeres y como debían comportarse, fue gracias a una serie de hechos históricos alrededor del mundo que algunos grupos de personas lograron impulsar nuevas legislaciones que garantizaron diversos derechos, entre ellos el poder acceder a la cirugía de reasignación de sexo y terapias de sustitución hormonal, abriendo paso a nuevas formas de concebir la sexualidad de los integrantes de la sociedad; eso no quiere decir que actualmente, luego de un siglo, en México todos sus habitantes respeten y apoyen estas ideas pero sí existe una mayor libertad para la expresión de cada ser humano, respaldada por leyes e impulsada cada vez más por individuos que buscan hacer valer el derecho de las demás personas. Por último, se puede nombrar el caso de y en otras ocasiones, la incompatibilidad entre las normas morales de algunos elementos de la sociedad y de los integrantes de ciertos conglomerados son bajas, lo que provoca una adopción más fluida; como en el caso de los derechos de los animales, en países como España o Inglaterra, el considerarlos seres vivos con sentimientos ha logrado que, de forma relativamente sencilla, tanto la población como los congresos aprueben leyes en beneficio de los animales, a su vez, el número de incidentes de violencia por parte de los habitantes de ambos países se ha mantenido en niveles bajos.

El hecho de un conjunto de personas adopten posiciones individualistas no constituye un asunto negativo per se, así como el hecho de que varios miembros de un grupo piensen igual no significa que están en lo correcto o que las acciones que se desprenden de tales formas de pensar son buenas o benéficas para la sociedad sólo porque una mayoría así lo cree, dependen en gran medida de la orientación que ese actuar toma en relación con lo que la ética establece como el *fin último* que es el bienestar de los demás, de todos aquellos que componen a la humanidad; todo ser humano debe apegarse a este principio y debe hacerlo de modo congruente en sus acciones, cuando éstas se separan del fin último y toman la dirección opuesta encuentran conflictos que hacen replantearse la dirección que están tomando. Esa es la razón por la que no puede hacerse a un lado a la ética al hablar de lo social, pues se encuentra presente en todo actuar humano, buscando el bien común, dotando a los actores sociales de la teoría para distinguir aquellas prácticas permitidas de las que no lo son y de la práctica permitiéndoles cambiarlas. Lo anterior convierte a la moral en una *brújula* que permita orientarse de forma prudente hacia las normativas éticas.

La motivación para las diferentes conductas prosociales está en función del nivel de desarrollo moral en el que se encuentra el individuo, la preferencia de elección al momento de efectuar un acto implica un juicio y el juicio implica a su vez, la ejecución de un acto racional. Tal preferencia de elección puede ser de tipo jerárquica, cuando se trata de ayudar a los demás, se tiene cierta inclinación hacia aquellos que son más próximos, comenzando por los padres e hijos, seguido por los hermanos y luego por los esposos, después por otros familiares, amigos, compañeros, conocidos, hasta llegar a los desconocidos, en aquellos casos en donde el acto racional se encuentra influenciado por una historia de traición las personas confían sólo en círculos muy reducidos de parientes y conocidos. La formación de un juicio tiene bases en la convivencia familiar, los padres, quienes fungen como agentes moralizadores tienen la obligación de brindarle a los hijos una educación que no debe limitarse únicamente a la escuela, la educación moral que se le puede proporcionar al hijo es de suma importancia debido a que el desarrollo del juicio moral tiene como resultado la realización de conductas empáticas las

cuales son esenciales para vivir en conjunto, pues como se comentó en capítulos previos, existe una correlación entre aquellos sujetos con mayores niveles de empatía y el ejercicio de actividades con componentes más cálidos y flexibles en sus relaciones interpersonales, de igual modo, cuando el nivel de empatía es menor, las personas se presentan como rígidos, demandantes, emocionalmente inestables y principalmente centrados en sí mismos y no en los demás.

He ahí la importancia en la atención y la acción en la educación moral de los individuos, no sólo en la teoría sino también la práctica, aspectos como la sensibilidad y el razonamiento moral son componentes que dotan a la persona de capacidad para hacer juicios adecuados y justos, en la medida de lo posible, ante cualquier acontecimiento. No es necesario conocer todas las normas o leyes que rigen la convivencia humana, pues cada sociedad reproduce en sus generaciones los códigos de la moralidad que dirigen las normas acerca de lo que es incorrecto de lo que es correcto, pero la formación de un razonamiento permite al individuo conducirse con prudencia, haciendo de la educación continua, la clave para la formación ética adecuada; indispensable en un momento en donde existe una tendencia hacia de actitudes que refuerzan modelos de modernización que minimizan las construcciones colectivas y fomentan los lazos egoístas.

Desde la psicología, se podría abordar la temática mediante la identificación y el desmantelamiento de los factores que sostienen las formas individualistas antes descritas y que se contraponen a la realización de conductas prosociales, hacerlo es el primer paso para lograr un cambio sustancial que está dirigido a la mejora de las relaciones humanas y que permite orientar las virtudes del comportamiento individual hacia una realización personal. La institución educativa es uno de los agentes más potentes para lograr un cambio sustancial, pues permite generar las condiciones necesarias para crear un entorno de aprendizaje y convivencia, en donde es posible integrar una variedad de elementos que ayuden a contribuir a que cada persona se forme un criterio que le permita reconocer que existen esquemas de referencia que regulan la interacción social y que el apearse a ellos, beneficia la convivencia, de él para con los demás y de los demás para con él.

Por tanto, la educación debe partir de la realidad próxima y de la cultura real de los sujetos que intervienen, para que sea posible identificar lo aprendido y sea posible llevarlo a la práctica, en ese sentido, educar contribuye a que la persona adquiera competencias para construir su sistema de valores y pueda conducirse de acuerdo a éste. Cuando las personas poseen un sistema de valores que es compatible con una vida en colectividad, comienzan a orientar sus acciones a la construcción de un bien común, en donde es posible la existencia de modelos de vida justa y digna para todas las personas, en tanto que miembros de una comunidad.

Por ello el papel de la psicología es relevante en la sociedad, pues permite comprender y modificar las actitudes que dañan la interacción, su tarea no está en juzgar ni en imponer castigos, pues para eso se han creado organismos especializados; la importancia de la psicología radica en el trabajo que se hace con el individuo, a través del dialogo por ejemplo, es que es posible comunicarle a los otros la relevancia que tiene el desarrollo de la empatía para comprender las situaciones y sensaciones que experimentan las demás personas; cuando alguien logra entender y aceptar los derechos y sentimientos de los otros es cuando puede orientar sus acciones en beneficio de él pero también del de los demás; pues si no se considera a los demás como parte fundamental de la vida en sociedad todo proceso comunicativo y de acción no conllevaría al desarrollo humano.

Las personas, al igual que las civilizaciones, que no se conocen a sí mismas, que no conocen sus límites, son más vulnerables y, en situaciones de dificultad, pueden ser incompetentes para regular sus vidas de forma sostenible. He ahí la razón para seguir implementando y desarrollando programas, desde la psicología, que permitan generar condiciones para que el actuar de forma colectiva no sea sólo una ilusión. Con el ejercicio de conductas prosociales replicadas de forma constante, se contribuiría a la mejora de la calidad en las interacciones, claro está que este cambio no se da de forma inmediata, pues la transformación es resultado de una serie de situaciones que se realiza de forma constante y que se los demás replican. Una vez que esto sucede, la dinámica social cambia lenta pero

asiduamente, permitiendo sentar las pautas que indiquen la dirección que los actores sociales del presente y de los tiempos venideros pueden adoptar, pues como mencionaba el sociólogo Norbert Elias: *todo ser humano individual posee una naturaleza tal que para poder crecer necesita de otras personas que existan antes que él.*

Bibliografía

- Abuín, M. (2013). *Autocentramiento*. Sofia, Bulgaria. Psicología Saludable. Recuperado de: <https://psicologiasaludable.wordpress.com/2013/11/>
- Altuna, B. (2017). Empatía y moralidad: las dimensiones psicológicas y filosóficas de una relación compleja. *Revista De Filosofía*, 43(2), 245-262. <https://doi.org/10.5209/RESF.62029>
- Álvarez, C., Carrasco, M. y Fustos, J. (2010). Relación de la empatía y género en la conducta prosocial y agresiva, en adolescentes de distintos tipos de establecimientos educacionales. *Revista Iberoamericana de Psicología: Ciencia y Tecnología*, 3 (2), 27-36.
- Armayones, M. (2010). *Técnicas de apoyo psicológico y social en situaciones de crisis. Como desarrollar las habilidades adecuadas ante situaciones de emergencia*. Madrid: Ideaspropias.
- Armenta, J. (2001). Empatía y Psicoterapia: Las vicisitudes del acompañamiento centrado en la persona. *Revista de Psicología Humanista y Desarrollo Humano*, 28 (s/f), 60-63.
- Arriaga, R. (1994). *La empatía: Una revisión conceptual*. Tesina de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Astromía (2017). La paradoja del gato de Schrödinger. México. Astromía. Recuperado de: <https://www.astromia.com/astrologia/paradojagato.htm>
- Auné, S., Blum, D., Abal, F., Lozzia, G. y Horacio, A. (2014). La conducta prosocial: Estado actual de la investigación. *Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 11 (2), 21-33.
- Baron, S. (2011). *The Science of Evil: On Empathy and the Origins of Cruelty*. New York: Basic Books.
- Barranca, J. (2002). Biología, psicología y sociología. Interdimensiones y respetuos mutuos. *Revista de psicología y psicopedagogía*. 1 (1), 139-153.
- Barret, G. (1981) The empathy cycle: Refine of a nuclear concept. *Journal of Counseling Psychology*. 2 (2), 91-100.
- Blanca, (s/f). (Noviembre de 2019). *La iglesia en la edad media, influencia y poder*. Madrid, España. Sobre Historias. <https://sobrehistoria.com/la-iglesia-en-la-edad-media/>
- Bloom, P. (2016). *Against Empathy: The Case for Rational Compassion*. New York: Harper collins.
- Boehm, C. (2012). *Moral Origins. The Evolution of Virtue, Altruism, and Shame*. Perseus Books Group.

- Borell, F. (2002). El modelo biopsicosocial en evolución. *Medicina clínica*, 119 (5), 179-179.
- Bringas, C., Herrero, F.J., Cuesta, M. y Rodríguez, F.J. (2006). La conducta antisocial en adolescentes no conflictivos: Adaptación del inventario de conductas antisociales (ICA). *Revista Electrónica de Metodología Aplicada*, 11 (2), 1-10.
- Buckmaster, S. (2004). *Prosocial Behavior: Helping, Sharing, and Caring Behaviors*. Tesis de licenciatura. Fielding Graduate Institute.
- Cameron, C. y Payne, B. (2011). Afecto de escape: cómo la regulación de la emoción motivada crea insensibilidad al sufrimiento masivo. *Revista de Personalidad y Psicología Social*, 100 (1), 1–15. <https://doi.org/10.1037/a0021643>
- Caprara, G., Steca, P., Zelli, A. y Capanna, C. (2005). A new scale for measuring adults' prosocialness. *European Journal of Psychological Assessment*, 21(2), 77-89.
- Cikara, M., Bruneau, E., Bavel, J. y Saxe, R. (2014). Their pain gives us pleasure: How intergroup dynamics shape empathic failures and counter-empathic responses. *Journal of Experimental Social Psychology*, 55 (11), 110-125.
- Davis, M. (1983). Measuring individual differences in empathy: evidence for a multidimensional approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44, 113-126.
- Díaz-Loving, R. y Andrade, P. (1986). Desarrollo de la Escala Multidimensional de Empatía (EASE). *Revista de Psicología Social y Personalidad*, 2(1), 3-11.
- Díaz-Loving, R., González, M., Andrade, P., La Rosa, J., Nina, R. (1985) Empatía: Antecedentes históricos y su relación con conductas prosociales y antisociales. *Revista Mexicana de Psicología Social y Personalidad*, 1(2), 77-92.
- Dosh, M. (1998). Ghosts from the nursery: tracing the roots of violence. *Journal of Prenatal and Perinatal Psychology and Health*, 12 (3), 235-237.
- Echols, S. y Correll, J. (2012) . Its more than skin deep: Empathy and helping behavior across social groups. En Decely, J. *Empathy: From bench to bedside* (pp. 55-71). Cambridge: M IT Press.
- Eisenberg, N. (2000). Emotion, Regulation and Moral Development. *Anual Review of Psychology*. 51 (n/a), 665-697.
- Eisenberg, N. y Fabes, R. (1998). Prosocial development. En Damon, D., Lerner, R. y Eisenberg, N. *Handbook of child psychology: Social, Emotinal, and personality development* (pp. 701-778). New Jersey: Springer Reference.
- Eisenberg, N. y Strayer, J. (1992). *La empatía y su desarrollo*. Bilbao: Desclée de Brower.
- Eisenberg, N., Fabes, R., Miller, P., Fultz, J., Mathy, R., Sheu, R., y Reno, R. (1989). Relation of sympathy and personal distress to prosocial behavior: A multimethod study. *Journal of Personality*, 57 (1), 55-66.

- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Espinoza, F. (S/N). *¿Es La Compasión El Fundamento De La Moralidad En A. Schopenhauer?*. (s/f). Oráculo de Sophia. Disponible en: <https://ucolsophia.wordpress.com/es-la-compasion-el-fundamento-de-la-moralidad-en-a-schopenhauer/>
- Ester, P., Halman, L. y De Moor, R. (1994). *The Individualizing Society: Value Change In Europe and North America*. Tilburg: Tilburg University Press.
- Etxebarria, I., Apodaka, P., Eceiza, A., Ortiz, M.J., Fuentes, M.J. y López, F. (1994). Design and evaluation of programme to promote prosocialaltruistic behaviour in the school. *Journal of Moral Education*, 23 (4), 409-425.
- Feshbach, N. y Roe, K. (1968). Empathy in six- and seven-year-olds. *Child Development*, 39(1), 133-145.
- Feshbach, N. y Feshbach, S. (1982). Empathy training and the regulation of aggression: Potentialities and limitations. *Academic Psychology Bulletin*, 4 (1), 399-413.
- Fiske, A., Kitayama, S., Markus, H. y Nisbett, R. (1998). The cultural matrix of social psychology. En Gilbert, D., Fiske, S. y Lindzey, G. *The Handbook of Social Psychology* (pp. 915-981). Nueva York: McGraw Hill.
- Frey, H. (2009). ¿Qué Dios ha muerto? Nietzsche, el nihilista antinihilista. *Revista Mexicana de Sociología*. 71 (4), 715-736.
- Fuentes, M., López, F., Etxebarria, I., Ledesma, A., Ortiz, M. y Apocada, P. (1993). Empatía, role-taking y concepto de ser humano como factores asociados a la conducta prosocial-altruista. *Infancia y Aprendizaje*, 16 (61), 73-87.
- Garaigordobil, M. (2000). *Intervención psicológica con adolescentes. Un programa para el desarrollo de la personalidad y la educación en derechos humanos*. Madrid: Pirámide.
- García, A. (2007). Aristóteles: Su análisis de la amistad como una manifestación de la perspectiva individualista de su ética. *A parte rei: Revista de filosofía*. 52 (2). 1-9.
- Glover, J. (2001). *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*. Madrid: Catedra.
- González, M. (1995). *Conducta prosocial: evaluación e intervención*. Madrid: Morata.
- González, F. y Ruíz, P. (2016). Cognición social. En: Vásquez, A. *Manual de introducción a la psicología cognitiva* (249-271). Montevideo: Universidad de la Republica.
- Gorz, A. (1964). *Historia y Enajenación*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Greenfield, P. (2013). The Changing Psychology of Culture From 1800 Through 2000. *Psychological Science*, 24(9), 1722–1731. <https://doi.org/10.1177/0956797613479387>
- Grossmann, I. y Varnum, M. (2015). Social structure, infectious diseases, disasters, secularism, and cultural change in America. *Psychological Science*, 26 (3), 311–324.
- Hay, D. y Cook, F. (2007). The transformation of prosocial behavior from infancy to childhood. En Brownell, C. y Kopp, C. *Socioemotional Development in the Toddler Years: Transitions and Transformations* (pp. 100-131). New York: Guilford Press.
- Hayek, F. (2009). *Individualismo: el verdadero y el falso*. Madrid: Unión Editorial.
- Heno, C., García, D., Aguirre, E., Gonzalez, A., Bracho, R., Solorsano, J. y Arboleda, A. (2017). Multidisciplinariedad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad en la formación para la investigación en ingeniería. *Revista Lasallista de Investigación*, 14 (1), 179-197.
- Herrera, G. (2014). *De la amistad aristotélica a la empatía Spinozista: Edmundo Dantés bajo la perspectiva de Spinoza*. Trabajo de grado en filosofía. Universidad de la Laguna.
- Hikal, W. (2017). La teoría de la asociación diferencial para la explicación de la criminalidad y la articulación de una política criminal. *Sociedad Mexicana de Criminología*, (n/a), 1-15.
- Hoffman, M. (1990). Empathy and justice motivation. *Motivation and Emotion*. 14 (n/a), 151-172.
- Hoffman, M. (1992). La aportación de la empatía a la justicia y al juicio moral. En Eisenberg, N. y Strayer, J. *La empatía y su desarrollo* (pp. 59-93). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Hoffman, M. (2000). *Empathy and Moral Development: Implications for Caring and Justice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hofstede Insights (2020). *Country Comparison Tool*. Helsinki: Finlandia. Hofstede Insights. Recuperado de: <https://www.hofstede-insights.com/>
- Hofstede, G. (1980). *Culture's consequences: International differences in work-related values*. California: Sage Publisher.
- Hogan, R. (1969) Development of an Empathy Scale. *Counseling and Clinical Psychology*, 33 (3), 307-316.
- Inglés, C., Hidalgo, M., Méndez, F. y Inderbitzen, H. (2003). The Teenage Inventory of Social Skills: Reliability and validity of the Spanish translation. *Journal of Adolescence*, 26 (4) 505-510. DOI: [10.1016/s0140-1971\(03\)00032-0](https://doi.org/10.1016/s0140-1971(03)00032-0)
- Instituto Nacional de Antropología e Historia (2016). Presentación de la carrera de antropología. Disponible en: <https://www.enah.edu.mx/index.php/pres-as-lic>

- Katz, I., Glass, C. y Cohen, S. (1973). Ambivalence, guilt, and the scapegoating of minority group victims. *Journal of Experimental Social Psychology*, 9(5), 423–436.
- Kerr, A. y Speroff, B. (1954). Validation and Evaluation of The Empathy. *The Journal of General Psychology*. 50 (2), 269-276.
- Kohn, A. (1990). *The Brighter Side of Human Nature: altruism and empathy in everydaylife*. New York: BasicBooks.
- Kohn, M. y Schooler, C. (1969). Class, occupation, and orientation. *American Sociological Review*, 34 (5), 657 - 678. DOI: <https://doi.org/10.1177/000276427001400172>
- Kraus, M., Piff, P., Mendoza, R., Rheinschmidt, M. y Keltner, D. (2012). Clase social, solipsismo y contextualismo: en qué se diferencian los ricos de los pobres. *Revisión psicológica*, 119 (n/a) 546 - 572.
- Levine, M., Prosser, A., Evans, D. y Reicher, S. (2005). Identity and emergency intervention: How social group membership and inclusiveness of group boundaries shape helping behavior. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31 (4), 443-453.
- Lifton, R. J. (1968). *Death in Life: Survivors of Hiroshima*. New York: Random House.
- López, B., Arán, F. y Richaud, M. (2014) Empatía: desde la percepción automática hasta los procesos controlados. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 32 (1), 37-51.
- López, E., Alonso, F., Esteban, C., Calatayud, C. y Alamar, B. (2008). Diseño y validación de una escala para la medición de la conducta prosocial - antisocial en el ámbito vital y en el tráfico. *Instituto Universitario de Tráfico y Seguridad Vial. Universidad de Valencia*. s/f.
- López, F. (1994). *Para comprender mejor/a conducta altruista*. Navarra: Verbo Divino.
- Lukes, S. (1975). *El individualismo*. Barcelona: Península.
- Malhotra, D., y Liyanage, S. (2005). Long-term effects of peace workshops in protracted conflicts. *Journal of Conflict Resolution*, 49 (6), 908-924.
- Malishev, M. y Sepúlveda, M. (2017). Moral griega y su repercusión en la ética de Kant. *Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, 65 (66), 5-15.
- Marín, J. (2010). Revisión teórica respecto a las conductas prosociales. *Análisis para una reflexión*. Psicogente, 13 (24), 369-388.
- Markus, H. y Kitayama, S. (1991). Cultura y el yo: implicaciones para la cognición, la emoción y la motivación. *Psychological Review*, 98(n/a), 224 – 253.
- Maslow, A. (1954). *Motivation and personality*. New York: Harper.

- Mehrabian, A. y Epstein, N. (1972). A measure of Emotional Empathy. *Journal of Personality*, 40 (4), 525-543.
- Meindl, J. y Lerner, M. (1984). Exacerbation of extreme responses to an out-group. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47(1), 71–84.
- Mestre, M., Samper, P. y Frías, D. (2004). Personalidad y contexto familiar como factores predictores de la disposición prosocial y antisocial de los adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 36 (3), 445-457.
- Mestre, M., Samper, P. y Frías, M. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: La empatía como factor modulador. *Psicothema*. 14, (2), 227-232.
- Mestre, V., Samper, P., Nacher, M., Tur, A. y Cortés, M. (2007). Estilos de crianza en la adolescencia y su relación con el comportamiento prosocial. *Revista Latinoamericana De Psicología*, 39, (2), 211-225.
- Minority Rights (2018). *Sri Lanka Wanniyala-Aetto*. London, Uk. Minority Rights Group International. Recuperado de: <https://minorityrights.org/country/sri-lanka/>
- Moñivas, A. (1996). La conducta prosocial. *Cuadernos de trabajo social*. 9 (125), 125-142.
- Moros, A. (21 de marzo de 2017). La moral y la ética, cuna de cambios. Zaragoza, Aragón. Afcarmedia. Disponible en: <https://afcarmedia.com/2017/03/21/la-moral-y-la-etica-cuna-de-cambios/>
- Neill, J. (2009). *The Origins and Role of Same-Sex Relations in Human Societies*. Londres: McFarland & Company.
- Olmedo, P. y Montes, B. (2009). Evolución conceptual de la empatía. *Iniciación a la investigación*. 4 (3), 1-4.
- Organización de las Naciones Unidas. (2019). Más de cien millones de personas pueden morir de hambre. Nueva York, EU. Organización de las Naciones Unidas. Disponible en: <https://news.un.org/es/story/2019/04/1453791>
- Páez, D. (2004). *Psicología social, cultura y educación*. México: ENAH.
- Páez, D. y Zubieta, E. (2004). Dimensiones culturales Individualismo-Colectivismo como síndrome cultural. En Páez, D., Fernández, I., Ubillos, S. y Zubieta, E. *Psicología social, cultura y educación* (pp. 55-73). Madrid: Pearson Prentice Hall.
- Pérez, J. (2011). La explicación sociológica de la criminalidad. *Derecho y Cambio Social*. 7 (22), 1-22.
- Peters, E. (1987). *La tortura*. Madrid: Alianza.
- Peters, R. (1984). *Desarrollo moral y educación moral*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Prats, J. (1982). *Las ciencias sociales en el contexto del conocimiento científico: La Investigación en Ciencias Sociales. Filosofía de las ciencias humanas y sociales*. Barcelona: Antropos.
- Prats, J. y Fernández, R. (2016). ¿Es posible una explicación objetiva sobre una realidad social?. Reflexiones básicas e imprescindibles para investigadores noveles. *Didacticae*. 1 (1), 97-110.
- Rest, J. y Thoma, S. (1986). Educational programs and interventions. En Rest, J. *Moral development. Advances in research and theory* (pp. 59-89). New York: Praeger.
- Ribes, E., Pulido, L., Rangel, N. y Sánchez, E. (2018). *Sociopsicología: instituciones y relaciones interindividuales*. México: Catarata.
- Rifkin, J. (2010). *La Civilización Empática: La Carrera Hacia Una Conciencia Global En Un Mundo En Crisis*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Roche, R. (1991). La optimización prosocial: una vía operativa para la inteligencia emocional y el análisis existencial. *Laboratorio de investigación prosocial aplicada*. s/f, 1-16. Disponible en: http://www.prosocialidad.org/castellano/docs/010_RR_Edu_Logo.pdf
- Roche, R. (1995). *Psicología y Educación para la prosocialidad*. Barcelona: Servicios de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Rogers, C. (1951). *Client-centered therapy*. Boston: Houghton Mifflin.
- Rogers, C. (1972). *Psicoterapia centrada en el cliente*. Buenos Aires: Paidós.
- Rosental, M. y Iudin, P. (1946). *Diccionario Filosófico Marxista*. Montevideo: Pueblos Unidos.
- Roser, M. (2019). *War and Piece*. Oxford, Reino Unido. OurWorldInData.org. Disponible en: <https://ourworldindata.org/war-and-peace>
- RTVE. (2019). *El matrimonio homosexual es ya legal en 30 países*. Madrid, España. Corporativo de Radio y televisión Española. Recuperado de: <http://www.rtve.es/noticias/20190617/solo-once-paises-del-mundo-esta-legalizado-matrimonio-homosexual/667560.shtml>
- Ruiz, J. (2006). El movimiento pacifista en el siglo XXI: nuevos principios y estrategias. *Revista de la universidad Bolivariana*, 5(14), 1-16.
- Ruiz, J. (2012). El movimiento pacifista en el siglo XXI: nuevos principios y estrategias. *Polis*, 14 (s/n), 1-21. Disponible en: <http://journals.openedition.org/polis/5213>.
- Rumble, A. (2004). Empathy-induced cooperation and social dilemmas: an investigation into the influence of attribution type. *Dissertation Abstracts International: The Sciences and Engineering*, 64 (7), 3.585.
- Sánchez, A. (1981). *Ética*. Madrid: Grijalbo.

- Sánchez, R. y Martínez, M. (2016). Empatía en el contexto romántico: diseño y validación de una medida. *Universitas Psychologica*, 15(1), 19-28. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.upsy15-1.ecrd>
- Savater, F. (2004). *El Valor de Elegir*. México: Ariel.
- Secretaría de Educación Pública (2020). ¿Qué es Construye-T? México. Construye-T. Recuperado de: <https://www.construye-t.org.mx/ConstruyeT>
- Seidmann, S. (2001). *Historia de la psicología social*. Publicación interna de la Cátedra de Psicología Social de la Carrera de Psicología de la Universidad de Belgrano, Buenos Aires.
- Shuttleworth, M. (2008). Experimento del Muñeco Bobo. Estados Unidos: Explorable. Recuperado de: <https://explorable.com/es/experimento-del-muneco-bobo>
- Singelis, T., Triandis, H., Bhawuk, D. y Gelfand, M. (1995). Horizontal and vertical dimensions of individualism and collectivism: a theoretical and measurement refinement. *Cross-Cultural Research*, 29 (3), 240–275.
- Singer, P. (1981). *The Expanding Circle: Ethics and Sociobiology*. New York: Farrar Straus & Giroux.
- Singh, A. (2000). Culture and gender issues in adolescence: evidence from studies on emotion. *Psicothema*, 12, (1), 93-100.
- Skinner, B. (1953). *Ciencia y conducta humana*. New York. Mc Millan
- Slovic, P. (2007). “If I look at the mass I will never act”: Psychic numbing and genocide. *Judgment and Decision Making*, 2 (2), 79-95.
- Sobral, J., Romero, E., Luengo, A. y Marzoa, J. (2000). Personalidad y conducta antisocial: amplificadores individuales de los efectos contextuales. *Psicothema*, 12, (4), 661-670.
- Soto, J. (2008). *La autorreproducción del sistema de la ciencia en el campo académico de la comunicación en México*. Tesis de doctorado. Universidad Veracruzana.
- Stephan, W. y Finlay, K. (1999). The Role of Empathy in Improving Inter-group Relations. *Journal of Social Issues*, 55 (4), 729-743.
- Stotland, E. (1969). Exploratory investigations of empathy. En Berkowitz, L. *Advances in experimental social psychology*, (pp.271-314). New York: Academic Press.
- Tarasco, C. (1993). *Relación entra la capacidad empática y la satisfacción marital*. Tesis de maestría. Asociación Mexicana de Terapia de Pareja.
- Triandis, H. (1993). Collectivism and individualism as cultural syndromes. *Cross-Cultural Research*, 27 (3), 155–180.

- Triandis, H. (1995). *Colectivismo individualismo*. Colorado: Westview Press.
- Triandis, H. (2009). Determinantes ecológicos de las variaciones culturales. En Wyer, R., Chiu, C., Hong, Y. y Cohen, D. *Comprender la cultura: teoría, investigación y aplicaciones* (pp. 189-210). Nueva York: Psychology Press.
- Vander, J. (1990). *Manual de Psicología Social*, Barcelona: Paidós.
- Västfjäll, D., Slovic, P., Mayorga, M. y Peters, E. (2014). Affect and Charity Are Greatest for a Single Child in Need. *PloS ONE*, 9 (6). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0100115>
- Velasco, J. (1994). Religión y moral. *Isegoría*, 30 (10), 43-64. DOI: <http://dx.doi.org/10.3989/isegoria.1994.i10.270>
- Wagers, M., Sousa, W. y Kelling, G. (2008). *Broken windows. Environmental Criminology and Crime Analysis*. Cullompton: William Publishing.
- Warden, D. y Mackinnon, S. (2003). Prosocial children, bullies and victims: An investigation of their sociometric status, empathy and social problem-solving strategies. *British Journal of Development Psychology*, 21 (3), 367-385.
- Warneken, F. y Tomasello, M. (2009). The roots of human altruism. *British Journal of Psychology*, 100(3), 455- 471.
- Waterman, A. (1981). Individualism and Interdependence. *American Psychologist*, 36 (1), 762-773.
- Wispé, L. (1987). History of the Concept of Empathy. En Eisenber, N. y Strayer, J. *Empathy and Its Development* (pp. 276-287). Cambridge: Cambridge University Press.
- Withey, S. (1962). Reacción ante amenaza incierta. En Baker, G., Chapman, D. El hombre y la sociedad en el desastre (pp. 93 - 123). Nueva York: Basic Books.
- World Association of Non-Governmental Organizations. (2019). *About WANGO*. New York, EU. Disponible en: <https://www.wango.org/about.aspx>
- Zahn, C., Robinson, J. y Emde, R. (1992). The developmental of empathy twins. *Developmental Psychology*, 28(6), 1038-1047.
- Załuski, W. (2017). On Three Types of Empathy: the Perfect, the Truncated, and the Contaminated. *Logis i Ethos*, 2 (45), 1–16. DOI:10.15633/lie.2119
- Zhou, Q., Eisenberg, N., Losoya, S., Reiser, M., Guthrie, I., Murphy, B., Cumberland, A. y Shepard, S. (2002). The relations of parental warmth and positive expressiveness to children's empathy-related responding and social functioning: a longitudinal study. *Child Development*, 73(3), 893-915. DOI:10.1111/1467-8624.00446.